

FRANCISCO A. SANCHES DE GUZMÁN

HISTORIA DE UN NIÑO

Texto que ha sido aprobado
por el Consejo Nacional de Educación, por el Consejo General de la
Provincia de Buenos Aires, y otras autoridades escolares

PRIMERA PARTE

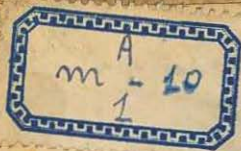
SÉPTIMA EDICIÓN



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DEL COLEGIO - ALSINA Y BOLÍVAR

LL
1908
SAN



00013929

HISTORIA DE UN NIÑO

HISTORIA DE UN NIÑO

Libro de lectura corriente para las Escuelas y de instrucción
agradable, útil, práctica y moral para el pueblo

POR

FRANCISCO A. SANCHES DE GUZMÁN

Ex Inspector de Escuelas de la Provincia de Santa Fe

OBRA QUE FUÉ APROBADA POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN, POR EL CONSEJO
GENERAL DE EDUCACIÓN
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES Y OTRAS AUTORIDADES ESCOLARES

30399

PRIMERA PARTE

SÉPTIMA EDICIÓN



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DEL COLEGIO - ALSINA Y BOLÍVAR

1908

El autor se reserva los derechos de reimpresión
y traducción, y perseguirá ante la ley al que lo
efectuare sin su permiso.

A LOS MAESTROS

Agotadas las cinco primeras ediciones de este libro, el autor recibió instantes pedidos para su reimpresión y con ellos se le indicaba por varios maestros la conveniencia de que la sexta se dividiese en dos volúmenes, pues que su extensión obstaba á que se pudiese terminar su lectura en un solo curso, en vista del tiempo que en los programas vigentes se establece para dicha asignatura. La división, según los referidos educacionistas, tendría la ventaja de poder imprimir la primera parte en tipo mayor, pudiendo servir así los dos tomos para dos grados sucesivos.

Como el fin que el autor se propuso al escribir la "Historia de un Niño", ha sido, principalmente, el asimilar el elemento de origen extranjero al de origen criollo, vulgarizando las riquezas del país, sus usos, sus costumbres, su historia, sus instituciones y su modo de ser económico, político y social, para que los ciudadanos de mañana puedan ser útiles á la patria y á sí propios, no trepidó en aceptar las indicaciones recibidas; y el favor con que fué acogida la edición de 1906 publicada en aquella forma, lo lleva á publicar esta séptima edición tal como la anterior.

S. de G.

ÍNDICE

| | PÁGINA |
|--------------------------------------------------------------------------|--------|
| I — La llegada de Pancho y su familia | 1 |
| II — El reconocimiento | 3 |
| III — En el camino | 5 |
| IV — La condescendencia | 7 |
| V — Los campos de Santa Fe | 9 |
| VI — El choque | 11 |
| VII — La cena | 13 |
| VIII — El señor Ursabeta | 17 |
| IX — La bandera | 20 |
| X — La bandera (continuación) | 23 |
| XI — La herrería | 25 |
| XII — El trabajo | 28 |
| XIII — La ignorancia | 30 |
| XIV — Peligros de la ignorancia. — Ventajas de la ins- trucción | 33 |
| XV — El saludo | 36 |
| XVI — No sólo de pan vive el hombre | 39 |
| XVII — El arbitraje | 41 |
| XVIII — La pelea | 43 |
| XIX — El respeto á la ley | 46 |
| XX — La vuelta de la escuela | 49 |
| XXI — Un noble corazón | 52 |
| XXII — La mendiga | 56 |
| XXIII — Consecuencias de la embriaguez | 59 |
| XXIV — El orgullo | 63 |
| XXV — La hija del Virrey | 65 |
| XXVI — La cacería | 69 |
| XXVII — En el almuerzo | 74 |
| XXVIII — Lo que se pierde | 78 |
| XXIX — El ojo de Tomás | 81 |
| XXX — Los misterios de la vista | 83 |

| | PÁGINA |
|------------------------------------------------|--------|
| XXXI — Historia de antaño | 86 |
| XXXII — Sancti-Spíritus y Esperanza | 90 |
| XXXIII — Las minas y el suelo | 92 |
| XXXIV — Garay y Cabrera | 96 |
| XXXV — El gabinete de la maestra | 100 |
| XXXVI — La matrícula | 102 |
| XXXVII — La entrada á la escuela | 104 |
| XXXVIII — En clase | 106 |
| XXXIX — El Salto de Guairá | 108 |
| XL — Los colores | 111 |
| XLI — Un buen compañero | 114 |
| XLII — El napolitanito | 116 |
| XLIII — El puestero y el tigre | 119 |
| XLIV — La cuerda de Enrique | 122 |
| XLV — El egoísta burlado | 125 |
| XLVI — Nadie es absolutamente necesario | 127 |
| XLVII — El abuelo de Berut | 129 |
| XLVIII — La gallina de los huevos de oro | 133 |
| XLIX — La salida de la escuela | 137 |
| L — El domingo | 140 |
| LI — En el templo | 145 |
| LII — El Evangelio | 148 |
| LIII — El perdón de las ofensas | 150 |
| LIV — En la pulpería | 153 |
| LV — El cuatrero | 156 |
| LVI — El aseo | 159 |
| LVII — La chacra | 162 |
| LVIII — Historia de don Jenaro | 167 |
| LIX — Una buena compañera | 170 |
| LX — La lechería | 173 |
| LXI — Heroísmo | 178 |
| LXII — El corazón de un padre | 182 |

I.

La llegada de Pancho y su familia.

Antes de ejecutar cualquier acto, piensa bien en lo que vas á hacer.

El tren acababa de detenerse en la estación, y de las plataformas de los coches bajaban al andén los pasajeros que habían llegado al término de su viaje.

De un coche de segunda clase, no tardó en apearse un muchacho como de trece años, pobremente vestido, que quedó parado en el andén, mirando con ansiedad á todos lados en tanto que una mujer alta, rubia, de facciones regulares, aun joven, pero que llevaba impreso en el rostro las huellas del sufrimiento, y en el traje las de la miseria, se apeó, recibiendo de manos de un niño de unos doce años, que en la plataforma del coche había quedado, una pequeña bolsa y un canasto, donde, al parecer, se encerraba todo su equipaje.

La viajera depositó la bolsa y el canasto al lado de su hijo mayor, que era el primero que hemos



Pancho.

visto bajar del coche, y volvióse para dar la mano al más pequeño, que era el que en la plataforma había quedado; éste, sin embargo, no le dió tiempo, pretendiendo bajar solo, y esto precisamente, en el momento en que la locomotora, que había ido á buscar nuevos vagones para unirlos al tren, se juntaba nuevamente á éste produciendo un pequeño choque.

Por pequeño que fuera el choque, fué, empero, lo bastante para que el niño, perdiendo el equilibrio, cayese sobre las rodillas, produciendo el susto natural en todas las personas que lo vieron caer y arrancando un agudo grito á su madre, que creyó que lo iba á despedazar el tren y que se arrojó á levantarlo.

No era ya preciso su socorro, pues el niño había sido agarrado, apenas llegó al suelo, por un hombre que á la sazón del coche se aproximaba, mirando atentamente á todos los que del tren bajaban, como si buscase alguna persona que esperaba.

Era este nuevo personaje un hombre de más de cuarenta años, de rostro tostado, de facciones duras y de fisonomía vulgar, pero en la que se leían la honradez y la bondad. Vestía amplia bombacha, que sobre la empolvada bota le caía, camisa de franela de grandes cuadros oscuros y cubría su cabeza un usado chambergo.

— ¡Ah, loco...! — dijo, precipitándose para agarrar al niño.

— ¡Bah! no ha sido nada — añadió cuando lo hubo ayudado á ponerse en pie.

— ¡Ah, pícaro, qué susto me has dado! — exclamó la madre en idioma francés, sacudiéndole fuertemente por un brazo con ademán colérico.

II.

El reconocimiento.

Los lazos de la familia, no se rompen por la distancia.

— Mira, mira en qué estado has puesto tus pantalones! — agregó la madre, enseñando al niño la ancha boca que en su usado pantalón había abierto la caída y que el niño miraba avergonzado y lloroso, pues el golpe le había producido una pequeña escoriación, que le escocía en una de las rodillas.

— No lo rete, señora, que buen susto ha tenido y eso le servirá de enmienda — dijo el desconocido en el mismo idioma en que se había expresado la viajera, señalando al niño, que, impulsado por el dolor, se comprimía con la mano la parte dolorida.

— Es que somos pobres, señor, y estos hijos son mi tormento; no sirven sino para comer y destrozar: los pobres no debían tener hijos — contestó la madre enojada.

— No sea así, señora; cuando Dios los da, El sabe por qué — le observó el desconocido,



La caída de Pancho.

— ¡Dios!... ¡Dios!... — principió ella á decir, y sin duda habría agregado algún disparate, si nuestro hombre no le hubiera cortado la palabra, preguntándole:

— Dispénsese, pero... ustedes vienen ahora de Francia, ¿no es así?

— Sí, señor.

— ¿De París?

— Sí, señor.

— ¿Y se llama usted Amelia Grandot?

— ¿Cómo sabe usted mi nombre? — exclamó admirada la viajera.

— Es que yo soy Juan Grandot, he venido aquí para recibir á Vd. y á mis sobrinos. Este es uno, ¿no es así? — dijo atrayendo hacia sí el niño que había levantado; — y el otro ¿dónde está?

— El otro es éste — contestó la madre, presentándole al muchacho que primero se apeó del tren.

— Ven aquí, muchacho, ven á abrazar á tu tío — exclamó Juan Grandot, pues ya sabemos que se llamaba así el hombre de la bombacha y de la camiseta de franela, y al hablar así, abrazaba con su brazo izquierdo al menor de los niños y extendía el derecho para abrazar al mayor.

— Tomás, abraza á tu tío — dijo la madre, empujando al muchacho en los brazos de aquél.

— ¡Tomás!... Bonito nombre; el nombre de mi pobre hermano — murmuró Juan Grandot, enviando una triste mirada á su cuñada.

— Dios le haga más feliz que él — exclamó dirigiéndose al niño.

Y volviéndose al más pequeño: — ¿Y tú, cómo

te llamas? — le preguntó. — El atolondrado; ¿no es así?

— No, señor — le contestó el niño.

— ¡Ah, no! Entonces, ¿cómo te llamas? — le repitió su tío, riendo.

— Me llamo Francisco — contestó el niño.

— Bueno; Pancho también me gusta.

— Pancho, no, señor; Francisco.

— Francisco y Pancho es lo mismo; aquí te llamaremos Pancho, que es más americano, le replicó sonriendo su tío; pero — añadió — más tarde hablaremos; lo principal, ahora, es que recojan su equipaje y que nos vayamos á casa.

— El equipaje está aquí — contestó, medio avergonzada y con algún despecho, la madre de los niños, señalando los pocos efectos que había sacado del coche y que le vimos depositar en el suelo.

— Pues al carro — dijo su cuñado, agarrando la bolsa y echándosela al hombro.

Amelia Grandot tomó la canasta y seguida de sus hijos echó á andar detrás de su cuñado, que se dirigía á un carro que junto al andén de la estación los esperaba.

III.

En el camino.

El primer efecto de la envidia, es hacer desgraciado al envidioso.

Juan Grandot acomodó en el lecho del carro el modesto equipaje de los viajeros, dió la mano á su

cuñada, para subir á él, y tomando por la cintura, uno después de otro, á sus sobrinos, los sentó al lado de su madre, en el largo asiento suspendido sobre gruesas correas, que pendientes de los ladeales del carro había.

Hecho esto, sacudió en una de las ruedas la ceniza de su pipa medio apagada, llenóla de nuevo de tabaco, encendió un fósforo y aspiró con placer una bocanada de humo.

Después ajustó los tiros de los caballos, que había soltado por precaución; recorrió con una mirada rápida los arneses, para convencerse de que todo se hallaba en orden; desató las riendas sujetas á una de las ruedas delanteras, y poniendo el pie en ella, fué á sentarse en el largo asiento al lado de su cuñada y de sus sobrinos, dando á la yunta la señal de partida, con la voz, y recogiendo las riendas que en la mano tenía.

El carro se puso en movimiento, arrastrado por cuatro gordos caballos zainos, fuertes y vigorosos, tomando una ancha avenida que partía de la estación, prolongándose en línea recta hasta perderse de vista, cortando inmensos campos de trigo ya próximo á su madurez, que formaban como un vasto verde mar, que se extendía hasta los confines del horizonte, en el que, como pequeñas islas, surgían una media docena de casitas blancas, irguiéndose á la sombra de pequeños bosquecillos formados por paraisos, sauces y durazneros.

— Hablemos ahora — dijo Juan Grandot volviéndose hacia su cuñada; — ¿qué talles ha ido en el viaje?

— Mal — contestó ésta; — el dinero que usted nos

mandó, sólo nos ha alcanzado para pagar nuestras deudas y venir en tercera clase, y allí no se está muy cómodamente por cierto....

— Yo también vine en tercera, hermana, y no lo pasé muy mal — respondió su cuñado, interrumpiéndola; en primera viajan sólo los ricos y no todos están acostumbrados á gozar esas comodidades.

— Es por eso que se quejaba su pobre hermano: para unos todas las comodidades, para otros nada; eso no está bien — replicó con amargura Amelia.

— Mi pobre hermano — dijo con tristeza Juan Grandot — debió á esas ideas su infeliz vida y su temprana muerte, y es para evitar á sus hijos, mis únicos sobrinos, los mismos males, que he pedido á Vd. que viniese conmigo á reunirse con ellos y con su anciana abuela, que con ansiedad los espera.

IV.

La condescendencia.

Condescender contra lo que nos aconseja la razón, es una falta de que luego nos arrepintiremos.

La conversación fué en este punto interrumpida por el silbido de la locomotora que anunciaba que el tren iba á salir para continuar su marcha, y madre é hijos se volvieron hacia la estación, para verlo salir.

En efecto, el tren partía y se alejaba á todo vapor, dejando en pos de sí, en el azulado espacio, blancas nubes de humo que, como motas de algodón, iban surgiendo en el cielo y que poco después se disipaban.

— Déjeme guiar el carro un poquito tío — dijo con voz suplicante el mayor de los niños.

— No, hijo mío — le contestó aquél; — los caballos no conocen tu mano y podría suceder cualquier cosa.



La familia Grandot en el carro.

— No, tío — insistió el muchacho con zalamería, — no ha de suceder nada; deje guiar á su sobrinito, ¿sí?

— ¿Y si nos vuelcas? — le preguntó su tío.

— ¡Qué he de volcar! — exclamó el muchacho, extendiendo las manos para tomar las riendas.

— Toma, pues — contestó su tío, vencido por las súplicas de Tomás y entregándole las riendas; — pero cuidado, ¿eh?

— Sí, señor — exclamó éste, radiante de gozo y empuñando las riendas que su tío le cedía.

En este tiempo el tren había desaparecido, perdiéndose de vista en la inmensa llanura, y nuestros viajeros reanudaron la interrumpida conversación, hablando de asuntos de familia y recordando lugares y personas de la lejana patria, que acudían á la memoria del buen Juan Grandot.

Las cosas corrían de la mejor manera ; Tomás guiaba con prudencia los cuatro zainos, y en vista de esto y de que se había interesado en la conversación que con su cuñada sostenía, Juan Grandot dió menos atención á las yuntas y se entregó por completo á los recuerdos que la conversación iba provocando.

V.

Los campos de Santa Fe.

Nada hay más bello que la naturaleza en una tarde de primavera.

Habían corrido así varios kilómetros sin ningún incidente, y los niños, contentos y decidores, admiraban y comentaban cuanto veían: la extensión de los campos, la forma de las casas, el débil alambrado que separaba el camino y uno de otros los diferentes campos, los rústicos corrales edificadas junto á las casas, y los vastos potreros, que los bosquecillos á lo lejos medio ocultaban y donde á la sazón pacían gran cantidad de caballos, vacas y terneros; todo, todo les interesaba.



El gaucho argentino.

Pero lo que más les llamó la atención fué el traje de un viejo criollo de tez sombreada, de blanca barba y luenga melena, montando fogoso caballo, enjaezado

con freno y estribos de plata, llevando enrollado en la grupa el lazo tradicional, y vestido con el clásico chiripá, sujeto á la cintura por el tirador de cuero claveteado de monedas de plata, en el que llevaba atravesado el largo cuchillo con cabo del mismo metal; causando extrañeza á los niños los anchos y bordados calzoncillos que sobre la bota le caían, las grandes espuelas plateadas, el flotante poncho y el pañuelito de seda que bajo el usado sombrero de ala levantada, le cubría la cabeza.

Y no les interesaba menos el ver á las familias de los colonos ocupándose en sus diversos quehaceres alrededor de las casas que iban encontrando en el camino.

Allí, un hombre á caballo, dando gritos y manejando el lazo, perseguía á una vaca que se había escapado del potrero, huyendo por uno de los caminos paralelos al que el carro seguía y que, visto á lo lejos, parecían nadar en aquel dilatado mar de espigas verdes.

Aquí, unos niños jugaban con un gran perro, delante de la puerta de una habitación.

Más allá, el padre, vestido medio á la europea y medio á la criolla, componía los desperfectos que había notado en sus aperos de labranza, en tanto que la madre lavaba en una pileta cerca del pozo.

Dos niñas en un corral ordeñaban hermosas vacas de cuernos cortos y de manchado pelo; en tanto que más lejos, un niño y una niña, montados en el mismo caballo, él delante, ella á la grupa, llevando cada uno pequeños atados de libros, cruzaban á galope en otra dirección, dirigiéndose á una casita no lejana.

La tarde decaía; el sol, al ocultarse en el occidente, teñía de rojo el azulado cielo, formando caprichosos celajes de brillantes colores, y el carro continuaba rodando sobre el ancho camino, al largo trote de las briosas yuntas.

De repente, al pasar por una de las encrucijadas que de trecho en trecho encontraban, en uno de cuyos ángulos se levantaba una casita seguida de un pequeño bosque de paraísos y frutales, salió de detrás de ellas un pesado carro cargado de ladrillos, y arrastrado por cuatro caballos, pretendiendo cruzar el camino, en el preciso momento en que, el que conducía á nuestros viajeros, llegaba á la encrucijada.

El choque pudiera evitarse y hubiese bastado que Tomás al ver aparecer los caballos que tiraban del pesado carro, se hubiera desviado inmediatamente, dirigiendo los suyos para el opuesto lado.

No sucedió así: Tomás no se fijó en el carro sino cuando éste le cortaba el paso. Perdió entonces la cabeza, soltó las riendas y pálido y tembloroso, sólo supo exclamar:

— ¡Tío, tío!....

VI.

El choque.

Las faltas cometidas por los otros, no nos absuelven de las que nosotros mismos hemos cometido.

Juan Grandot, arrancado á su conversación por esta exclamación de su sobrino, lanza rápidamente una mirada al camino; ve el peligro; se precipita so-

bre las riendas, y trata de volver las yuntas en la misma dirección que llevaba el carro que interceptaba el camino; pero era ya tarde, y si bien pudo librar á los caballos del choque que les esperaba, no pudo, empero, evitar que una de las ruedas de su carro chocase con otra del pesado vehículo, siendo tal la sacudida, que se partió el eje quedando enganchados ambos carros.



El choque de los carros.

— ¡Rayos y truenos!... — exclamó Juan Grandot, deteniendo con una mano los caballos y agarrándose con la otra á uno de los ladeales del carro, para no caerse.

— ¡Venía ciego, don Juan? — le interrogó el otro carrero, deteniendo sus caballos.

— ¡Calle, hombre, calle! — le respondió aquél; — si ha sido este muchacho á quien por desgracia le confié las riendas.

En seguida, viendo que con la sacudida su cuñada y sus sobrinos habían caído en el lecho del carro, les dió la mano para levantarse, informándose, con cariño, si se habían lastimado.

Felizmente, no habían sufrido más que el susto; apeáronse todos y ayudando los muchachos á su tío y al otro carrero, pudieron desenganchar los vehículos y verificar la fractura del eje, que el choque había ocasionado.

Con la ayuda del otro carrero y con unas cuerdas que Juan Grandot llevaba siempre por precaución en su carro, se pudo arreglar provisoriamente el partido eje; pero, como la rueda no giraba, era preciso continuar el viaje á pie, y así lo manifestó Juan Grandot á su familia.

— Lo peor del caso — agregó el otro carrero — es que al paso que llevaban, dentro de un cuarto de hora estaban en la colonia, y así....

— Así no llegamos allá en menos de una hora — añadió Grandot.

— Y todo por culpa de este desastrado! — agregó la madre, dando un pescozón al muchacho.

— Es adonde conduce el querer meterse uno en lo que no entiende — añadió el carrero en tono sentencioso, dirigiéndose al muchacho.

— La culpa no es sólo suya — contestó su tío; — es también mía, que no debí acceder á su pedido.

— En medio de todo ha sido una desgracia con suerte — agregó el carrero; — pues hubiera podido caer alguno entre los dos carros y ser aplastado.

Después, despidiéndose de Juan Grandot y de su familia, trepó al carro y continuó su camino.

VII.

La cena.

Por lo general, aquellos que más claman contra la sociedad, son los que mayor indulgencia necesitan para sus propias faltas.

La familia tuvo, pues, que emprender su marcha á pie, llevando Juan Grandot de la rienda á los caba-

llos y caminando al lado del carro, siguiéndolo su cuñada y sus dos hijos.

Así caminaron cerca de una hora, hasta que, atravesando un rústico puente echado sobre un río de altas barrancas, entraron en un pueblito, dieron vuelta á una ancha plaza y doblando por una de las rectas calles que en ella desembocaban, se detuvieron delante de una modesta casita, que frente á un gran edificio se levantaba.

— Hemos llegado — dijo Juan, aproximando el carro á la puerta de la casa.

— Madre — añadió, dirigiéndose á una anciana vestida con el burdo traje de las mujeres del campo en la Normandía, y cuyos blancos cabellos se hallaban aprisionados en una gorrita tan blanca como la nieve; — madre, aquí le traigo su nuera y sus nietos.



La familia Grandot.

— ¡Hija! ¡hijos míos! — exclamó la anciana, abriendo los brazos y estrechando en ellos á Amelia y á sus hijos.

Después, tomándolos de la mano y retirándose con ellos dentro de la

pieza, se aproximó á una lámpara que había sobre un mueble y tomando con sus trémulas manos las caras de sus nietos y aproximándolas á la luz:

— Este, éste es el que ha sacado la cara de su padre! — murmuró, después de haberlos besado á ambos en la frente, haciendo cariños á Tomás, al mis-

mo tiempo que limpiaba con la descarnada mano las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Juan, entre tanto, había entrado en la casa el modesto equipaje, y habiendo empujado un gran portón que del otro lado de la calle, frente á la casa, había, tomó de nuevo las riendas de sus caballos, é hizo entrar el carro en el ancho patio á que el portón daba acceso.

Poco tiempo, empero, tardó en volver y ese tiempo fué aprovechado por la buena anciana en hacer mil preguntas á su nuera, informándose de todo cuanto á ella, á su infortunado hijo, trágicamente fallecido, y á sus nietos se refería.

No descuidaba entre tanto la viejita sus quehaceres, y al mismo tiempo que conversaba con Ame-



La cena.

lia, iba y venía de la cocina á la salita en que las hemos dejado, y de ésta á la cocina para colocar la mesa, cubierta con un blanco encerado y en la que de antemano se hallaban, convenientemente dispuestos, platos, vasos y cubiertos que brillaban por la pulcritud con que estaban limpios, una gran sopera, varias fuentes con apetitosos manjares y dos botellas de excelente vino de Burdeos.

Apenas volvió su hijo todos se sentaron á la mesa haciendo honor á las excelentes dotes culinarias de

la anciana, y comiendo los viajeros con el apetito consiguiente á quien, después de un largo viaje en ferrocarril, ha tenido que hacer como yapa, una buena legua á pie.

Durante la comida, la conversación rodó sobre Francia, y más de una vez la fisonomía de Juan Grandot se anubló y la anciana miró á su hijo con dolorosa mirada, al oír ciertas apreciaciones demasiado acres, empleadas por Amelia y por sus hijos contra la sociedad y los gobiernos.

Juan Grandot combatió con moderación, pero con firmeza, las apreciaciones de su cuñada, convencién-dose de que era preciso arrancar á sus sobrinos de aquella influencia perniciosa, si quería hacer de ellos hombres de provecho y útiles á la sociedad.

Luego que hubo terminado la cena, como los viajeros, como era natural, estaban cansados, Juan se levantó de la mesa dando las buenas noches á su madre y á su cuñada, y se retiró á su habitación, llevándose consigo á sus sobrinos, que ya en ella tenían preparadas las camas.

Las dos mujeres quedaron solas, y luego que hubieron levantado la mesa y de apurar Amelia el vino que había quedado en las botellas, se retiraron á la habitación de la anciana, que generosamente iba, desde entonces, á compartir con su nuera.

VIII.

El señor Ursabeta.

Salud y fortuna da Dios á quien madruga.

Al otro día muy temprano, Juan Grandot se levantó y, según su costumbre, se dirigió al corralón frontero á cumplir los deberes que su obligación le imponía, pues era el capataz y el hombre de confianza del rico negociante é industrial don Pablo Ursabeta, dueño de una gran casa de comercio, que con el corralón comunicaba, y de un gran molino que se hallaba contiguo.

Despuntaba apenas la mañana, y los numerosos empleados y peones de la casa, con excepción de los que hacían el servicio nocturno en el molino, dormían aún.

Juan dió una vuelta por las caballerizas y por los galpones, para cerciorarse de si había habido alguna novedad durante la noche y ver si todo se hallaba en orden, y, verificada esta inspección, se dirigió á una de las puertas que con los edificios comunicaban y tiró repetidas veces del cordón de una campana que sobre ella había.

Llamó después á dos grandes perros que por el patio y por una pequeña huerta ajardinada, que se hallaba contigua, andaban sueltos, y fué á prenderlos á las cadenas sujetas á sus respectivas casillas; dirigiéndose en seguida al galpón donde la víspera había dejado su carro, y después de haber desatado

la cuerda con que en el camino había remediado el accidente, sacó la parte del eje que había quedado en la rueda y destornilló el resto que, unido al carro, había quedado.



Casa y molino de Ursabeta.

A este tiempo, ya los peones y empleados de la casa se habían levantado, y cada uno acudía al local donde debía principiar su servicio; los dependientes de la tienda y del almacén abrían las puertas, sacaban los postigos de las vidrieras, barrían la

tienda y limpiaban el mostrador, sacudiendo el polvo de las mercaderías sobre él depositadas; los peones del corralón abrevaban los caballos y les distribuían la ración de maíz que á cada animal correspondía, echándoles pasto fresco en las gradas, para reemplazar al que durante la noche habían comido; la gente empleada en el molino iba á ocupar su puesto, relevando á aquellos cuyo servicio terminaba, y el cocinero y su ayudante se dirigían á la cocina, para preparar el café con que debía desayunarse aquel numeroso personal.



Los perros.

Todo era animación y movimiento en el gran patio y en los edificios que con él comunicaban, cuando un hombre como de unos cuarenta y cinco

años, alto y robusto pero cuya barba y cabello principiaban á encanecer, asomándose á la pequeña puerta que se abría precisamente bajo la campana que hemos visto tocar á Juan Grandot, quedó un momento parado, contemplando con satisfacción la vida y movimiento que en el patio había.

Después, con las manos en los bolsillos, entró en el molino, y pudo vérselo desde el patio cruzar por detrás de las ventanas, recorriendo todos los pisos del alto edificio, de donde volvió á salir para recorrer las caballerizas, los galpones y los depósitos, penetrando por último en el almacén, y recibiendo muestras de respeto de todos los peones que á su paso encontraba, á los que correspondía con afable urbanidad, saludando por su nombre á cada uno.

Al pasar, empero, por el galpón donde Juan Grandot se hallaba ocupado, como vimos, en destornillar el eje partido, como aquél, abstraído en su trabajo, no lo había visto llegar, púsole una mano sobre el hombro, dándole con cariño los buenos días é informándose con interés de la llegada de su familia.

Juan, al sentir la presión de la mano y al escuchar la voz, se incorporó de pronto, y sacándose el sombrero, agradeció á su interlocutor su interés, expresándole su contento y el de su anciana madre por tener ya reunidos todos los suyos. Después, enseñando á su patrón, pues era en efecto el señor



Sr. Ursabeta

Ursabeta quien le hablaba, el eje partido, le dió cuenta del accidente de la víspera, pero sin culpar á su sobrino y asumiendo él toda la responsabilidad.

— Bueno — dijo el señor Ursabeta; — mándalo componer en seguida, pues puede hacernos falta; y en cuanto á tus sobrino — agregó, — tráemelos y veremos lo que con ellos podemos hacer.

Dicho esto, se alejó, sin dar tiempo á que el capataz le agradeciese el interés que por su familia manifestaba.

Juan Grandot, terminada su tarea, distribuyó el servicio de los peones, y tomando los dos pedazos del eje partido, salió en dirección á la casa del herrero que lo debía componer.

Cuando pasaba por delante de su casa, vió á sus sobrinos ya levantados y que, sentados en el umbral de la puerta, se desayunaban con grandes rebanadas de pan con manteca, los que, tan luego como lo vieron, corrieron á su encuentro, dándole los buenos días, y pidiéndole permiso para acompañarlo, á lo que Juan accedió gustoso.

IX.

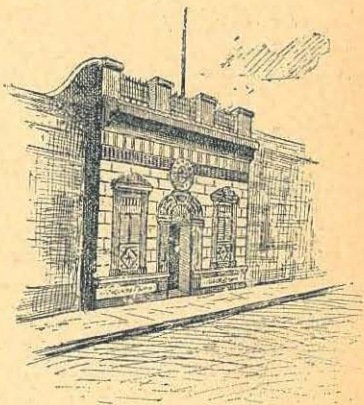
La bandera.

La bandera argentina ha tomado del cielo sus colores, el blanco y el azul.

Pancho y Tomás siguieron á su tío, que entró en una ancha plaza ornada de paraísos y eucaliptos,

alrededor de la cual se veían edificios de buena apariencia, los más recientemente construídos, habiendo también otros en construcción.

Entre los edificios que circundaban la plaza, se hacía notar por su extensión la casa de comercio del señor Ursabeta, que ocupaba la mayor parte de la manzana, y el molino anexo, que sobresalía sobre todos los demás edificios, con excepción de la iglesia, situada al otro lado de la plaza y cuya torre se elevaba majestuosamente frente á la alta chimenea del molino. Otra casa de comercio, aunque de menor importancia que la del señor Ursabeta, seguía á la iglesia, que ocupaba el centro de la manzana; y en la otra esquina, al lado del modesto presbiterio, se elevaba un elegante edificio, modesto en sus formas, pero con ventanas rasgadas y altos techos, que Juan Grandot dijo á sus sobrinos que era la escuela del pueblo.



La casa del juzgado.

Tío y sobrinos atravesaron la plaza en diagonal, tomando una de las calles que á ella venían á desembocar, dirigiéndose hacia los extremos de la población, cuando, al salir de la plaza, Pancho llamó la atención de su tío, preguntándole quién vivía en una casa situada en la esquina y que tenía sobre el

tejado un palo en forma de lanza, y sobre la puerta un escudo de diferentes colores.

— Esa casa, hijo mío — le contestó aquél, — es el Juzgado de Paz, y ahí están establecidas también las oficinas de la Policía; el escudo que ves sobre la puerta, es el escudo de armas de la provincia en que habitamos, y esa lanza es el asta de la bandera de la República Argentina, bajo cuyo amparo vivimos.

— Dígame, tío — agregó Pancho:— yo siempre he visto allá, en nuestro país, en algunos edificios, una gran bandera de tres colores, que allá la llamaban simplemente *la bandera*; ¿es esa la que levantan ahí?



La bandera argentina.

— No, Pancho: la que tú has visto en Francia, en los edificios públicos de la nación, la que llevan también los batallones del ejército francés y la que habrás visto en el último mástil de muchos buques, es la bandera de Francia, la de los franceses, y por eso nosotros allá decimos, sencillamente, *la bandera*; esa que ahí tremola en los días de fiesta, esa es la bandera de este país, la de los argentinos, la bandera argentina — dijo con afectuoso respeto Juan Grandot.

— ¿No es lo mismo, tío? — preguntó Tomás.

— No, ciertamente; pues cada país tiene su bandera de colores diferentes y diversamente colocados, y unas son tricolores, es decir, de tres colores, en tanto que otras....

— Sí, señor — exclamó Pancho, interrumpiendo á su tío; — lo recuerdo muy bien: la bandera que veía en Francia era encarnada, blanca y azul.

— Así es — agregó su tío: — en tanto que la bandera argentina es sólo de dos colores, de los colores del cielo, azul y blanco.

— Sí, hombre, sí — exclamó Pancho, dirigiéndose á su hermano: — ¿no recuerdas que allá en Buenos Aires, en lo alto de la fachada de aquella gran casa donde estuvimos tres días, había una gran bandera de estos colores?

— Justamente — dijo el tío, — esa gran casa donde ustedes estuvieron, era el Hotel de Inmigrantes, y la bandera que dice Pancho, es la hospitalaria bandera argentina, que es la misma que ahí verán tremolar los días festivos.

X.

La bandera.

El amor que debemos á la bandera de nuestra patria, debe inspirarnos el mayor respeto para la del país en que vivimos.

— ¿Para qué sirven las banderas, tío? — preguntó Tomás.

— La bandera, hijo mío, es lo que más que todo nos representa la patria; es su imagen, se puede decir; ella nos recuerda todo nuestro pasado y el pasado de nuestros padres, el lugar donde tuvimos la cuna y el lugar donde descansan sus huesos, los sitios donde hemos pasado los primeros años y los

compañeros que hemos dejado en el camino; ella, en fin, encierra en sí y nos recuerda las tradiciones de la familia y la gloriosa historia de la patria, y por eso, hijos míos, no hay hombre de corazón que no sienta palpar con emoción su pecho ante la bandera de la patria, símbolo augusto de la nacionalidad.

— Nosotros no tenemos nada que ver con esa bandera; ¿no es verdad, tío? ¿No ha dicho usted que no es la nuestra? — dijo Tomás.

— No es la nuestra, es cierto -- contestó aquél, — pues nosotros somos extranjeros y esa es la bandera argentina; pero por eso mismo debemos mirarla con tanto respeto como los hijos del país.

— ¡Con tanto respeto como los hijos del país! — exclamaron admirados los dos niños.

— Sí, hijos míos, y más aún, si es posible, pues el argentino está en su patria, que es lo que esa bandera representa, y nosotros hemos venido de afuera á vivir con ellos, ayudándoles con nuestro trabajo y con ellos compartimos las riquezas del país; hemos venido, pues, á vivir en casa de ellos, por nuestro gusto y sin que nos obligasen; nos han acogido bien y por ello les debemos gratitud, lo que no les podemos demostrar mejor que teniendo el mayor respeto á su bandera. Además, si ese respeto no nos lo impusiese el corazón, la buena educación nos lo impondría. ¿Qué dirían Vds. del huésped que, viviendo en vuestra casa, despreciase á vuestra abuelita ó menospreciase el retrato de vuestro abuelo, que ella lleva al cuello en aquel medallón que anoche les enseñó?

— ¡Ese hombre sería un mal hombre! — exclamó Pancho indignado.

— Tienes razón, hijo mío — le contestó Juan Grandot, — y así proceden los extranjereros que, por un mal entendido amor á la patria que abandonaron, se muestran menos respetuosos con el país que los ha acogido.

XI.

La herrería.

Nada resiste al trabajo del hombre: lo mismo el duro hierro que la blanda cera, toman las formas que á él le place darles.

Discurriendo de esta suerte, anduvieron algunas cuadras, hasta llegar á la herrería, á donde Juan Grandot dirigía sus pasos.

Era ésta una casa aun no revocada, compuesta de una gran pieza con puertas y ventanas á la calle, y otras puertas que comunicaban con el patio y con las habitaciones del herrero.

El taller, instalado en la pieza grande, estaba, á la sazón, materialmente lleno de barras y planchas de hierro, de instrumentos y otros objetos del mismo metal, unos en construcción y otros partidos, esperando les llegase su turno de ser compuestos.

En el fondo de la pieza había una gran forja, en donde carbones encendidos despedían chispeante llama, constantemente avivada por la columna de aire que sobre ella arrojaba un gran fuelle, que un muchacho, poco más ó menos de la edad de Pancho,

ponía en movimiento por medio de una cuerda, que pasaba por una roldana colocada en el techo de la herrería.

El herrero — un hombretón rubio, gordo y fornido — y su ayudante, que era también un mozo rubio, alto y robusto, en mangas de camisa, con las mangas arremangadas y resguardados desde el pecho hasta más abajo de las rodillas por grandes delantales de cuero, batían en el yunque una barra de hierro en brasa, que bajo la presión de los pesados martillos, dejaba escapar encendidas y rojas chispas.



La herrería.

Tomás, al llegar á la puerta, se quedó parado junto á ella, y Panchito siguió á su tío, que penetró en el taller.

— Buenos días, don Pedro — dijo éste, dirigiéndose al maestro. — Buenos días, Nicolás — añadió, saludando al oficial.

— Muy buenos, señor Grandot — le contestó el artesano, sin suspender su trabajo; — ¿qué tenemos de nuevo?

— Este eje para componer.

— ¡Hola! ¡hola! vamos á ver eso — dijo el herrero terminando de martillar la rubra barra que tenía en el yunque, tomando y examinando detenidamen-

te los dos pedazos del eje, en tanto que el oficial iba á enrojecer de nuevo en la fragua, la barra que en el yunque se había enfriado.

— Ha sido algún choque, ¿no? — preguntó el herrero, observando la fractura.

— Sí, un choque con el carro del señor Miller, cuando volvíamos ayer de la Estación — contestó Grandot.

— Debe haber sido fuerte, pero no importa, porque día más, día menos, tenía que partirse; mire — dijo el herrero, mostrando á Juan Grandot las dos secciones del partido eje, — mire: tiene aquí una falla ¿no ve? Ahora va á quedar mejor. ¿Para cuándo lo quiere?

— En seguida, si puede ser.

— Estoy muy atareado ahora — contestó el artesano, — pero no importa, voy á servirlo; el señor Ursabeta ha sido siempre muy bueno para conmigo, me abrió crédito en su casa cuando hace dos años llegué aquí, sin más capital ni más garantías que mis brazos, y gracias á ese crédito y á mi trabajo, el miserable operario de ayer, es ya hoy un hombre independiente, que gana lo bastante para sustentar á su familia y que ha satisfecho ya todos sus compromisos: la deuda de dinero la he pagado, sí, pero la de agradecimiento nunca la podré pagar.

Volviéndose después á su oficial: — Mete estos dos pedazos en la fragua — le dijo, entregándole la pieza que Juan Grandot le había llevado para componer.

XII.

El trabajo.

Dios transforma el sudor del obrero virtuoso y trabajador, en pan para su familia y en comodidades para su vejez.

El mozo obedeció, y en tanto que el hierro se volvía rubro, el herrero y Juan continuaron conversando sobre varios asuntos, y, como era natural, la conversación vino á recaer sobre los dos niños que acompañaban á Juan, informándose el herrero, con interés, de sus nombres y edades, y haciendo el dueño de la casa á Pancho algunas preguntas sobre su país y sobre su largo viaje.

— Ha hecho bien en mandarlos venir — dijo el herrero; — aquí tienen mejor porvenir, si son trabajadores y honrados; y tú, muchacho — agregó dirigiéndose á Pancho, — no olvides lo que hace poco me oíste; ten buena voluntad para el trabajo y no te faltarán protectores; pero no olvides en los días de prosperidad á aquellos que te dieron la mano para llegar á ella.

Después, volviéndose al muchacho que servía el fuelle:

— Mira, Rodolfo — le dijo, — has de ser amigo de este muchacho, puesto que ya soy amigo de su tío.

— Y ahora — añadió, viendo que los pedazos del eje se hallaban ya en ascua, — vé, hijo mío, á lavarte y arreglarte un poco, para ir á la escuela.

El niño, cumpliendo en silencio la orden recibida, se sacó el delantal de cuero, y desapareció por la puerta que comunicaba con las habitaciones.

El herrero y su oficial trajeron al yunque los pedazos del eje y principiaron á martillar sobre aquella masa encendida, consiguiendo después de mucho trabajo y de diversas operaciones á que los sometieron, juntar los dos pedazos, dejándolo otra vez de una sola pieza y en la misma forma que tenía antes del accidente.

— Ahí tiene ya su obra — dijo el herrero, entregando á Juan la pieza ya compuesta, y limpiándose el abundante sudor que le corría por la frente.

— Gracias, don Pedro — le contestó éste; — y volviéndose á su sobrino, que había seguido con atención el trabajo:

— Vámonos, Pancho — agregó.

— Pero, ¿dónde está tu hermano? — exclamó, no viéndolo en el taller.

— Se habrá vuelto á casa — dijo el herrero.

— Tal vez sea así — contestó Juan.

Y despidiéndose de don Pedro y de Nicolás, salió con su sobrino, encaminándose á casa de su patrón.

— Tío — dijo Pancho, cuando se alejaron un poco del taller, — ¡qué cansado es el oficio del herrero! ¿ha visto cómo traspiraba?

— Es cierto, Pancho, es muy rudo su trabajo;



Rodolfo.

pero Dios, que es bueno y justo, ha dispuesto que esa rudeza misma contribuya á robustecer su naturaleza y á vigorizar su salud; sin contar que ese sudor que has visto correr por las sienes, lo transforma en plata que va, día á día, aumentando su bienestar.

XIII.

La ignorancia.

La ignorancia pone al hombre, maniatado en poder de sus enemigos.

Cuando llegaron á la plaza, Pancho hizo notar á su tío que de la mayor parte de las casas salían muchos niños y niñas, unos en grupos, otros solos, llevando un atado de libros debajo del brazo, dirigiéndose todos hacia la espaciosa casa edificada al lado del presbiterio, y frente á la cual ya se hallaban reunidos algunos niños, que se entretenían en jugar á las bolitas.

Frente al edificio se veían atados algunos caballos y un carrito desatado, con los varales en el suelo y con el caballo sujeto á una de sus ruedas; en tanto que por las calles adyacentes á la plaza, se veían desembocar en ella varios niños y niñas á caballo, unos solos, y otros llevando en grupo á sus hermanitos ó hermanitas.

— Todos esos niños van á la escuela — dijo Juan Grandot, — y será preciso que ustedes también vayan.

— Yo también fuí en Europa algún tiempo á la escuela — contestó el niño.

— ¿Y ya sabes leer? — le preguntó su tío.

— Un poco — contestó Pancho.

— No importa; tendrás aun que volver á la escuela, pues aquí todos los niños desde los 6 años hasta los 14, tienen obligación de ir á la escuela hasta que tengan el minimum de instrucción que la ley exige. Tu hermano tendrá que ir algún tiempo, á pesar de que ése debe estar mucho más adelantado, ¿no es así?

— No, señor — contestó Pancho sonriéndose, — sabe menos que yo.

— ¿Y por qué es eso, hijo mío, siendo él mayor que tú?

— Porque Tomás no quería ir á la escuela y mamá decía que era preciso ganarse la vida y que se ocupase en vender periódicos, pues no era la escuela la que nos había de dar el pan. Yo también estuve muy poco tiempo, tan poco, que no tuve tiempo para aprender á leer y mamá me puso también á vender periódicos, pero como siempre me quedaba alguno por vender, antes de devolverlo me entretenía en ver si podía descifrar lo que decía, deletreando las letras mayores al principio y después las noticias, hasta que aprendí á leer sin deletrear.

— Has hecho muy bien, Pancho mío, y un día sentirá tu hermano no haber hecho lo mismo que tú.

— Yo lo hacía por curiosidad, tío, pues he oído decir á mucha gente, que los pobres no necesitan saber leer.

— Los que tal dicen, hijo mío, son unos desgraciados, enemigos del progreso, ó unos egoístas que quieren utilizarse de la ignorancia del pueblo.

— Pero tío, ¿qué necesidad hay de saber leer y escribir para ganarse la vida por medio del trabajo?

— Mucha, hijo mío. En primer lugar, el hombre que no sabe leer, escribir y contar bien, por buen obrero que sea, siempre queda en la dependencia material de los otros, hasta para sus asuntos más secretos; tiene que recurrir á quien le lea las cartas que reciba, á quien le escriba lo que tiene que decir á personas ausentes á quienes ama, ó con quienes tiene que tratar algún negocio, y, por último, tiene que pedir á un extraño y confiarse en él, para que le haga las cuentas de lo que tiene que recibir y pagar; esto es: ha de confiar forzosamente á la discreción de otro sus más íntimos pensamientos, sus alegrías, sus pesares, su fortuna y, muchas veces, su honor y el de las personas que más ama. Esto es degradante, ¿no es cierto?

— Es verdad, tío — contestó el niño, sorprendido; — nunca había pensado en eso.

XIV.

Peligros de la ignorancia. — Ventajas de la instrucción.

La ignorancia es el mayor enemigo del pobre; la instrucción es el amigo que le extiende la mano para sacarlo de su miserable condición.

— Y, á más de degradante, es peligroso — agregó el tío, animándose. — ¿Quién te asegura que el que hoy es tu amigo, no será mañana tu enemigo, y aproveche los secretos que pueda haber descubierto en las cartas que te ha leído ó en las que te ha escrito, para perjudicarte, revelándolos á personas que tú tendrías interés que nada supiesen? ¿Quién te dice que el que te está leyendo una carta ó te la escribe, ó te ajusta una cuenta, procede con lealtad y te lee lo que allí está escrito, te escribe lo que le dictas, y no se pone de acuerdo con tu deudor para darte menos de lo que debías recibir? ¿Quién te garantiza su discreción? ¿Quién te garantiza tu secreto sobre el negocio que por su intermedio tratas? ¿Quién puede asegurar que no va-



El que no sabe escribir dictando una carta.

ya á comunicarlo á otro de quien espere mayor recompensa, ó aproveche en beneficio propio todo lo que has tenido necesidad de confiarle?...

— ¡El hombre que así se portase, sería un traidor y una malvado! — exclamó Pancho con noble indignación.

— Podría llegar á ser hasta ladrón y asesino; muchos hombres han sido víctimas de su ignorancia y buena fe; pero no son sólo estos males á los que está sujeto el hombre sin instrucción.

— ¿No es sólo eso?... — exclamó el niño.

— No es sólo eso — le contestó su tío. — El hombre que no quiere instruirse, es como los animales de carga ó tiro, que sólo prestan á la sociedad el concurso de sus fuerzas físicas; falta á sus deberes para con Dios, pues deja de cultivar esa chispa divina con que el Señor lo ha dotado y que se llama inteligencia; falta á sus deberes para con la sociedad, pues se limita á prestarle el concurso de su brazo, dejando perder el que podría prestarle con su inteligencia, si la hubiese cultivado; y falta á sus deberes para consigo mismo, y para con su familia, porque el hombre ignorante está á todo momento expuesto á violar las leyes generales que no conoce, lo que puede ocasionarle graves perjuicios y hasta llevarlo á la carcel. Además, como no le es dado poder distraerse en la lectura, en las horas que no trabaja busca distracción en los *boliches*, donde bebe y juega para pasar el tiempo, perdiendo su salud, su dinero, su buen nombre y muchas veces hasta la libertad y la vida. Por último, el que no ha querido ó no ha podido instruirse, el que no sabe por lo

menos leer bien, nunca puede aprender sino por la vista, y, por tanto, es caso raro que pueda ascender en su profesión, porque se halla imposibilitado de estudiar lo que se ha escrito sobre su arte y oficio, viéndose, por lo general, relegado para toda la vida á pertenecer á las últimas camadas sociales; esto es, á ser de aquellos para quienes el trabajo es más duro y la paga más corta.

— Eso es verdad, tío, y ahora recuerdo que un compañero nuestro, un muchacho vendedor de periódicos como nosotros, pero que sabía leer y escribir y tenía una bonita letra, escribió el año pasado, el día de año nuevo, en nombre de todos nosotros, una felicitación al señor administrador del periódico, por lo que nos dieron un *franco* á cada uno.

— ¿Ves tú? no sólo fué útil á sí mismo, sino que por saber escribir, pudo ser útil á todos ustedes.

— Y lo mejor fué para él — agregó Pancho, — pues el señor administrador lo llamó y lo empleó de escribiente en la administración, de manera que dejó de vender diarios y al poco tiempo lo vimos hecho todo un señorito.

— Ahí tienes, querido Pancho, la prueba de lo que te he dicho: ese niño, que era un harapiento, y que, sufriendo como sus compañeros el calor, la lluvia y el frío, apenas ganaba para comer un pedazo de pan negro, gracias á los conocimientos que había adquirido es ya hoy un señorito, como tú has dicho. Anda bien vestido, gana mucho más, con un trabajo mucho más liviano, y esto al abrigo de los rigores del tiempo; en tanto que todos sus otros compañeros, andrajosos y ganando apenas con que sus-

tentarse, continuaron á recorrer plazas y calles para vender los diarios que él lee cómodamente sentado en su sillón; y así, como la mayor parte de sus antiguos compañeros, vivirán entre privaciones y miserias, si él ha continuado en instruirse, será tal vez un hombre de provecho, que ocupará una posición elevada, que podrá pasar la vida rodeado de comodidades y mereciendo el respeto de sus conciudadanos.

— Tiene usted razón, tío: yo también quiero instruirme para ser un hombre de provecho.

— Sí, hijo mío, sí; ese es el mejor camino que se abre al pobre, para salir de su pobreza.

XV.

El saludo.

Los hombres se deben guardar, unos á otros, todas las consideraciones, y nadie tiene el derecho de ofender gratuitamente á otro.

Habían atravesado la plaza é iban á enfrentar con el establecimiento del señor Ursabeta, cuando se abrió una puerta que entre el molino y la tienda había, y salieron por ella un niño y una niña; ella como de unos diez años de edad y él de doce, poco más ó menos, dirigiéndose ambos al otro extremo de la plaza y llevando, como todos los otros niños que Pancho y su tío habían encontrado en su camino, sus libros y pizarritas bajo el brazo.

Juan Grandot se descubrió al pasar por junto á ellos, y ambos correspondieron al saludo con afable familiaridad, sin detenerse y apresurando su paso, en dirección á la escuela, donde á la sazón se oía la campana, que anunciaba la apertura de las clases.

Pancho los miró fijamente, aunque sin sacarse el sombrero, lo que, visto por su tío, se lo hizo notar por medio de una cariñosa observación.

— Es que no sé quiénes son, tío — contestó el niño, tratando de disculparse.

— No importa — le replicó aquél; — yo los he saludado, luego los conozco, y por ese hecho nuestro que los considero y aprecio; tu deber y el de cualquier persona que me acompañase, era seguir mi ejemplo; no por atención á las personas que encuentran, sino por atención á la persona que acompaña. Además, ellos nos han saludado también, y tú no has contestado á su saludo.

— ¿Entonces, tío, cuando acompañamos á otra persona, debemos saludar á los que ella saluda, y cuando alguien nos salude, debemos contestarle, aunque no lo conozcamos?

— Ciertamente que sí, pues este acto de nuestra parte, demuestra á aquella persona á quien acompañamos, que sus amigos, por el hecho de serlo, son dignos de nuestra consideración. Esos mismos



Alberto y María.

niños te han dado una lección sin pretenderlo; saludándote á ti, á quien no conocen, por atención á mí, á quien quieren. En cuanto á la segunda parte de la pregunta— prosiguió Juan Grandot, — tú mismo te responderás, si piensas un poco en que el saludo no es más que una muestra de deferencia ó de afecto á la persona á quien se saluda; ahora bien: si una persona á quien tú no conoces, te saluda, practica un acto espontáneo de deferencia para contigo, lo que debes agradecerle más, por la circunstancia de que no tiene ninguna obligación de hacerlo. Dime, Pancho: si ese niño que acaba de pasar, fuese comiendo masitas y al pasar por junto á ti te ofreciese una, ¿merecería que se la tirases á la cara?

— No, señor — respondió Pancho: — si se la tirase á la cara ó la rechazase con mal modo, haría muy mal, pues sería pagar un favor con una ofensa.

— Pues lo mismo sucede, sobrino mío, cuando no devolvemos el saludo á la persona que nos saludó primero, retribuyéndole su atención con una ofensa, porque es una ofensa negar el saludo: es como significar á esa persona que no es digna de estar en relación con nosotros.

Pancho no contestó: lo habían convencido las razones de su tío, y sonrojándose un poco por su falta, sintió en su corazón como un movimiento repulsivo para aquellos niños que se alejaban de prisa, para poder entrar en la escuela al mismo tiempo que sus compañeros que á la puerta se aglomeraban.

XVI.

No sólo de pan vive el hombre.

Los servicios prestados por el operario y retribuidos por el patrón con el debido salario, no dispensan la gratitud por las atenciones recibidas.

— Además — agregó su tío, — esos niños merecen toda tu consideración, pues son los hijos del señor Ursabeta.

— ¿Y qué tengo yo que ver con ellos? — exclamó Pancho con algún despecho.

— ¿Tú?... directamente, nada; pero, indirectamente, algo tienes que ver, pues es en casa de su padre que he adquirido los bienes que poseo; soy aún su dependiente y es aún él quien me paga el sueldo con que atiendo á mi subsistencia y á la de tu abuela.

— Pero él no le da á usted nada; lo que usted ha ganado y lo que aún recibe, lo gana con su trabajo.

— Es cierto, yo trabajo y él me paga, es un contrato bilateral: yo le presto el servicio de mi brazo y de mi escasa inteligencia que él necesita y que me retribuye con una parte de sus ganancias, proporcionada á esos servicios y representada por un sueldo mensual ajustado entre él y yo; en tanto, pues, que yo cumpla con mi obligación y él me pague puntualmente mi trabajo, por este lado estamos en paz.

— ¡Eso es lo que nos decía papá, tío! — exclamó el niño con mucha vivacidad: — el operario nada debe á su patrón; si le paga es porque le necesita; nada tiene, pues, que agradecerle.

— Tu pobre padre no ha estado siempre en lo justo, hijo mío — replicó con tristeza Juan Grandot: — Dios me libre de empequeñecer su recuerdo ante sus hijos; pero, para tu felicidad y la de tu hermano, no puedo dejar subsistir en vuestros corazones esas ideas de injusticia y de odio que él profesaba contra los ricos y que, como única herencia, les ha legado. No, Pancho, no: en las relaciones del pobre con el rico, del operario con el patrón y viceversa, hay algo más que el trabajo y la paga, pues *no sólo de pan vive el hombre*, como ha dicho Jesucristo, el divino reformador del mundo.

— ¿Qué quiere decir eso, tío?

Que el hombre no necesita sólo de las cosas materiales de la vida, que necesita también sentimientos que ocupen su corazón y eleven su alma; por eso, si por mi trabajo nada me debe el señor Ursabeta, pues me ha pagado, y yo nada le debo, pues no he recibido sino el precio de mi trabajo, en cambio le soy deudor de la confianza que en mí siempre ha depositado y de las atenciones y cariño con que siempre me ha tratado. Ya ves, Pancho, que algo le debes, pues que tu tío se confiesa su deudor.

Pancho bajó la cabeza sin responder, y en pos de su tío entró en el gran patio, dirigiéndose ambos al galpón donde se hallaba el carro, ayudándole á torillar el eje recién compuesto, colocándole las ruedas y dejándole de nuevo pronto para prestar servicio.

XVII.

El arbitraje.

La ociosidad tiene en sí el germen de todos los vicios, y desarrolla especialmente la pasión del juego, de donde nos provienen los mayores males.

Entre tanto, ¿qué había sido de Tomás?

Hemos dejado al muchacho en la puerta de la herrería, y allí quedó, en efecto, un buen rato, arrimado al umbral de la puerta y sin entrar; pero no tardó en aburrirse de su inacción, y principió á mirar en todas direcciones, buscando en qué distraerse.

Quedaba la herrería, como hemos dicho, á pocas cuerdas de la plaza y no lejos de los arrabales, donde se veían algunas charcas con árboles frondosos, que invitaban á pasearse bajo la enramada y que de uno á otro lado del camino formaban una ancha y hermosa alameda.

La mañana estaba linda; el sol, en el principio de su curso, se levantaba por detrás de los árboles, donde chirriaban multitud de pajaritos, que volaban de un árbol á otro y saltaban de rama en rama.



Tomás.

A Tomás se le ocurrió la idea de dar un paseo por aquella alameda y respirar el aire puro del campo, y habiendo echado una mirada al interior del taller y viendo que su tío y su hermano no se ocupaban de él y que aun tardarían en salir, se resolvió á poner en ejecución su proyecto y tranquilamente emprendió su paseo.

Ya había dejado muy atrás las últimas casas del pueblo y avanzado bastante en la alameda, cuando, al dar vuelta, vió en uno de los caminos laterales que cruzaban la avenida en ángulo recto, medio ocultos por un seto, dos muchachos, poco más ó menos de su edad, que, habiendo dejado sus libros en el suelo, se entretenían en jugar al tejo.



Tomás y sus compañeros.

De repente interrumpieron su partida, y pusieron á disputar sobre si la jugada que uno de ellos acababa de hacer, era ó no bien hecha, y uno de ellos lamentaba que no hubiese allí otro muchacho, pues que, sin duda, le daría la razón.

En este momento pasaba Tomás por la encrucijada, y como se parase para ver el juego y después para oírlos discutir, ambos lo llamaron y le pidieron su opinión.

Aunque recientemente llegado al país, Tomás chapurreaba el castellano, del cual había aprendido muchas palabras — con esa facilidad que tienen

los niños para aprender las lenguas — con algunos compatriotas suyos que venían en el buque y que ya habían estado en la Argentina, y también en el Hotel de Inmigrantes, donde habían estado algunos días. Pudo, pues, entenderse con los jugadores, uno de los cuales era napolitano, y también chapurreaba algo el francés.

Tomás dió la razón á quien la tenía; que era el contrincante del extranjero, un muchacho criollo, de tez morena, mirada penetrante y ademán resuelto; pero, á pesar de esto, tanto uno como otro, los dos muchachos lo invitaron á tomar parte en su juego, pues, según decían, la partida sería mucho más interesante siendo tres, en lugar de dos, los que jugasen. Tomás fué de la misma opinión, y los tres, ya como viejos amigos, se entregaron con entusiasmo al juego.

XVIII.

La pelea.

Toda falta lleva en sí misma su castigo.

Largo rato pasaron los tres niños entregados por completo á aquel ejercicio, hasta que uno de ellos, el italiano, que por lo visto era poco benevolente con sus compañeros de juego, reprochó á Tomás una jugada.

Tal proceder desagradó mucho á éste, que invocó el testimonio del criollo, el que convencido también, como su compañero, de que Tomás no había jugado bien, pero que, por otra parte, le es-

taba grato por el fallo que éste antes diera en su favor, eludió el contestar, pretextando no haberse fijado.

Interpretando el otro esta evasiva en favor de su causa, sustentó con más insistencia su acusación, y Tomás le respondió con acritud. De las reconvenciones pasaron á las injurias, y de éstas vinieron á las manos, dándose sendos puñetazos, y rodando, por fin abrazados, al medio del camino.



La pelea.

Mal lo hubiera pasado Tomás á hallarse solo con su adversario, que era más fuerte que él; pero, por fortuna, el criollo estaba allí, y luego que los vió caer se abalanzó á separarlos, consiguiéndolo al fin, pero no tan pronto que no saliese To-

más de la lucha, con un ojo hinchado y con una pequeña herida en la cabeza, que él mismo se había hecho, al caer sobre una raíz; saliendo también el otro muchacho con algunas contusiones.

— ¡Así aprenderás á ser tramposo! — dijo el italiano, dirigiéndose á Tomás, en tanto que arreglaba su descompuesto traje. Después tomó sus libros, y se dirigió hacia el pueblo.

Tomás no le respondió; sentía un fuerte dolor en el ojo magullado, que se le había llenado de agua, y del que nada veía, y sentía también un fuerte es-

cozor en la cabeza, quedando algo asustado cuando, al llevar la mano á la parte dolorida, la retiró manchada de sangre.

— Eso no es nada — le dijo su compañero; — yo voy á vendarte la herida; dame tu pañuelo.

Tomás así lo hizo, y el criollo lo vendó lo mejor que pudo, acompañándolo hasta la entrada de la población.

— ¿Dónde vives? — preguntó entonces á Tomás.

— No sé — contestó éste con voz doliente: — llegamos anoche, y estoy en casa de mi tío.

— ¿Y quién es tu tío?

Tomás lo nombró.

— Sí, lo conozco — dijo su compañero: — vive allado de la plaza, pero yo no puedo ir por ahí porque no me conviene que vean que no he ido á la escuela; sin embargo, no te vas á perder: sigue por esta calle hasta la plaza, allí verás el molino, que reconocerás por su alta chimenea; dobla la esquina de la tienda que está junto á él y te hallarás enfrente de la casa de tu tío.

— Ahora, adiós — agregó, — ya nos volveremos á ver.

Y diciendo esto, desapareció por uno de los caminos transversales que cortaban la alameda.

Tomás siguió su consejo, y dolorido y maltratado, se encaminó á su casa, recibiendo en el trayecto alguna que otra pulla de las personas que encontraba en su camino, y causando á su llegada no pequeño susto á su madre y á su abuela; á esta última especialmente.

Tanto una como la otra trataron de informarse de los pormenores del suceso, en tanto que curaban la herida de la cabeza, que no presentaba gravedad,

y la del ojo, que, aunque más dolorosa, no presentaba peligro.

— ¡Bien hecho! — agregó la madre.

— Pero, hijito — dijo la abuela — ¿quién, te manda meterte con personas que no conoces?

XIX.

El respeto á la ley.

El primer deber de todo buen ciudadano, es acatar la ley del país en que vive.

— Pancho — dijo Juan Grandot á su sobrino, luego que vió al señor Ursabeta sentarse en su despacho: — vé á buscar á tu hermano, pues es ahora la oportunidad de presentarlos al patrón.

El niño obedeció, y después de un corto rato volvió, refiriendo á su tío lo que á su hermano había sucedido y manifestando que, como tenía la cabeza vendada y un ojo muy hinchado, no quería venir.

— Malo — dijo su tío, contrariado; — no me gusta eso... Así no vamos á hacer nada; este país es sólo para aquellos que vienen dispuestos á trabajar...; tu hermano principia escogiendo mal sus compañeros.

— No importa — agregó después de un momento de reflexión; — dile que venga como esté: es preciso que lo presente al señor Ursabeta.

El niño volvió á salir, y después de algún tiempo volvió acompañado de su hermano, que, avergonzado y confuso, se presentó ante su tío.

Este lo amonestó cariñosamente por su falta en haberse separado de su compañía, haciéndole notar

los peligros á que se expone el niño, y aun el joven, que pretende obrar por sí mismo, sin consultar con sus consejeros naturales, que son sus padres ó quien los representa. Después de esta pequeña plática, se dirigió con sus sobrinos al gabinete de su patrón.

Era el gabinete una pequeña pieza, con puerta y ventana sobre el patio y otras dos puertas que comunicaban con la tienda y con las oficinas de contabilidad, por lo que el dueño, desde su escritorio, veía todo lo que pasaba en todas las reparticiones de su casa.

Cuando Juan Grandot y sus sobrinos entraron en el despacho, se hallaba éste ocupado en entregar la correspondencia que acababa de abrir, á un señor anciano, con gafas doradas, que, parado junto al escritorio, recibía respetuosamente las órdenes y observaciones que para despachar la correspondencia le daba el negociante.

Poco, empero, tuvieron que esperar, pues no pasó mucho tiempo sin que el señor de las gafas doradas se retirase, dirigiéndose á las oficinas de contabilidad y en que el negociante, indicando á su capataz una silla que se hallaba junto á su mesa de trabajo, le dijera:

— Ahora ya podemos hablar; siéntate, Juan, y que se sienten los muchachos.

Juan y sus sobrinos obedecieron, y el señor Urabeta, entonces, después de haberse informado del



Tomás estropeado.

incidente que había puesto al pobre Tomás en tan lastimoso estado, de haberle dado paternales consejos para evitar su repetición y de haber indagado el grado de instrucción y las habilitaciones que cada uno de los niños tenía, acabó por incorporarlos al numeroso personal de su casa, nombrando desde luego á Pancho cadete del almacén y á Tomás peón de caballeriza, que era lo único que su edad y su ignorancia le permitían ser.

— Desde hoy ganas diez pesos por mes — dijo á Pancho; — tú cuenta con ocho — agregó volviéndose á Tomás. — Pero se sobrentiende — añadió, dirigiéndose á su capataz, — has de mandarlos á la escuela, pues aun están sujetos á la obligación escolar: este mayor aun puede aprender algo; y Pancho sería lástima que no se instruyese algo más, visto sus buenas disposiciones.

— Sí, señor — contestó Juan Grandot, — y es un nuevo favor esa condición que usted me impone y que yo deseaba pedirle como una gracia.

— Nada tienes que agradecerme — replicó el negociante: — la ley lo ordena, y el deber de todo buen ciudadano es acatar la ley, siendo las personas más salientes, las de mayor categoría, las más instruidas, las más ricas, las que deben dar el ejemplo para que los que están más abajo en la escala social, los imiten. Soy criollo, amigo mío; pero, distanciándome en esto de algunos de mis compatriotas, pienso como los ingleses, que cuanto más elevada es la posición que se ocupa en el mundo, mayor es el respeto que se debe demostrar á la ley.

— He oído contar, señor, que en Inglaterra todos

tienen tanto respeto por la ley, que los más grandes y poderosos señores obedecen sin la más ligera observación la menor indicación de un vigilante.

— Es cierto, Juan, y hasta el mismo príncipe de Gales, hijo mayor de la soberana de aquel país y que un día será el rey (lo es actualmente bajo el nombre de Eduardo VII), se bajaría de su coche y seguiría al más humilde vigilante, si éste le diese la voz de preso y le tócase con un bastoncito que le sirve de insignia.

— ¡Cuándo conseguiremos aquí ese respeto á la autoridad, señor! — exclamó el capataz.

— Cuando se difunda la instrucción, amigo mío, y por eso, aunque la ley no lo ordenase, sería de la más alta conveniencia mandar todos los niños á la escuela. Bueno — agregó: — pon en posesión á tus sobrinos.

Juan se levantó, saludó á su patrón y se retiró por la puerta que daba á la tienda, siguiéndole sus sobrinos.

XX.

La vuelta de la escuela.

Á la satisfacción íntima del deber cumplido, se sigue, por lo general, el placer de recibir la recompensa material que el acto ha merecido.

Juan Grandot comunicó al primer dependiente, habilitado de la tienda y del almacén, la disposición que el patrón acababa de tomar con respecto á Panchito, al que el habilitado midió con una mirada.

— Está bien dijo — ya le buscaremos algún trabajo.

Después, girando la vista alrededor y viendo que uno de los mozos de la tienda estaba ocupado en llenar el receptáculo de un gran molino de café, cuyo grano sacaba de una enorme gaveta, colocada debajo del mostrador, lo llamó y ordenándole que pusiera al niño al corriente de lo que tenía que hacer para reemplazarlo en su tarea, lo encargó de otro trabajo.

— Vaya descansado, señor Grandot, que el muchacho queda á mi cuidado — agregó el habilitado.



Pancho en el almacén.

El capataz puso á aquél al corriente de la obligación impuesta por el patrón, de armonizar el servicio que el niño debía prestar, con el cumplimiento de sus deberes escolares, y hecho esto, retiróse con Tomás.

— Ahí tienes ya trabajo por ahora — dijo el habilitado, señalando á Pancho el molino de café; — vé con éste, que él te enseñará lo que debes hacer.

Pancho siguió al mozo, que no tardó en ponerlo al corriente de su obligación, dejándolo entregado á su trabajo, para ir á cumplir la nueva orden que había recibido del encargado del establecimiento.

El niño, que no era perezoso, se entregó de lleno á aquella operación, y ya había vaciado y llenado más de una vez su molino del tostado grano, que al es-

fuerzo de su brazo caía transformado en aromático polvo, en una barrica con que el molino comunicaba, cuando entraron risueños y dando saltos de contento los dos niños que pocas horas antes Pancho y su tío habían encontrado en la plaza.

— Pero, ¿qué tienen que vienen hoy tan contentos? — preguntó el habilitado, haciéndoles caricias.

— ¡Que me he ganado la primera clasificación en la Aritmética; la más alta! — exclamó el varoncito, continuando á dar muestras de su alegría.

— Y yo en la Historia — agregó la niña; ¡qué contento se va á poner papá!

— Sí, sí, hijos míos; ¡muy contento! — exclamó el señor Ursabeta, que al sentir la llegada de sus hijos, se había asomado á la puerta de su escritorio y que en este momento penetraba en la tienda.

— ¡Papá! ¡papá! — exclamaron los dos niños, corriendo á abrazarlo.

El negociante abrazó á sus hijos con efusión, y al leer los boletines que la maestra le enviaba, y al ver el aprovechamiento que habían tenido en el mes que acababa de expirar, los abrazó de nuevo, y para manifestarles su satisfacción les permitió escoger, entre todos los lindos juguetes que había en la tienda, aquellos que á ellos más les agradasen.



El caballo triciclo.



La muñeca.

Los niños, palmoteando y dejando los libros y cuadernos sobre el mostrador, se precipitaron á las vidrieras donde los juguetes se hallaban, y ya había escogido el niño un lindo caballo triciclo y la niña una hermosa muñeca, casi de su altura, cuando se presentó en la puerta de la tienda una pobre mujer andrajosa llevando por la mano á una niña de unos seis años, descalza y casi desnudita, y teniendo dormida entre los brazos otra criaturita, envuelta en unos pobres trapos que mal cubrían su cuerpecito endeble y enfermizo.

— ¡Una limosna por amor de Dios, señores! — exclamó con trémulo y lloroso acento la mendiga.

El habilitado fué al cajón donde se recogía el dinero de la venta diaria, y sacando un billete de diez centavos, lo entregó á la pobre, que se lo agradeció con voz conmovida, implorando la bendición de Dios sobre el establecimiento y sobre su caritativo dueño.

XXI.

Un noble corazón.

Un corazón generoso se desprende con placer de lo superfluo, cuando ve á su hermano que carece de lo necesario.

El hijo del señor Ursabeta había salido á la vereda con su caballo y se disponía á montarlo, cuando la mayor de las hijas de la mendiga se aproximó curiosa á contemplar el lindo juguete, siendo

repelida por el niño, que la empujó con fuerza diciéndole con altanería:

— Quítate de ahí, arrapieza.

— Sácate también tú — añadió con altivez empujando al mismo tiempo á Pancho, que entusiasmado con el precioso juguete había abandonado su trabajo y venido á colocarse junto al caballo, que contemplaba con admiración y complacencia.

Pancho vaciló al recibir el empujón y resentido por la poco cordial acogida é injuriado por el contacto del brazo del orgulloso niño, levantó la mano para darle el merecido castigo; pero no pudo realizar su intento, pues otro brazo contuvo el suyo en su camino, en tanto que una gruesa mano le agarraba el otro brazo, sacudiéndoselo con fuerza y que una voz airada le decía:

— ¡Ah, pícaro! ¿Para eso has dejado tu trabajo?

— ¡Pero si ha sido él quien me ha empujado! — exclamó Pancho con despecho.

— ¡Cállese, atrevido, y vuelva á su trabajo, holgazán! — agregó la misma voz, que no era otra que la de don Ricardo el habilitado, cuya gruesa mano continuaba sacudiendo con fuerza el brazo del niño y que, dándole por fin un fuerte empujón, lo echó dentro de la tienda, avergonzado y con el rostro encendido por la manera como era tratado.

La mendiga fué á recoger su hija, sin decir una



La mendiga.

palabra; el niño montó en su caballo y echó á correr por la vereda, y el negociante, que había presenciado atentamente toda esta escena, se mordió los labios, pero nada dijo.

Entre tanto la niña gozaba haciendo fiestas y caricias á su muñeca. De repente, empero, la expresión de su fisonomía cambió, y después de haberse fijado un momento, con dolorosa sorpresa, en la pequeña mendiga y de volver la vista alternativamente de ésta á la muñeca y de la muñeca á aquélla, como si comparase con pesar el lujo con que la una estaba vestida con la miseria de la otra, quedó por unos instantes triste y silenciosa.

Después, como si hubiera tomado una súbita resolución, se fué corriendo al lugar donde estaba su padre, abrazándolo, y poniéndose en la puntita de los pies, para llegar mejor á su oído, díjole entre dos besos y con voz suplicante:

— Papá, quiero pedirte un favor; dime que me lo concederás, ¿sí?

— Conforme él sea — le contestó aquél, sonriendo: — si fuera razonable....

— Sí, ¡pero prométeme primero que me lo vas á hacer, tatita! — exclamó la niña, insistiendo con zalamería y redoblando sus caricias.

— ¡Bueno! ¡bueno! — dijo su padre riendo y separando los bracitos de la niña, que le rodeaban el cuello; ¡bueno! hija mía, se hará lo que tú quieras; pero no aprietes tanto, pues así me vas á ahogar á fuerza de caricias!

— ¿Prometes, pues, concederme lo que te voy á pedir? — dijo la niña como dudando.

— No hay más remedio, pues que así lo quieres — le contestó el negociante.

La niña bajó los ojos, se puso algo encendida, y echando de nuevo sus bracitos alrededor del cuello de su padre, le dijo muy bajito al oído:

— Quiero que me compres la muñeca.

— ¿Que te compre la muñeca que te acabo de dar? ¡Pero tú estás loca, María!

— No estoy loca, papá, no; es que necesito ese dinero.

— Pero, ¿qué capricho es ese?

— No es capricho, tatita; es que... mira, la muñeca está tan bien vestida y esa pobre niña y su hermanita.... ¿no ves?

— Veo, sí, hija mía, y te comprendo — contestóle su padre, conmovido, tomándole la cabeza con las manos y dándole en la frente un cariñoso beso.

— Te comprendo, hija mía, y te aplaudo enorgulliciéndome de tener

una hija que posea tan noble corazón. Don Ricardo — añadió, volviéndose al habilitado, — vea el precio de la muñeca y entrégueselo aquí á la señorita.

El habilitado abrió el libro donde acababa de registrar la venta de los juguetes, y tomando del cajón



María entregando á la mendiga el valor de la muñeca.

el valor de la muñeca, se lo entregó á la niña, que lo recibió palpitante de gozo.

— Tome, don Ricardo — dijo la niña dando un beso á la muñeca y despidiéndose de ella con un movimiento rápido como si temiese vacilar al cumplir el sacrificio que se imponía.

Don Ricardo miró á su patrón, como preguntándole si recibiría ó no el juguete; éste, empero, le hizo señal de que lo recibiese, esforzándose para contener las lágrimas que habían asomado á sus ojos.

La pobre, entre tanto, ajena á los sentimientos que se habían desarrollado en el corazón de la niña y á la tierna escena que hemos tratado de describir, se había retirado con sus hijos; la niña, empero, no le dió tiempo para alejarse, y corriendo en pos de ella, le entregó toda la plata que acababa de recibir.

— Tome, señora, para vestir á sus niñitas — le dijo depositándole en las manos los billetes que don Ricardo le había entregado, y echando á correr otra vez hacia donde su padre se hallaba.

XXII.

La mendiga.

La desobediencia á nuestros padres es, con frecuencia, el origen de todas nuestras desgracias.

La pobre mujer quedó sorprendida al recibir la generosa dádiva, mirándola y remirándola con codicia, pero sin atreverse á guardársela en el bolsillo.

Por fin, después de algunos momentos de hesita-

ción volvió sobre sus pasos y dirigióse á la tienda á manifestar lo ocurrido, temiendo que la dádiva de la niña no hubiese sido autorizada por sus padres.

Allí, empero, se le aseguró que podía guardar sin escrúpulo el dinero; por lo que la buena mujer, contentísima, principió en el acto á hacer uso de él, en armonía con los deseos que la niña le había manifestado al entregárselo.

Pidió, pues, al habilitado le mostrase alguna ropita barata, y haciendo dos partes de su dinero, empleó la una en comprar aquellas prendas de vestir de que sus hijitas más carecían, guardando el resto y sin comprar nada para sí misma.

El señor Ursabeta y sus hijos se habían quedado en la tienda, y éste, habiendo sentado á la niña sobre el mostrador, le hacía caricias, no perdiendo, sin embargo, de vista á la mendiga, cuyos actos y palabras observaba.

Este examen parece que fué favorable á la pobre mujer, pues el negociante se dirigió á ella con amabilidad é interés, informándose con discreción de las circunstancias que la habían reducido á tan triste estado.

— No debo quejarme sino de mí misma, señor — le contestó la pobre; — yo soy la principal culpable de todo lo que me sucede y el haber desobedecido á mis padres, es lo que á esta triste situación me ha reducido.

— ¡Una desobediencia! — murmuró el señor Ursabeta, con muestras de disgusto.

— Sí, señor: el haberme casado contra su voluntad, con un joven á quien amaba.

— No le convendría seguramente, pues que sus padres se oponían — dijo el negociante; — los padres sólo debemos querer la felicidad de nuestros hijos, y cuando nos oponemos á alguno de sus deseos, es porque no les conviene realizarlo; pero, ¿por qué se oponían sus padres? — agregó.

— Me decían que aquel joven tenía un gran defecto: que le gustaba mucho la bebida.

— Si así era, tenían sus padres mucha razón — dijo con severidad el señor Ursabeta. — La embriaguez — añadió — es el vicio más abyecto y abominable.

— Era cierto, señor; pero yo no quise creerles y me uní á él, siendo esa terrible inclinación de mi marido la causa de todas nuestras desventuras y la que me ha traído mi miseria actual.

— Es corta mi historia, señor — agregó la pobre; —pero, puesto que usted y esa linda niña se han interesado tanto por mí, voy á referírsela, para que estos niños, que Dios proteja — dijo señalando á la niña, á su hermano y á Pancho, que había parado en su trabajo y escuchaba atento — vean hasta donde puede conducir el error de un primer paso y la influencia que ejerce una falta en toda nuestra existencia.

Habiendo manifestado su asentimiento el señor Ursabeta, la mendiga prosiguió así:

XXIII.

Consecuencias de la embriaguez.

Todos los vicios se apoderan del corazón del hombre y lo hacen su esclavo; pero la embriaguez lo degrada, produciéndole después la muerte.

— Soy italiana y nací en la bella Florencia, donde mis padres, honrados negociantes al por menor, me educaron como allá generalmente se educa á las muchachas de la clase media; esto es: me hicieron aprender á bordar y todos los demás trabajos propios de mi sexo, enseñándome á leer, á escribir, algo de cuentas, de gramática, el catecismo y un poco de nuestra historia, y con estos pequeños conocimientos y el cariño de mis padres y de una hermana menor, me reputaba feliz, cuando mi mala estrella hizo que me encontrara con el hijo de uno de nuestros vecinos, que acababa de cumplir su tiempo de servicio en el ejército y que regresaba á su casa con una medalla al pecho, ganada por un rasgo de valor militar.

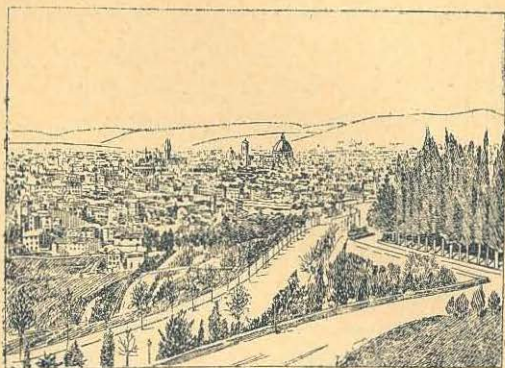
Martín, que así se llamaba, era un apuesto mozo, vestía muy bien, y aunque no tenía profesión determinada, como era inteligente y sus padres tenían un pequeño capital, hacía buenos negocios.

Simpatiqué con él, y aunque mis padres, como he dicho, se oponían á nuestro matrimonio, nos casamos y fuimos algún tiempo felices, y yo tanto más feliz, que había por fin obtenido el perdón de mis padres!

Desgraciadamente esta felicidad no tardó en nublarse, pues el fallecimiento de mis suegros puso á mi marido en posesión de todos sus haberes, precisa-

mente en el momento en que la fiebre de la inmigración se había apoderado de mis compatriotas, contaminando también á mi marido que me manifestó la idea de venir á América pintándome con vivos colores el porvenir que aquí nos esperaba. Accedí; realizamos nuestra pequeña fortuna y emprendimos nuestro viaje para este país.

Llenos de ilusiones, jóvenes y con fe en el porvenir, durante los primeros años de nuestra re-



Florenia. — Importante ciudad de Italia sobre el Arno.

sidencia en la Argentina todo nos fué bien; mi marido ganaba bastante, ambos veíamos deslizarse feliz y tranquila la existencia, contemplando gozosos nuestra hijita, que se convertía poco á poco en mujer, y repartiendo nuestro cariño por igual entre aquélla y otros dos ángeles, frutos de nuestro consorcio.

Las relaciones comerciales de mi marido y nuestra prosperidad le habían granjeado muchos

amigos y con ellos se fué poco á poco acostumbrando á ir á pasar las noches en los cafés, donde insensiblemente volvió á adquirir el gusto á la bebida, que desde nuestro casamiento había abandonado, y llegó un día en que Martín, modelo hasta entonces de esposos y de padres, se entregó por completo al vicio que lo dominaba, desatendió sus negocios, se hizo perezoso para el trabajo, y cambió su carácter antes afable, en brusco é irascible.

La tranquilidad desaparecía de nuestro hogar, á la par que la mala conducta de mi esposo aumentaba y que éste se dejaba arrastrar por la pendiente del vicio; sus negocios se resintieron, nuestro capital principió á disminuir, y por fin, su misma razón comenzó á perturbarse como consecuencia de sus continuos excesos, acabando por manifestarse el *delirium tremens* con síntomas de locura furiosa.

La miseria, la terrible miseria hizo entonces presa en nuestra modesta familia, pues bien pronto se agotó todo nuestro capital y tras él, desaparecieron los objetos de valor que poseíamos y que hubo precisión de enajenar para comer.

Así pasamos algún tiempo luchando con la miseria, y durante este período la mayor de mis hijas, que había cumplido apenas 15 años, contrajo matrimonio con un honrado y pobre obrero, quedando yo en la mayor soledad y desamparo, teniendo que atender al cuidado de mi marido y al de estas dos hijas menores.

Como si no fueran suficientes tantas desdichas,

una nueva calamidad ha venido últimamente á aumentar el número de las que ya pesaban sobre mí: ésta la mayorcita, cayó enferma, fué preciso recurrir á la Asistencia Pública en demanda de un facultativo, que, al visitar nuestro tugurio y al ver el estado en que se encontraba mi marido, hizo transportarlo al hospital, donde no tardó en fallecer, dejándome sola con dos criaturas delicadas, — pues á la menor acaba de declarársele la tos convulsa — sin recursos de ningún género, sin tener con que comprar medicamentos y alimentar á mis dos enfermitas.

He sufrido lo que no es decible, vendiendo hasta mi propia ropa, antes de resolverme á mendigar; pero al fin sólo me ha quedado este recurso y el de dirigirme á mi hija casada pidiéndole un rincón bajo su techo y un pedazo de pan para sus hermanitas y para mí, en cambio de mi trabajo.

Mi hija es pobre, señor, su marido no es más que peón en una chacra de un pariente suyo y por eso no ha podido hacer para nosotros sino ofrecernos su humilde casa y su parca mesa, enviándonos el importe del pasaje del ferrocarril y por eso tenemos que hacer el resto del viaje á pie, implorando la caridad para tener aliento con que llegar á la chacra.

— ¿Cómo se llama su yerno? — le preguntó el señor Ursabeta.

— Jenaro Catalani, señor.

— ¿Y vive, tal vez, en las concesiones de Pedro Catalani? — preguntó de nuevo el negociante.

— Sí, señor — contestó la mendiga.

— Bueno, no está lejos de aquí, pero no importa; luego la llevarán en un carro — dijo el señor Ursabeta; — entre tanto — añadió mirando su reloj, — como se aproxima la hora de comer, quédese por aquí, que don Ricardo le va á mandar algo para las niñas y para usted.

— Dios se lo pague, señor! — exclamó la pobre mujer agradecida.

— Tenga usted confianza en él, que aún ha de tener mejores días — contestó el negociante; — y ustedes — agregó, dirigiéndose á sus hijos — no olviden nunca la historia de esta pobre mujer y las consecuencias que para ella han tenido la desobediencia á sus padres y el vicio por que su marido se hallaba dominado.

— Y que fué la causa de su muerte — dijo el niño.

— Así es, Alberto — le contestó su padre: — el vicio de la embriaguez afecta primero los intereses del hombre, lo degrada en seguida, y acaba, por fin, por acarrearle la muerte.

Después, tomando de la mano á sus hijos, se retiró del establecimiento.

XXIV.

El orgullo.

El orgullo endurece el corazón y ofusca la inteligencia.

— Hija mia — dijo el señor Ursabeta cuando estuvieron solos: — me has dado hoy una de las mayores satisfacciones que he tenido en mi vida.

— ¿Sacando la primera clasificación?

— No, hija mía: esa ha sido ciertamente una gran satisfacción; pero no es esa.

— Entonces no sé cuál sea — dijo la niña.

— El haber dado á la pobre el valor de tu muñeca.

El niño abrió desmesuradamente los ojos como si no comprendiese mirando alternativamente á su padre y á su hermana, y preguntó con sorpresa:

— ¿Pues ésta ha hecho eso?...

— Sí, Alberto, sí, y lo ha hecho por un arranque espontáneo del corazón, sin calcular los méritos de su acción y pidiéndome permiso para hacerlo, como si fuera un favor que á ella aprovechara.

— ¡Pero, papá, si ha sido en efecto un favor que tú me has hecho! — contestó la niña; — ¡tenía tantas ganas de poder vestir á aquellas pobres niñitas, me daban tanta lástima!

— ¡Qué tonta! — exclamó su hermano.

— ¡Qué ángel! debes decir y qué diferente á ti que me has dado esta mañana un verdadero disgusto.

— ¿Yo, papá? — dijo Alberto sorprendido.

— Sí, tú, Alberto, tú mismo.

— ¿Pues no he sido bueno durante todo el mes pasado? ¿No he merecido una primera clasificación?

— Todo eso es cierto, sí — le contestó su padre; — Dios te ha dado inteligencia, pero no te ha dado corazón.

— Pero ¿qué es lo que yo he hecho, papá, para que me digas eso? — exclamó el niño pesaroso.

— ¿Qué es lo que has hecho? — le contestó éste,

con tono severo; y le recordó en seguida su conducta con la pequeña mendiga y con el sobrino de Juan Grandot.

— Yo no sabía que aquel muchacho era sobrino del señor Grandot; creía que era hijo de la pobre.

— Y aunque así fuese, ¿no te enseñaba tu santa madre, que en el cielo nos espera, que los pobres son nuestros hermanos y que deben ser nuestros hermanos predilectos?

— Sí, papá; pero son tan sucios, van tan mal vestidos, son tan fastidiosos con su continuo pedir...

— Bien, hijo mío; pero Dios te libre de que un día llegues á comprender por experiencia propia por qué los pobres no usan otro traje que sus arapos y piden con tanta instancia; entre tanto, escucha esta historia, que me la refirió mi buena madre cuando era de tu edad y que nunca he olvidado.

XXV.

La hija del virrey.

Un único defecto hace, con frecuencia, empalidecer todas nuestras cualidades.

— Ya debes saber, Alberto, que este nuestro país era en otro tiempo dominado por los españoles, que lo habían conquistado á los indios, que primero lo habían poblado; y debes saber también que las provincias que hoy constituyen la República Argentina, así como todo el Estado Oriental del Uruguay,

el Paraguay, y Bolivia, pertenecían al virreinato del Perú.

— Sí, papá — contestó el niño; — de las catorce provincias que hoy constituyen nuestra nación, once pertenecían al virreinato y tres, las de San Juan, San Luis y Mendoza, que formaban lo que

se llamaba el territorio de Cuyo, dependían de la capitanía general de Chile.

— Eso es — dijo el señor Ursabeta.

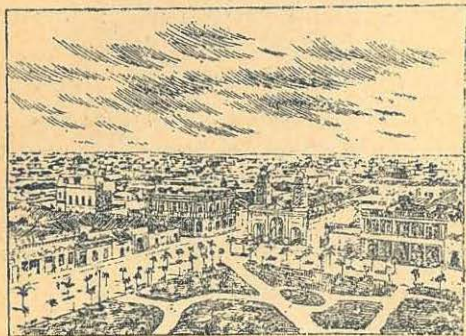
— Todo eso lo hemos dado ya — agregó María, — y

también la creación del virreinato del Río de la Plata, el año 1776, y la anexión á él de la provincia de Cuyo, que desde entonces ha quedado unida á las demás provincias argentinas.

— Veo que has merecido tu honrosa clasificación, hija mía — contestó su padre haciéndole un cariño; pero — agregó — volvamos á nuestra historia.

El virrey del Perú tenía establecida su corte en la ciudad de Lima, donde vivía con gran lujo y ostentación en un magnífico palacio, entre multitud de sirvientes y teniendo una opípara mesa y lujosos trenes y caballos.

Uno de aquellos virreyes, hombre ilustrado y rec-



Ciudad de Santa Fe.

to, y representante de una ilustre familia de España, tenía una única hija, bellísima y á quien quería en extremo, pues era también como yo, viudo, y Beatriz, que era como se llamaba su hija, á quien el pueblo llamaba “la virreinita”, constituía toda su familia.

No quiso, pues, separarse de ella al venir á tomar posesión de su elevado empleo, y la trajo en su compañía cuando vino á América, rodeándola de damas y criadas, que la trataban como á una pequeña reina, apresurándose á satisfacer todos sus deseos.

La niña, que, como les he dicho ya, era bellísima, era muy buena, muy obediente, quería mucho á su padre y era muy inteligente; pero tenía un gran defecto que afligía mucho al virrey, que en vano había tratado de combatirlo: era en extremo orgullosa y odiaba á los pobres.

— ¡Qué gente tan fastidiosa! — decía; — me aburre con sus lamentaciones.

— Hija mía — le respondía siempre el noble virrey, — es porque tienen necesidad, ten compasión de ellos.

— Quite allá, papá: no los puedo pasar.

— Tienen hambre, hija mía, y el hambre es negra.



Beatriz.

— ¡Qué hambre ni media hambre, papá! es que gustan de venir á fastidiarnos; si tuviesen hambre comerían mazamorra, que es bien barata y todos tienen.

Su padre no insistió; había comprendido que sería en vano todo raciocinio para hacer penetrar la verdad en aquel cerebro obcecado por las nubes del orgullo y en aquel corazón empedernido por los humos de la vanidad.

Se propuso, empero, curarla, y para este fin dejó pasar algunos días evitando toda conversación al respecto. Una noche, aprovechando la ocasión en que la tertulia, que venían á hacerle las principales personas de la ciudad, estaba más animada, hizo recaer la conversación sobre la caza del guanaco.

Uno de los tertulianos, intrépido cazador, hizo la descripción de estas partidas de caza con tal entusiasmo, que el virrey dió en seguida orden para organizar una cacería, invitando para ella á todos los caballeros presentes.

— ¡Cuánto siento no ser hombre para poder acompañaros! — dijo la virreinita con pesar.

— Y ¿por qué no ha de venir? — exclamó uno de los presentes, viejo amigo de su padre y que con él había venido desde Europa. — Beatriz tiene su petizo, que es una linda hacanea — añadió; — monta bien, y yo me comprometo, además, á ser su caballero y á no dejarla un momento.

— Si Aguilera se compromete á no dejarse arrastrar por los ardores de la caza... — dijo el virrey.

— Sí, sí, papá, déjame ir — exclamó Beatriz, levantándose y poniendo una de sus preciosas

manitas sobre el hombro de su padre, sonriéndole con coquetería.

— Ya te he dicho — contestó éste sonriendo: — si Aguilera se compromete á estar siempre al lado tuyo, consiento; si no, no.

— Diga que se compromete, mi buen amigo — exclamó la niña, volviéndose al caballero.

— Me comprometo, pues que tu hija lo desea — dijo el caballero volviéndose al virrey.

— ¡Gracias, gracias! — exclamó Beatriz, con el semblante lleno de júbilo y arrancando á su padre la promesa de que tomaría parte en la fiesta.

XXVI.

La cacería.

La falta de caridad del rico es, con frecuencia, debida á no darse cuenta de las circunstancias que rodean al pobre.

Llegó, por fin, el día designado para la cacería, y al romper el alba, el virrey y su comitiva montaron á caballo y se dirigieron al monte, donde ella debía tener lugar.

Beatriz, vistiendo una elegante amazona y montando con garbo su precioso petizo, marchaba á la cabeza de la columna, entre su padre y el señor Aguilera, siguiendo en cerrado escuadrón, los invitados y detrás los sirvientes, que llevaban atraillados hermosos perros de caza.

El aire fresco de la mañana, la animada conversación, el tropel de los caballos, todo influía en el

ánimo de Beatriz para aumentar su buen humor; así es que le pareció corto el tiempo que tardaron en llegar á un frondoso bosque, donde los ojeadores no tardaron en descubrir y levantar la primer pieza, que pasó disparando por frente á los cazadores.

La aparición del animal fué acogida con un hurra entusiasta, soltáronse los perros, sonaron las trompas y todos se precipitaron en tropel en persecución del animal fugitivo, que huía con toda la velocidad que sus ágiles piernas le permitían.

Beatriz, como sus compañeros, puso su caballo á galope, pretendiendo seguir la caza; pero éste no pudo acompañar por mucho tiempo á los otros caballos y poco á poco se fué quedando atrás, viendo tan sólo á su lado al señor Aguilera que, como había prometido, no la abandonaba un momento.

Así galoparon largo tiempo, dirigiéndose por el ruido cada vez más lejano de la cacería, hasta que llegó el momento en que él dejó de oírse por completo, y Beatriz y su acompañante, deteniendo sus caballos, tuvieron que confesarse que se hallaban perdidos en aquel bosque, al parecer inmenso.

— ¡Creo que nos hemos perdido! — exclamó Beatriz, mirando alrededor, como si quisiese penetrar con la vista la espesura del monte.

— Así parece, hija mía; mas no tengas cuidado, que al fin hemos de dar con ellos — le contestó sonriendo el buen Aguilera.

— Pero debe ser tarde; deben ser más de las doce; ¿no es así, Aguilera? — dijo la niña mirando al sol que en ese momento se hallaba sobre el cenit.

— Sí, Beatriz, es ya el mediodía, la hora del al-

muerdo, y probablemente es por eso que no oímos ya el tropel de los caballos, el ladrido de los perros ni el eco de las trompas.

— ¿Cree usted, pues, que se habrán puesto á almorzar sin esperarnos? — dijo la niña, contrariada.

— Mucho lo recelo, hija mía, y como nuestros caballos están fatigados y como creo que nuestros compañeros se hallan lejos, soy de opinión que desmontemos para dejarlos descansar, descansando también nosotros, para continuar después mejor la marcha, hasta encontrar á nuestra gente.



Beatriz y el señor Aguilera perdidos en el bosque.

La niña, siguiendo el consejo que le daba el viejo amigo de su padre, se apeó de un salto; su compañero la imitó, y aflojando las cinchas á los caballos, fué á atarlos á unas ramas bajas para que pudiesen pastar un poco de gramilla; yendo después á sentarse junto á la niña, que se había recostado á un grueso tronco.

— Lo que siento — dijo Beatriz — es que no he tomado nada esta mañana y el fresco de la madrugada y la carrera me han abierto el apetito.

— Pues, por el momento, hija mía, tendremos que pasarnos sin almuerzo, y lo que te aconsejo es que trates de echar una siesta para adormecer así el apetito.

En vano trató Beatriz de seguir el consejo de Aguilera, pues aunque se esforzó por dormir, no pudo conseguirlo, y como su apetito iba en aumento, pidió á su compañero que se pusiesen de nuevo en marcha para encontrar á su padre.

El caballero accedió; apretó las cinchas á los caballos; puso de nuevo en silla á Beatriz; montó á caballo, y paso á paso, se pusieron nuevamente en marcha para buscar á los cazadores.

Vanos fueron sus empeños y en vano corrieron y recorrieron los senderos del bosque, en todas direcciones; en vano llamaron; en vano gritaron; sólo el murmullo de las hojas agitadas por el viento, les respondía. Así pasó la tarde y así llegó la noche, y aunque Beatriz era valiente, no le encontraba gracia á hallarse así perdida, á aquellas horas, en un bosque desconocido; además, de que la sed la devoraba y sentía, por primera vez en su vida, ese malestar interior que producen los retortijones del hambre.

La virreinita ya no reía, se había puesto pálida y protegida por las sombras de la noche, dejaba correr de sus ojos gruesas lágrimas que la ansiedad y el dolor físico le arrancaban: ¡la altiva virreinita lloraba!

De repente divisaron una luz entre los árboles, y al desembocar en una plazoleta, dieron un grito de alegría viendo avanzar hacia ellos, alumbrados por antorchas, al virrey y á su comitiva.

— ¡Hija!...

— ¡¡Padre mío!!...

Y la niña se arrojó en los brazos de su padre, que se informó cariñosamente de lo que le había sucedido.

— ¡Qué hambre he pasado, papá mío, qué hambre!

— ¡Cómo así! — exclamó el virrey, fingiéndose sorprendido; — ¿y por qué no comías?

— ¡Porque no teníamos nada que comer! — contestó la niña.

— Pero un poco de mazamorra, hija mía...

— Ni aun eso, papá; ¡nada teníamos!

— Ya ves, hija mía — agregó con tono severo su padre, — que no todos tienen siempre ni aun el más vulgar alimento para apagar su hambre, y lo que te ha sucedido hoy á ti en el monte, sucede todos los días á los pobres en los centros más poblados; con la circunstancia agravante de que ellos ven por todas partes, en los almacenes, objetos que los saciarían y que no pueden obtener por no tener con qué comprarlos.

— ¡Ah, padre mío, qué horrible cosa es el hambre!

— Así es — contestó el virrey; y añadió con tono cariñoso, acariciando á su hija: — espero que no lo olvidarás y que en adelante serás compasiva con los pobres.

— ¡Sí, padre mío, no lo olvidaré jamás! — exclamó Beatriz, sonrojada y arrepentida.

— Y no lo olvidó, hijos míos — agregó el señor Ursabeta — pues desde aquel momento la orgullosa virreinita pasó á ser la más cariñosa protectora de los necesitados.

Alberto bajó los ojos y se puso encendido como una grana; había comprendido que le era dedicada la lección.

XXVII.

En el almuerzo.

El fértil suelo de la República Argentina, enriquece al que le da su trabajo.

La campana que anunciaba la comida, vino á cortar esta conversación, y el señor Ursabeta, seguro de que sus órdenes serían cumplidas y que la pobre mendiga y sus hijos serían convenientemente tratados, se dirigió con Alberto y María á tomar su lugar en la cabecera de la gran mesa, donde ya los esperaban buena parte de sus empleados.

Las comidas en casa del señor Ursabeta — como es la costumbre en la mayor parte de los molinos y casas comerciales de la campaña de Santa Fe — se hacían en común, y el dueño de la casa presidía la primera mesa, en la que tomaban lugar los principales empleados, que no eran absolutamente indispensables al frente de sus respectivas reparticiones; éstos comían después en segunda mesa, y los peones se sentaban á una tercera.

Juan Grandot y su sobrino estaban entre los comensales, y apenas el dueño de la casa y sus hijos ocuparon su lugar, principió la comida, en la que reinó, como de costumbre, la mayor cordialidad y buen humor, pues el negociante tenía el raro don de saberse hacer respetar sin que su presencia impusiese á sus subordinados.

El tema principal de la conversación fué la próxima cosecha de lino y trigo, que se presentaba halagadora, y los altos precios que los colonos esperaban.

— No hay que darle vueltas — decía Juan Grandot; — no he conocido país tan fértil como éste, ni ninguno en que el agricultor vea mejor recompensado su trabajo.

— ¡Oh! — exclamó el tenedor de libros, que era aquel señor con gafas doradas, que hemos visto en uno de los anteriores capítulos, en el escritorio del Sr. Ursabeta — en mi patria, en Alemania, la agricultura está también muy adelantada.

— Ciertamente — dijo el maquinista del molino, que era inglés; — pero no está menos adelantada en Inglaterra.

— Ni en Francia tampoco — contestó Juan Grandot; — pero en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en donde ustedes quieran, todos esos adelantos son á costa de sabios y múltiples trabajos y de abonos, que llevan mucha plata; por lo que, aunque la producción sea buena, á pesar de que nunca llega á la de aquí, la mayor parte se va en gastos y poco le queda al agricultor; aquí no sucede así, la tierra da mucho con poco trabajo y el agricultor se hace rico en poco tiempo; vean si no: el otro día estaba hablando con don Santiago Shert, su compatriota — agregó, dirigiéndose al tenedor de libros.

— Ese es de los más pobres — dijo con cierto tono despreciativo don Ricardo, el habilitado.

Ya lo sé — continuó Juan Grandot, — y precisamente por eso lo cito. El señor Shert no tiene más que dos concesiones, y sólo la producción de una de ellas, que tiene sembrada de lino, le ha sido calculada en 300 quintales métricos, que á doce y medio pesos el quintal ó sean los 100 kilos, como ya

le han ofrecido, le valdrá su cosecha 3750 pesos, lo que ya es una bonita suma, sin contar el trigo y lo demás que le producirá la otra concesión.

— ¡Ya lo creo que es una buena producción! — exclamó el tenedor de libros; — le viene á producir cada cuadra unos 187 pesos con 50 centavos, ó, lo que es lo mismo, unos 111 pesos por hectárea: ¡ya es producir!... Es cierto — agregó; — no hay país en que la tierra produzca tanto.

— Pues hágase cargo, don Guillermo — dijo riendo el señor Ursabeta: — sólo esta provincia en que vivimos, sólo la provincia de Santa Fe, que es una pequeña parte de la República Argentina, tiene 12.868.400 hectáreas, de las cuales se cultivan ya hoy alrededor de 1.500.000 hectáreas; suponga que, no ya la mitad, sino sólo la tercera parte de la tierra actualmente dada al cultivo, produce 111 pesos por hectárea, y no haciendo ya caso de las otras producciones de la Provincia, que, como sabe, son valiosísimas, pues sólo por su producción de trigo la llaman, con razón, el granero de la República; no haciendo caso, pues, de lo que pueden producir las otras dos partes del terreno dado al cultivo, tendríamos, en números redondos, cincuenta y cinco millones de pesos para repartir entre los 30.000 agricultores de la provincia, lo que daría una media, para cada colono, de 1.800 pesos anuales.

— ¡Es por eso que enriquecen! — exclamó Juan Grandot.

— Si de Santa Fe pasamos á Buenos Aires se observa la misma fuerza en el desarrollo de la producción y la misma riqueza por ella producida; y lo

mismo sucede, en mayor ó menor grado, en todas las otras provincias y gobernaciones, desde los Andes á Misiones y desde el Chaco al Río Negro, con la diferencia, apenas, de que Buenos Aires y Entre Ríos, además de la agricultura, tienen en grande escala los productos de la ganadería; Mendoza, San Juan, Catamarca y La Rioja, los de la viticultura; Tucumán, el Chaco y Misiones, el azúcar y el tabaco, y cada una de las otras provincias tiene asimismo su riqueza especial.

— Así es — dijo Juan Grandot.

— Sí — continuó el negociante; — como la tierra da mucho, mucho ganan los que de ella viven, y, por tanto, no se contentan, por lo general, con pasar una vida miserable, como la que pasa el campesino en la mayor parte de los países europeos; aquí no: ganan mucho y mucho gastan. ¿No se han fijado en el movimiento comercial de la casa? Y usted, don Guillermo, ¿qué ve en las cuentas del libro Mayor y en los asientos del libro Diario?

— Que saben gastar — contestó el tenedor de libros, sonriendo.

— Y vaya si saben — agregó el negociante; — éste encarga una trilladora, aquél un lindo break; uno pide vestidos de seda y galas costosas para su familia, otro el arma más cara y perfeccionada; y los negociantes nos apresuramos á complacerlos, haciendo venir todo eso, venga de donde fuere y cueste lo que cueste, protegiendo así las industrias tanto nacionales como extranjeras, desarrollando el comercio por la permutación de valores, haciendo circular el capital y haciéndole producir nueva riqueza.

XXVIII.

Lo que se pierde.

La industria aumenta la riqueza de los pueblos, valorizando las materias sin valor.

— Lo que á mí me admira — dijo uno de los dependientes de la tienda — es que no aprovechen aquí el tallo del lino, para hilarlo.

— No ha sido hasta ahora posible — le contestó el otro dependiente, — pues para aprovechar el tallo es necesario arrancar la planta de raíz, lo que se tiene que hacer á mano, siendo mucho más cara la recolección y difícilísima, además, por la falta de brazos; á los colonos le da más resultado aprovechar el tallo como combustible para la caldera de la trilladora y vender el grano, que, por lo general, se exporta para Inglaterra.

— Y ¿qué aplicación le dan? — preguntó otro de los presentes.

— La principal es para extraerle el aceite — contestó el maquinista; — rinde mucho, y el aceite del lino se vende muy bien, pues es muy secativo y sirve para preparar el tafetán gomado, el hule y el charol.

— Y para la tinta de imprenta — dijo el tenedor de libros.

— Y para desleir los colores, para pintar al óleo — agregó otro empleado.

— Y también sirve para hacer tisanas — exclamó María, orgullosa de poder mostrar sus conocimientos. — A papá le mandó el doctor, el año pasado, agua de lino para refrescar.

— ¡Qué gracia! — dijo Alberto — y también sirve para hacer cataplasmas.

— ¡Cataplasmas de lino!... — exclamó la niña con admiración; — nunca las he visto.

— De harina de lino — contestó el hermano, rectificando.

— Esa es otra cosa — dijo la niña riendo.

— Y el tallo, ¿para qué lo habían de hilar, papá? — preguntó Alberto.

— Para hacer tejidos — contestaron varios de los presentes.

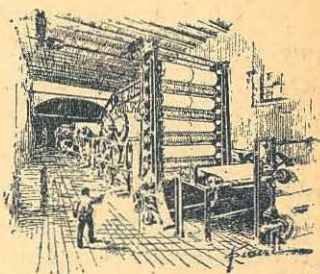
— Es cierto — agregó el negociante; — pero aun sirve para otra cosa, y me admira que en nuestro país no se haya pensado ya en utilizarlo.

— ¿En qué, señor? — preguntó el habilitado.

— En hacer papel — le contestó el negociante.

— Tiene usted razón — dijo el maquinista, — y si se puede hacer y se hace papel de la paja del trigo y de la chala del maíz, también se podrá hacer del tallo del lino.

— Es verdad, don Jorge, y esa es otra de las riquezas que aquí despreciamos — le contestó el dueño de la casa. — En Europa todo se aprovecha; pero aquí, como somos ricos, ó mejor dicho, como aún no damos el verdadero aprecio á todo lo que poseemos, quemamos las pajas del trigo y los tallos del lino, y sin embargo, ellos pueden dar una excelente masa para la elaboración del papel: vea lo que eso podría



Interior de una fábrica de papel.

dar y, sobre todo, en la provincia de Santa Fe, donde tanto trigo y lino se recoge!

— Es cierto — dijo el tenedor de libros, — y aquí que tanto papel se gasta.

— Yo creía — dijo uno de los presentes — que el papel sólo se hacía de trapos.

— En Europa, generalmente, se hace de trapos, por ser lo más barato, pues los traperos los recogen en las calles, en las casas y en las basuras, y los venden á ínfimo precio; pero como para hacer el papel es preciso reducir la materia prima á fibras finísimas y después á una masa pastosa, se puede emplear en su fabricación el trapo, las pajas del trigo y del arroz, la chala, los tallos del lino y de alfalfa, las cortezas, las maderas flojas y todo en fin, cuanto se pueda reducir á pulpa finísima; pero — se apresuró á decir el Sr. Ursabeta — es necesario que estas materias sean de muy poco costo, pues de otra forma no conviene, por lo barato que el papel se vende.

— Es curioso — observó el habilitado — que la *resma* de papel de impresión tenga 500 pliegos y que la de papel de escribir sólo tenga 400.

— Es cierto — dijo el tenedor de libros; — no me había fijado en eso.

— ¡Todos los días aprendemos algo, don Guillermo! — exclamó el señor Ursabeta, levantándose de la mesa por haber terminado la comida.

— Papá — dijo María al levantarse, — has dicho queibas á mandar á esa pobre mujer y á sus hijas en un carro, y que la chacra á donde se dirigían no está lejos; si no tuvieses que hacer podríamos llevarlas en el break y así dábamos un paseíto.

— Bueno — le contestó su padre; — vé á decirles que nosotros mismos las llevaremos á la caída de la tarde.

— Está bien — exclamó la niña gozosa; y fué corriendo á transmitir la noticia á sus protegidos.

XXIX.

El ojo de Tomás.

La naturaleza nos revela, hasta en sus menores detalles, la sabiduría y la omnipotencia del Creador; pero, al estudiar el ojo del hombre, esa sabiduría y omnipotencia nos confunde y admira por su perfección.

— Pero, ¿qué tienes, muchacho? — exclamó Juan Grandot, viendo la cara compungida de su sobrino.

— ¡Me duele mucho el ojo, tío! — le contestó Tomás.

— Vamos á ver — le dijo el tío, levantando la venda que cubría el ojo enfermo del muchacho.

— No está nada bueno — agregó cubriéndolo de nuevo con la venda; — vamos á ver cómo se cura eso; ven conmigo.

Los dos salieron á la calle, caminaron unas cuadras y se detuvieron frente al zaguán de una hermosa casa recientemente edificada.

— ¿Está en casa el señor doctor Galarza? — preguntó Juan Grandot á la sirvienta que acudió á su llamado.

— Está en el escritorio; puede usted pasar.

Los visitantes se apresuraron á entrar en un pequeño escritorio, donde un señor, joven aún, de recortada patilla y negro bigote, leía, arrellenado en cómodo sillón, un periódico que acababa de desfajar.

Muy buenos días, señor doctor — dijo el tío.



El ojo de Tomás.

— ¡Hola, usted por aquí, señor Grandot! — contestó el doctor, poniendo á un lado el periódico y fijándose en los recién llegados.

— ¿Qué hay de nuevo? — agregó; — ¿está enferma la viejita?

— No, señor, gracias á Dios; mi madre sigue bien: va tirando, á pesar de sus achaques — contestó Grandot; — pero este muchacho ha tenido una pelea, y vea cómo le han puesto el ojo — agregó quitando la venda á su sobrino.

El médico hizo aproximar á Tomás y le observó el ojo con atención; después, volviéndose al muchacho, le preguntó: — ¿Te duele mucho?

— Sí, señor — le contestó éste — y no veo!

— No me admira; tienes inflamación y ella te produce las lágrimas, que impiden que los objetos se reproduzcan en la cámara oscura de tu retina.

Juan Grandot abría desmesuradamente los ojos al oír al médico, y sin poder contenerse, le preguntó: — ¿Entonces, señor, los objetos que miramos alrededor de nosotros los miramos dentro de nosotros mismos?

— Sí, amigo — le contestó el doctor; — y lo que es más aún, se reproducen al revés de como están en realidad.

— Disculpe, señor doctor, á una persona ruda

como yo hacerle tales preguntas — dijo Grandot; — crea que lamento mi ignorancia, pero permítame que le diga que no entiendo cómo eso puede ser.

— Se lo voy á explicar en pocas palabras — dijo el médico; — vamos á ver si me hago comprender.

XXX.

Los misterios de la vista.

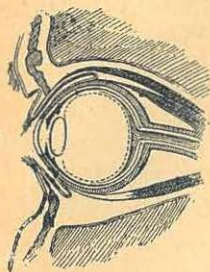
La ciencia ha conseguido investigar todos los efectos, pero no ha conseguido encontrar aún muchas de las causas.

— Tanto el ojo del hombre como el de una gran parte de los animales — continuó diciendo el doctor — es un globo formado por tres órdenes de pielecitas que nosotros llamamos *membranas*, teniendo por detrás de cada una de ellas unos líquidos que se llaman: humor cristalino, humor vítreo y humor acuoso.

El globo del ojo, por último, está sujeto dentro de la respectiva cavidad por unos cordones que llamamos *nervios* que, además, le imprimen el movimiento que le conocemos.

En la membrana exterior, hay un agujero al que se adapta una materia córnea transparente, detrás de la cual hay una pielecita que forma como un velo en forma de anillo y que es lo que se llama el *iris*, en cuyo centro hay un agujero, que es lo que se llama

la *pupila*, que comunica con una substancia transparente, en forma de lente, que es el *crystalino*, viniendo á formar así, este órgano, una perfecta cámara obscura. ¿Sabe lo que es una cámara obscura?



Corte longitudinal
del ojo.

— Sí, señor; una cosa así como el aparato que emplean los retratistas — contestó Juan Grandot.

— Eso mismo — dijo el médico, — como los que usan los fotógrafos; pues bien, en el ojo sucede lo mismo que en la cámara obscura del fotógrafo; ¿no ha visto que, cuando saca la plancha donde por medio de la luz se ha reproducido la imagen, ésta está *patas arriba*, como vulgarmente se dice?

— Sí, señor — contestó Juan; — pero nunca he comprendido por qué sucede eso.

— Porque los rayos luminosos que abarcan el objeto, lo mismo al pasar por el lente de la cámara obscura del fotógrafo que por la *pupila* y el cristalino del ojo, se cruzan y, por tanto, lo que está abajo aparece arriba, lo que está arriba se reproduce abajo, lo que está á la derecha se reproduce á la izquierda y lo que está á la izquierda á la derecha.

— Y ¿por qué vemos las cosas derechas? — preguntó Grandot, cada vez más admirado.

— La ciencia cree que la propia relación de todos los objetos entre sí y la costumbre, educan la vista y le dan la noción de sus posiciones respectivas; pero, como las imágenes que se reproducen en la retina se graban en el cerebro, pudiera tal vez su-

ceder que, al trasmitirse esas impresiones de la *retina* al cerebro por el *nervio óptico*, se invirtiese allí nuevamente la imagen, retomando su verdadera posición; pero tenga en cuenta que esto último es apenas una suposición mía.

— Sí, señor, sí — exclamó Juan Grandot; — y vea — agregó, — ahora ya me doy cuenta. Pero, dígame, señor doctor: ¿qué le haremos al muchacho?

— Creo que con frecuentes baños de agua de malvas y con tener cubierto el ojo, mañana amanecerá mejorado; si así no sucede, tráigamelo por aquí.

— Mil gracias, señor doctor — dijo Juan, levantándose.

— No hay que hablar — le contestó el doctor dando la mano; — hasta siempre que le sea preciso — agregó.

Tío y sobrino se retiraron, y el médico volvió á entregarse á su interrumpida lectura.

XXXI.

Historia de Antaño.

Lo que más codiciamos, lo que más halaga nuestra vanidad, es, con frecuencia, el origen de nuestras desgracias.

Serían como las cuatro de la tarde, cuando el señor Ursabeta, que había ordenado atar el break, llamó á sus hijos y subió al carruaje, que él mismo se proponía conducir. Alberto fué á sentarse á su lado, y María, después de haber ayudado á subir á la niñita de la mendiga, se instaló con ésta y con sus hijas en los bancos laterales del carruaje.

No estaba lejos, en efecto, la chacra donde la pobre mujer iba á acogerse, y después de un paseo de una hora poco más ó menos, avistaron el humilde rancho en que su hija mayor habitaba.

Al detenerse el carruaje junto á la pobre vivienda y al ladrido de los perros, asomóse á la puerta una joven, casi una niña, de facciones regulares y hasta hermosas, aunque tostada por el sol, vestida pobremente y teniendo al pecho una criaturita de algunos meses.

Al principio pareció sorprendida al ver al negociante y á sus hijos; pero, al fijarse en las otras personas que con él venían, soltó una viva exclamación de alegría y se adelantó á recibir á los viajeros:

— ¡Mamá! ¡mamá!—decía, abrazando cariñosamente á la mendiga, que le retribuía calurosamente sus abrazos.

— ¡Adelina! ¡Rosa! — agregó besando á las dos pequeñas.

— Di, Lucía — preguntóle la mayor de las niñas — ¿quién es ésa que tienes al brazo y á quien mamá besa tanto?

— Es tu sobrinita, hermana mía! — exclamó la joven madre.

— ¡Qué monina! — dijo la niña haciéndole caricias.

— Lucía — dijo la pobre mujer desprendiéndose de los brazos de su hija, — déjame agradecer á estos señores las bondades que han tenido para tu pobre madre y tus hermanas.

No pudo, empero, hacerlo, pues el señor Ursabeta, al ver que la madre y las chiquilinas estaban ya en el suelo, había dado de mano á los caballos, que se alejaban al trote largo.

— ¿Has reparado, papá, qué bien parecida es la hija mayor de esa pobre mujer? — observó María.

— Es cierto — contestó el padre; — y con otro traje y en otra esfera, conseguiría llamar la atención.

— Pues á mí me la ha llamado aún así — añadió Alberto.

— ¿A ti? ¡Pues tú ya te fijas en los pobres! — exclamó sonriendo el negociante.

— Es que... — contestó balbuceando el niño — es que... se llama Lucía!...

— Y ¿qué más tiene ese nombre que otro cualquiera, para llamarte la atención? — le preguntó su padre.

— ¡Ya sé, ya sé, papá! — exclamó su hermana, dando saltos en el asiento: — Alberto se acuerda de Lucía de Miranda.

— Así es — dijo el niño, — y como estamos cerca del Carcarañá, el nombre de Lucía y sus agraciadas facciones, me han hecho recordar á aquella otra Lucía de que nos habla nuestra historia.



Asalto y destrucción del fuerte de Sancti Spiritus, primer establecimiento europeo en la región del plata.

— ¿Y recuerdas bien todo ese triste episodio de los primeros tiempos de la conquista de nuestra tierra por nuestros ascendientes los españoles? — le preguntó su padre.

— ¿Cómo no, papá? vaya si lo recuerdo: Lucía de Miranda era una hermosa española casada con Sebastián Hurtado, que era uno de los soldados que el primer poblador de esa región, el piloto mayor de Castilla, Sebastián Gaboto, dejó en el fuerte de Sancti Spiritus, que había fundado en la embocadura del Carcarañá. Lucía era tan hermosa, que el cacique de los indios Timbúes, que habitaban en esa parte del país á la llegada de los españoles, quiso apoderarse de ella, y, para robarla, atacó una noche el fuerte matando la mayor parte de los hombres que allí había y llevándose cautivos los niños y las mujeres, entre ellas Lucía de Miranda, y pegando fuego al fuerte.

— ¿El cacique?... — preguntó María, sonriendo.

— El cacique no — se apresuró á replicar Alberto:— Mangoré, que así se llamaba, quedó muerto en la pelea: su gente fué quien la llevó.

— ¿Y qué se hicieron los españoles que pudieron escapar? — volvió á preguntar María.

— Se retiraron al Brasil — le contestó el hermano.

— Muy bien, hijo mío — dijo el negociante; — esa es, en efecto, la triste historia de la hermosa Lucía de Miranda, á quien con propiedad se puede llamar la Helena Argentina, pues su fatal belleza fué la causa de la destrucción de Sancti Spíritus, así como la fatal belleza de la Helena griega fué la causa de la destrucción de la ciudad de Troya.

— También recuerdo esa historia — dijo María; — la señorita la estaba leyendo el otro día en un libro de versos, yo le pregunté de qué trataba, y ella me lo contó.

— Era el poema de Homero, la *Ilíada*, ¿no es así? — dijo el padre.

— Eso es, eso es, papá — contestó la niña.

— Yo no la sé — dijo Alberto; — cuéntamela, María.

— Había en una parte de Europa, que se llama la Grecia, hace muchos miles de años, una princesa hermosísima que se llamaba Helena, que era casada con un príncipe ya viejo; otro príncipe la vió, quedó prendado de ella y la robó, llevándosela á la ciudad de Troya, que gobernaba su padre; el esposo la reclamó, el raptor no se la quiso entregar, y de ahí vinieron á hacerse la guerra, que acabó por la destrucción de Troya, donde vivía Helena.

— ¿Y qué lección sacan ustedes de estas dos historias? — le preguntó su padre.

— Que fueron muy desgraciadas las dos — contestó la niña.

— Sí — le observó su padre; — pero fíjense que lo que en esas dos mujeres fué la causa de su desgracia, fué precisamente aquello por lo que más satisfecas se hallaban: su grande hermosura. Con frecuencia, hijos míos, aquello de que más nos enorgullecemos, ya sea belleza, talento, poder ó riqueza, viene á causar nuestra desventura y la de las personas que nos rodean; la virtud, sólo la virtud nos es siempre fiel compañera, dándonos la felicidad y haciendo venturosos á los que con nosotros viven.

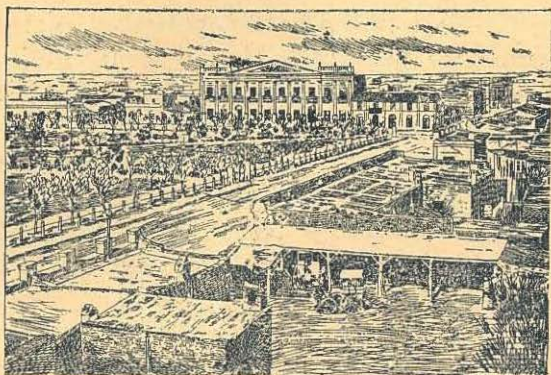
XXXII.

Sancti Spíritus y Esperanza.

En la historia de la colonización de la región del Plata, se nota la circunstancia de que fué en el territorio de la misma provincia en que Gaboto estableció su primera colonia militar, que Castellanos fundó la primera colonia agrícola.

— Pero, volviendo á Sancti Spíritus, cuya sangrienta destrucción fué el punto de partida de nuestras reflexiones — continuó el negociante, — quiero hacerles notar las siguientes circunstancias, que parecen providenciales y que son en extremo curiosas.

El humilde fuerte fué fundado en el territorio de Santa Fe, en 1528, precisamente 36 años después del descubrimiento de la América por Cristóbal Colón; y de ese primer establecimiento que los españoles tuvieron en la región del Plata, han surgido las tres florecientes repúblicas: Argentina, Oriental del Uruguay y Paraguay, hoy pobladas por más de siete millones de habitantes.



Esperanza. — Primera colonia agrícola de la provincia de Santa Fe, hoy ciudad de 4.000 habitantes.

Más tarde, en 1856 — justamente 36 años también después de aquel en que la expedición libertadora mandada por el general San Martín llegó á las playas del Perú para emanciparlo, hecho por el cual se vino á consolidar la independencia de la América Española — en ese año de 1856, don Aarón Castellanos fundó asimismo en territorio santafecino, en tierras sujetas á las invasiones de los indios, la primera colonia que denominó “La Espe-

ranza", hoy ciudad del mismo nombre, que ha sido núcleo de colonización de todo el país, creando riquezas superiores á las que nunca soñaran los conquistadores de Méjico y del Perú: las riquezas agrícolas é industriales que la tierra produce y el hombre transforma y valoriza.

— Pero, papá — observó Alberto, — aquellos países han de ser más ricos, pues tienen minas de oro y de plata.

— Es cierto — le replicó su padre; — tienen minas de oro y de plata y las tienen riquísimas, como también las tiene la República Argentina, aunque en menor número; pero no es sólo el oro y la plata lo que constituye la riqueza; Inglaterra no las tiene y es el país más rico del mundo.

— ¿Y cómo es eso, papá? — preguntó el niño.

— Escucha con atención y vas á comprenderme — le contestó su padre.

XXXIII.

Las minas y el suelo.

El oro que se extrae de las más ricas minas, es la menor de las riquezas: la mayor es el rudo trabajo del obrero, cuyo brazo transforma en oro todo cuanto toca.

— Cuando se descubrieron los ricos yacimientos de oro de la California, en los Estados Unidos — continuó diciendo el señor Ursabeta, — cientos y miles

de personas se transportaron á ella; todas, ó casi todas, con el único y exclusivo objeto de cavar y cavar tierra hasta encontrar los lingotes ó las pepitas de oro que contenía en sus entrañas. Muchas, en efecto, encontraron gruesas porciones del precioso metal; pero, por el mismo hecho de haber sido afortunadas y esperar continuar siéndolo, teniendo necesidad de proporcionarse algunas satisfacciones después de un trabajo bastante rudo, y siendo entonces allí todo carísimo, pocas fueron las que pudieron conservar el oro que habían hallado y muy pocas las que se retiraron ricas. En cambio, unos negociantes que allí se establecieron, y que nunca trataron de remover la tierra, unos hortelanos que sólo la removían para obtener frutas y legumbres y unos artesanos cuya única ocupación era componer las herramientas que partían los mineros, hicieron en poco tiempo sus fortunas.

— Es claro — exclamó Alberto: — como que el oro de los otros pasaba á ellos, en cambio de los productos de su comercio ó de su trabajo industrial.

— Así es — le contestó su padre; — y lo mismo que sucede con los individuos sucede con las naciones: las más fértiles, las más industriales, las más activas, van á sacar á las otras todo su oro y ellas se lo ceden gustosas en cambio de sus productos. Inglaterra, ya os lo he dicho, no tenía minas de metales preciosos y España las tenía opulentísimas en Méjico, en el Perú y en Bolivia; pero todo lo que ellas producían iba á parar á Inglaterra en cambio de sus artefactos y de los que su comercio iba á buscar á otras naciones. Es la misma historia de los

mineros de California, el negociante, el hortelano y el mecánico que les acabo de contar. Para terminar y para darles una prueba aún más terminante de que no son sólo las minas de metales preciosos la mayor riqueza de un país, voy á darles este dato: ustedes han oído, por cierto, ponderar las riquezas de las minas de oro del Perú, ¿no es así?

— Sí, señor — contestaron los niños.

— Pues bien, pásmense: hay una substancia que se encuentra en unas islas del océano Pacífico — en las islas Chinchas, que pertenecen al Perú — y esa substancia, que no es más que el excremento y los residuos de aves acuáticas acumulados allí durante muchos siglos, es el guano que vale tanto, que aquel Estado aprecia más esas islas que todas sus minas de oro.

— ¡De veras! — exclamó María.

— Como lo oyes — le contestó su padre.

Atravesaban en ese momento el puentecillo echado sobre el Carcarañá, por lo que la niña, fijándose en la corriente, preguntó á su padre:

— Dime, papá: ¿estas aguas no vienen de la provincia de Córdoba?

— Sí — le contestó Alberto; — ¿no recuerdas que éste es el mismo río que en aquella provincia se llama Río Tercero?

— ¿Y nada más les recuerda este río, que se relacione con la provincia de Córdoba? — les preguntó su padre.

— A mí... nada — dijo la niña.

— Ni á mí — agregó su hermano.

— Pues fué también mudo testigo de otro notable episodio de nuestra historia colonial.

— ¿Qué fué, papá? — preguntaron al mismo tiempo los dos hermanos.

— Me admira que no sepan que la población de nuestra República ha sido formada por dos corrientes de población bien distintas: una que ha llegado á nuestro país por la vía marítima y atravesando el Océano Atlántico y remontando nuestros ríos ha poblado sus márgenes y todo el litoral; y otra que desprendiéndose del Perú y Chile, ha atravesado la cordillera y ha poblado el interior.

— Eso lo sabía yo, papá — replicó María con vivacidad.

— Bueno, pues — le contestó su padre: — esas dos corrientes, llegó un día en que se encontraron, y fué, precisamente, junto á la embocadura de este río, en las márgenes del Paraná.

— ¿En el fuerte de Sancti Spíritus? — preguntó la niña.

— No, hija mía; el fuerte ya no existía, pero próximo al lugar donde había existido.

— Cuéntanos, papá, ese episodio — dijo Alberto con interés.

— Sí, sí, papá, cuéntalo — agregó la niña.

XXXIV.

Garay y Cabrera.

La ignorancia hace forjar á los pueblos
la cadena con que los han de esclavizar.

— No ignoráis, tal vez — dijo el señor Ursabeta principiando la pedida narración, — que veinticuatro años después que Colón desembarcó en la isla de Guanahani ó de San Salvador, como hoy se llama, y doce antes que Gaboto fundara el fuerte de Sancti Spíritus, Juan Díaz de Solís, en 1515, descubrió el Río de la Plata, pereciendo á manos de los feroces indios que habitaban la costa oriental de aquel río.

Sabéis que más tarde vino Gaboto, y que, después que él regresó á España dejando una guarnición en el fuerte de Sancti Spíritus, cuyo desastroso fin habéis narrado, vinieron de allí otras expediciones, cuyos jefes, ya con el título de adelantados, ya con el de gobernadores ó el de simples capitanes, fueron fundando otros pueblos, debiendo mencionaros á Juan de Ayolas, que fundó en 1536 la ciudad de la Asunción, donde se estableció la sede del gobierno colonial. Hoy, como sabéis, la Asunción es la capital de la República del Paraguay.

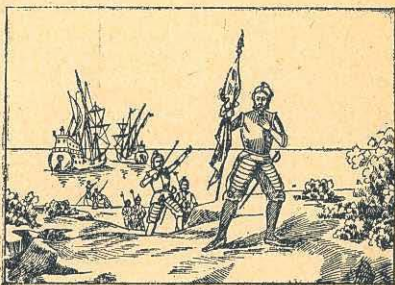
Poco tiempo después, en 1542, Diego de Rojas, que era uno de los capitanes españoles que habían conquistado el Perú, pasó con su gente la Cordillera por el Valle de Humahuaca y dirigiéndose al Este, llegó siguiendo el curso del Caracañá, hasta el sitio donde había existido Sancti Spíritus, vién-

dose obligado á regresar al Perú y pereciendo en el camino.

Más tarde, en 1573, otro caballero llamado don Juan de Garay fundó á Santa Fe, y siguiendo después con algunos soldados, río abajo en sus embarcaciones, arribó á las proximidades de las ruinas del fuerte de Gaboto para empadronar á una numerosa tribu de indios que allí habitaba, siendo atacado por ellos al saltar en tierra, y viéndose obligado á recogerse en los buques. Mal lo hubiera pasado el fundador de Santa Fe....

— Y de Buenos Aires — exclamó María, interrumpiendo la narración.

— No, señorita — le replicó su hermano; — el fundador de Buenos Aires fué el primer adelantado, don Pedro de Mendoza.



Don Juan de Garay, fundador de Santa Fe
y reedificador de Buenos Aires.

— Pero, como la quemaron los indios y después fué Garay quien la fundó de nuevo, éste es, en realidad, su fundador — le respondió la niña algo picada; — pero sigue, papá, sigue: ¿qué le sucedió?

— Que de repente se halló rodeado por una muchedumbre de indios, que crecía de momento á momento, y que muchas canoas llenas de ellos se dirigían á los barcos para atacarlos.

— Y ¿cómo se salvaron? — preguntó la niña.

— La Providencia, hija mía, los salvó; pues cuando ya se preparaban para morir matando, pues no les quedaba otra esperanza, vieron de repente huir despavoridos á los enemigos que se hallaban en la playa, dispersándose en todas direcciones, transmitiendo el pánico á los que estaban en las canoas, que los imitaron, y vieron en el horizonte levantarse una nube de polvo que avanzaba hacia el río. Cuando la nube, empero, se aproximó, Garay y sus compañeros quedaron sorprendidos y gozosos al ver seis caballeros armados de todas armas y montando briosos caballos, que eran los que tal pánico habían producido en aquellos indios que nunca habían visto caballos y que tomaron á aquellos soldados por desconocidos y temibles monstruos.

Garay, sorprendido y receloso con la inesperada aparición de europeos en donde menos los esperaba, grato al servicio que le habían prestado, salvándole del ataque de los indios, pero intrigado sobre su procedencia é intenciones, les envió un atento mensaje, dándoles las gracias por su intervención é informándose de quienes eran y del objeto que allí los llevaba.

Supo entonces que eran españoles, soldados del capitán don Jerónimo Luis de Cabrera, que de Chile, atravesando los Andes, había pasado á gobernar la ciudad de Tucumán, fundada por don Diego de Villarreal en 1565; que don Jerónimo acababa de fundar á Córdoba, y que, siguiendo la margen de aquel río, venían buscando un puerto, el que ya habían encontrado en el sitio donde había existido antes una antigua población.

Garay les hizo saber el sitio en que se hallaban, manifestándoles que aquel territorio pertenecía á su gobernación. En esto llegó Cabrera con el resto de su gente y llegando á caballo hasta la misma orilla del río, se puso al habla con Garay, sin que pudieran entenderse, pues ambos pretendían que el terreno les pertenecía; conviniendo, por fin, en que someterían la contienda al rey de España, de quien ambos dependían.

— De manera — observó Alberto — que por poco se pelean unos con los otros, á pesar de ser todos españoles.

— Es cierto, Alberto, y ahí verás lo que es la codicia y ambición de mando, pues por un pedazo de tierra cuya posesión aún no tenían segura, hombres de la misma raza, que hablaban la misma lengua, tenían las mismas creencias religiosas y servían al mismo rey, en cuyo nombre obraban, estuvieron á punto de venir á las manos, empleando en lucha fratricida las armas que la patria les había confiado.

Felizmente, Garay y Cabrera eran prudentes y consiguieron dominarse y contener á los suyos; pero no sucedió siempre así entre los conquistadores, cuya sangre vertida en luchas intestinas ha regado estérilmente el suelo americano.

— Y los indios, papá, ¿qué hacían en tanto que los españoles se peleaban unos con otros? — preguntó Alberto.

— Los indios, hijo mío, eran atraídos por uno ó por otro bando y como nuestros abuelos, peleaban también unos contra los otros, sin darse cuenta de que, fuese cual fuese el resultado, para ellos siempre había de ser fatal.

— ¡Qué zonzos! — exclamó Alberto.

— ¡Qué ignorantes! es lo que debes decir, querido Alberto — le replicó su padre; — y la ignorancia, hijo mío, es el peor de los males que puede sufrir un pueblo, pues ella lo conduce inconscientemente á la esclavitud.

XXXV.

El gabinete de la maestra.

En la República Argentina, la instrucción primaria es obligatoria para todos los niños de 6 á 14 años.

Tomás, como lo pronosticara el médico, amaneció muy mejorado, por lo que, al día siguiente por la mañana y momentos antes de que la campana de la escuela llamase á clase, Juan Grandot, acompañado de sus sobrinos, se dirigió al edificio escolar y pidió para hablar con la maestra.

Una señora anciana, un poco encorvada por el peso de los años, que habían emblanquecido completamente su cabeza, les hizo pasar á la dirección, presentándoles sillas y rogándoles cortésmente se sirviesen esperar un momento.

— Mi hija está acabando de tomar su desayuno y no va á tardar — dijo al retirarse.

— No tengo prisa, señora — le contestó Juan Grandot; — diga á la señorita que no se apure.

La anciana se retiró, y el capataz y sus sobrinos se quedaron solos.

Para pasar el tiempo, se entretuvieron en examinar el mobiliario del pequeño gabinete, que no se hallaba, por cierto, amueblado con lujo, pero sí con un buen gusto que agradaba.

Las paredes, blanqueadas á cal, estaban adornadas con cuadros dibujados á lápiz, alguna que otra acuarela, y trabajos de fantasía primorosamente bordados al matiz, ocupando el puesto de honor las armas argentinas, bordadas en relieve y encuadradas en un sencillo marco dorado; debajo de ellas, en un pequeño cuadro, el retrato del general Sarmiento — de aquel maestro de escuela que llegó hasta la presidencia de la República y que tanto fomentó la instrucción del pueblo — y en otro el del general Mitre, su antecesor en la presidencia, y el campeón de la unidad nacional; de uno y otro lado de los retratos se veían, en dos cuadritos, los de esos otros dos grandes amigos de los niños, que se llamaron Fröebel y Pestalozzi.

Un modesto escritorio, colocado debajo de estos cuadros, sobre el cual se veían algunos registros y cuadernos; una biblioteca, en cuyos estantes había algunas docenas de libros de consulta entre un centenar de esos pequeños libros que sirven de texto en las escuelas; un armario, sobre el cual descansaban un globo terráqueo y una esfera armilar; varias palanquetas y mazas de gimnasia empiladas en los ángulos del gabinete; una silla de hamaca y algunas otras sillas, componían todo el ajuar.

Poco tiempo emplearon los visitantes en este examen, pero aun así fueron interrumpidos en él por la

llegada de la directora, que con sonrisa afable se dirigió hacia ellos.

Juan Grandot y sus sobrinos, se levantaron al verla entrar, pero la maestra, con un gesto amable, los invitó á tomar nuevamente asiento, y aproximando también una silla, se sentó, informándose solícita del motivo de la visita.

XXXVI.

La matrícula.

Los padres tutores ó patrones de menores en edad escolar, están obligados por la ley, á inscribirlos en el registro escolar, en un período determinado.

Era la maestra una mujer como de cuarenta años, alta, delgada, de formas poco pronunciadas, de negros ojos, grandes y brillantes, y de abundante cabello, también negro. No era bonita; ninguna de sus formas hubiera llamado la atención de un escultor y, sin embargo, toda su persona agradaba, y su fisonomía tranquila, abierta y sonriente, conservaba algo así como un reflejo del candor y la alegría de la infancia, que le atraía desde luego las simpatías.

Vestía un sencillo traje de color sombrío, pero de corte elegante, y llevaba graciosamente, aunque sin pretensiones, recogida su negra trenza.

— Vengo á molestarla, señorita — dijo Juan Grandot, poniéndose en pie, — porque me han llegado ahora estos sobrinos y deseo que vengan á la escuela.

— ¿Tienen matrícula? — preguntó la maestra, refiriéndose á los niños.

— No, señorita; llegan ahora de Europa.

— Malo es eso — contestó aquélla, — pues es posible que tenga que pagar la multa.

— Eso no importa, señorita — se apresuró á decir el capataz echando mano al bolsillo.

— Deje estar — le interrumpió la maestra deteniéndolo con la mano, invitándolo de nuevo á guardar el dinero en el bolsillo; — deje estar, que todo se arregla, pues si bien ya ha expirado hace mucho el plazo para la inscripción y se han cerrado los registros, y los que en estas circunstancias son obligados por la autoridad á cumplir ese deber ó vienen á hacerlo fuera de tiempo, tienen que pagar una pequeña multa para que sirva de correctivo....

— Es muy justo — dijo Juan Grandot.

— Como el fin de la ley no es recaudar multas y lo que ella pretende es que al cerrarse la matrícula se hallen inscriptos todos los niños de ambos sexos en edad de ir á la escuela que se hallen en el país, es claro, para mí, que los que no vivían en él, no deben pagar multa. Como yo tengo, empero, mi superior inmediato que es el señor Inspector de la sección, voy á consultarlo; pero podemos hacer otra cosa y es, matricular á los niños, y admitirlos desde luego en la escuela, conservando en mi poder las matrículas hasta que me responda el señor Inspector. Después obraremos como él ordene, ¿no le parece?

— ¿Cómo no, señorita? como usted guste.

— Entonces, pueden asistir á clase desde hoy

mismo. Vamos, pues, á pasarles las matrículas; ¿hablan castellano?

— Muy poco, señorita.

— No importa — agregó la maestra, sonriéndose; — yo también hablo un poco el francés y nos hemos de entender.

La maestra procedió en seguida á inscribir los nuevos alumnos en los respectivos libros, llenó las matrículas, que dobló y metió entre las hojas de uno de los registros; y como el capataz se había levantado y sólo esperaba para retirarse que ella acabase de escribir, lo acompañó hasta la puerta del zaguán, indicando á los niños la clase, y se apresuró á ir á tocar la campana, pues era llegada la hora de dar principio á su digna é ímproba tarea.

XXXVII.

La entrada á la escuela.

La escuela es la antesala de la sociedad, y al entrar en ella se desprende el niño de su ignorancia y de sus malos hábitos, para adquirir las nociones científicas y maneras cultas que le son necesarias para la vida.

La campana dejó oír su voz vibrante, y los juegos y las conversaciones cesaron al momento entre los numerosos grupos de niños y niñas que frente á la escuela esperaban. Todos se dirigieron apresuradamente á ocupar sus lugares en el gran salón de la escuela, descubriéndose respetuosamente los

varones al trasponer las puertas del establecimiento, sacándose las niñas los pañuelos con que cubrían sus cabezas y saludando todos con cariño á la directora de la escuela, que, parada en el umbral, los recibía diciendo á cada uno una palabra cariñosa y contestando á sus saludos con agrado.

No fueron, ciertamente, los últimos en entrar nuestros conocidos Alberto y María Ursabeta; ella agregada á un numeroso grupo de niñas de su edad, y él acompañado de otro niño cuyo vistoso traje lo hacía notar entre todos sus compañeros.

Aquella reunión bulliciosa que en la calle estaba, pareció transformarse al pisar la escuela, y con el mayor orden y sin ruido, todos fueron derechos á un gran patio que había en la parte posterior del edificio, donde formaron de dos en dos: en uno de los lados del patio las mujeres y en otro los varones.



La entrada á clase.

— Sigán á estos niños — dijo la directora á Pancho y á su hermano, que obedecieron, yendo á colocarse los últimos en el ala de los varones.

Las filas, empero, estaban formadas en armonía con la altura de los niños, y como había alguna desigualdad entre los dos hermanos, pues Tomás era mucho más alto, la maestra buscó á Pancho un compañero más parejo, colocándolo al lado de un niño que no tenía compañero, haciendo unos pequeños

cambios entre los mayores, para que Tomás ocupara el lugar que por su estatura le correspondía.

Después pasó una detenida revista de aseo, haciendo notar dulcemente las faltas que encontraba y obligando á salir de la fila á un niño que tenía la cara sucia y á una niña en cuyas uñas se veían negros ribetes; encargando á su anciana madre el cuidado de hacer desaparecer aquellas infracciones á las reglas de la cultura y de la higiene.

Terminada la revista y tomando un timbre que la anciana señora le alargaba, hizo evolucionar un momento á las dos divisiones, dando por fin la señal para dirigirse á la clase, lo que las niñas practicaron en el mejor orden, desfilando por delante de la maestra, siguiéndolas ésta para vigilar mejor la entrada de los varones, que también en correcta formación se dirigieron á la clase.

XXXVIII.

En clase.

Es en los bancos de la escuela común donde se aprende á vivir en sociedad.

Era la clase un gran rectángulo de diez metros de largo por seis de ancho, de techos elevados y de rasgadas ventanas, como hemos dicho, con exposición al naciente, recibiendo la luz por tres ventanas que daban á la plaza y por la puerta que comunicaba con el zaguán.

Frente á la puerta, sobre un pequeño estrado, estaba el escritorio de la directora, teniendo á uno y otro lado dos grandes pizarrones suspendidos de la pared, ocupando el espacio intermedio una pequeña copia oleográfica del hermoso cuadro de Murillo que representa á la Virgen Inmaculada, que parecía elevar al cielo su plegaria por aquella escuela, cuya bandera, enhiesta sobre un soporte, dejaba caer sobre su asta, en anchos pliegues, los colores de la patria.

Una pizarra giratoria sobre su caballete, ocultaba uno de los ángulos; las paredes se hallaban cubiertas de perchas, cuadros, mapas y carteles; un ábaco descansaba sobre la mesa de la directora, y un reloj de pared sobre la puerta, marcaba el paso regular del tiempo.

Los alumnos penetraron al salón, y como los bancos estaban colocados en hileras paralelas, frente al estrado, dejando al centro un ancho corredor, y otros más estrechos entre las hileras y entre éstas y las paredes, fácil le fué á cada alumno ir á ocupar su lugar sin que se produjese la menor confusión ni desorden, quedando en pie cada uno junto á su pupitre, las niñas á la derecha y los varones á la izquierda. A Pancho y á Tomás, sus mismos compañeros les indicaron el lugar que les correspondía.

Un golpe dado en el timbre por la directora fué la señal para que cada uno ocupara su asiento, colocando en seguida sus libros, pizarritas, cuadernos, lápices y plumas en los cajones de los pupitres y poniendo sobre éstos sus sombreros, gorras y pañuelos.

A otro golpe de timbre, cuatro alumnos, dos va-

rones y dos niñas, salieron de sus lugares y recorrieron la sala recogiendo los sombreros, las gorras y los pañuelos de sus compañeros ó compañeras, los que fueron cuidadosamente á colgar en las perchas que á uno y otro lado de la clase había.

Vueltos á sus lugares, tomó la maestra su registro, llamando uno por uno á todos sus alumnos, anotando la falta de asistencia de aquel que, por no hallarse presente, no podía responder al ser nombrado.

Después sonó otro golpe de timbre y todos se pusieron de pie, entonando con dulce y sencilla melodía esta tierna canción escolar:

Robustecednos, Señor,
La infantil inteligencia
Y la naciente conciencia;
Dadnos, al trabajo amor,
Á la virtud y á la ciencia;
Y guén nuestra existencia
Dios, la Patria y el honor.

XXXIX.

El Salto de Guairá.

El estudio de la naturaleza nos revela la omnipotencia del Supremo Hacedor, que ha podido crear tantas maravillas.

Terminada la oración, el timbre dió nuevamente á la clase la señal de sentarse y la maestra dió comienzo á sus lecciones, distribuyendo el trabajo en

todas las secciones de su escuela, por forma tal, que todos sus discípulos se conservasen constantemente ocupados, no sólo para aprovechar el tiempo, sino también para conservar la disciplina, cosa tan importante en las escuelas.

Unos niños se dirigieron á los pizarrones á preparar en ellos sus lecciones; otros sacaron sus cuadernos de escritura para hacer sus planas; otros sus pizarritas para dibujar en ellas los objetos que su imaginación les sugería; otros, en fin, los más adelantados, sus libros de lectura y se dispusieron á leer en alta voz.

— Los niños Grandot — dijo la maestra; — vamos á ver á qué altura se hallan. Préstenles un libro.

Dos ó tres niños ofrecieron en seguida sus libros á los dos hermanos; pero Tomás declaró, ruborizándose, que apenas conocía las letras, por lo que fué trasladado á una de las secciones inferiores.

Pancho tomó el libro y aunque despacio y con muchas faltas, leyó esta hermosa descripción de la gran catarata del río Paraná, que con tan galana frase nos describe Azara:

“ El salto de Guairá es una catarata espantosa,
“ digna de ser descripta por los poetas. El Paraná,
“ que en este paraje puede decirse que está en los
“ principios de su curso, tiene ya más agua que una
“ multitud de los mayores ríos de Europa reunidos.
“ Poco antes de precipitarse tiene cerca de una le-
“ gua de ancho con mucho fondo. Esta enorme an-
“ chura se reduce de pronto á sesenta varas en un
“ paso peñoso, desde el cual se arroja con tre-
“ menda impetuosidad y atronador estrépito, por

“ un plano inclinado de una altura perpendicular
“ de veinte varas”.

— Basta — dijo la directora; — le cuesta aún mucho trabajo el pronunciar el castellano, pero ya llegaremos á eso; díganos ahora lo que ha comprendido.

El niño así lo hizo, y la maestra le explicó en francés lo que no había entendido. Después ordenó á otro niño que continuara la lectura.

“ El ruido se oye de seis leguas — continuó el
“ nuevo lector — y al aproximarse se cree sentir
“ temblar debajo de los pies las rocas de la proximidad. Los vapores que se elevan por el choque violento de las aguas contra las puntas de los peñascos que se hallan en las paredes y el cauce del precipicio, se ven á distancia de muchas leguas como grandes columnas de humo; y de cerca, forman á los rayos del sol diferentes arco-iris de los más vivos colores, y en los que se percibe algún temblor. Además estos vapores producen lluvia eterna en los alrededores”.

— Está bien — dijo la maestra, interrumpiendo al joven lector: — tenemos ya tema suficiente para la lección; vamos á ocuparnos del arco-iris. Cierren sus libros.

XL.

Los colores.

Los sentidos nos dan con frecuencia noción errada de las cosas; sólo la ciencia nos da la noción verdadera.

Los niños obedecieron, y la maestra, dirigiéndose á la clase:

— ¿Quién me puede decir lo que es el arco-iris?
— preguntó.

La mayor parte de los niños y niñas que pertenecían á aquella clase, levantaron la mano, agitando con impaciencia, aunque sin poder conseguir ser designados para responder, pues la maestra se dirigió precisamente á uno de los niños que no había levantado la mano, y que se recreaba mirándose una luciente hebilla dorada, que presa á un cinturón bordado, le sujetaba la blusa á la cintura.

El niño, que era precisamente aquel que vimos entrar en la escuela con Alberto, se perturbó, bajó los ojos, y no respondió.

— Siempre distraído, Enriquito — le observó la preceptora; — así nunca sabrá nada. Va á ver cómo María Ursabeta responde — y dirigiéndose á la niña preguntó de nuevo:

— Díganos, María, lo que es el arco-iris.

— El arco-iris, señorita, es ese gran arco de muchos y brillantes colores que vemos en el cielo cuando sale el sol y está lloviendo.

— Bueno; pero ¿qué es lo que lo produce?

— Lo que produce ese arco es la reflexión de los rayos del sol en cada una de las gotitas de agua de que la nube, que causa la lluvia, está formada; y como cada una de estas gotitas es redonda, el rayo del sol que la atraviesa la descompone en los siete colores que forman el rayo de luz solar.

— ¿Y se verá de todos los lados?

— No, señorita: sólo se ve si uno se coloca de espaldas al sol y de cara á la nube.

— Pero en el Salto de Guairá se ve siempre el arco-iris, como ustedes acaban de oír leer — añadió la maestra sonriéndose.

— Sí, señorita — contestó la niña; — pero eso es porque, como el libro también dice, el vapor que producen las aguas al caer, se transforma en seguida en nubes, que caen en constante lluvia.

— Muy bien, querida — dijo la preceptora; y dirigiéndose á otra niña, añadió:

— Usted, Filomena, descríbame los colores primitivos, en el orden que están colocados en el rayo solar.

— Los colores primitivos — dijo la interpelada, que era una niña robusta y tostada del sol, vestida con el modesto traje que usan los hijos de los colonos los días de trabajo, y cuya mirada viva y fisonomía inteligente contrastaban con su pobre ajuar — los colores primitivos, señorita, son siete: encarnado, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y morado; todos estos colores juntos forman el color blanco...

— ¿Y el negro?

— El color negro, señorita, es la ausencia de todo color.

— Pues, ¿puede haber alguna cosa que se nos presente á la vista sin ningún color?

— Sí, señorita: á obscuras ninguna cosa tiene color, porque el color no es otra cosa que un efecto de la luz.

— Pero de día vemos también muchas cosas negras — agregó sonriéndose la maestra.

— Es cierto; pero esto es debido á que todos los objetos que pueden presentarse á nuestra vista tienen en sí mismos una substancia que absorbe parte del rayo solar, dejando sólo una otra parte, y por eso mismo lo vemos de aquellos colores que esa substancia no ha absorbido, pareciéndonos blanco si no ha absorbido ninguna parte del rayo de luz, y negro si las ha absorbido todas. Es por eso que en verano usamos trajes blancos y claros, que no absorben ó que absorben poco el rayo solar, y en invierno usamos trajes oscuros y negros, que son más calientes, porque absorben gran parte ó todo el rayo del sol.

— ¡Muy bien, muy bien, Filomena! — exclamó complacida la maestra; — mas, dígame aún: ¿y los otros colores, que no son ninguno de los que usted ha dicho, cómo se forman?

— Los otros, señorita, son el resultado de la mezcla de dos colores ó de varios colores primitivos.

— Está bien; pase ahora la clase á hacer su composición sobre los temas que hemos tratado — dijo la maestra; y dirigiéndose á los que trabajaban en los pizarrones:

— Vamos á ver lo que ustedes han hecho — agregó.

XLI.

Un buen compañero.

Haz á los otros lo que desearías que á ti
te hicieren, no hagas á nadie lo que no de-
searías que te hiciesen á ti.

Pancho, á quien la maestra había suministrado pizarrita, cuaderno y lápices, trató de seguir la lección en el trabajo que se le había encargado, y para eso se inclinó hacia un niño que tenía á su lado derecho, con el fin de ver lo que él escribía y poderlo imitar.

Este, empero, que era aquel tan vistosamente vestido, á quien la maestra dió el nombre de Enrique, se desvió con un movimiento brusco, y, dándole un codazo, exclamó con desprecio:

— ¡No me ensucies! ¡Yo no soy maestro; dile á la maestra que te lo enseñe!

Pancho no le respondió, pero se quedó avergonzado y sin atreverse á dirigirse á otro compañero, y así hubiera permanecido, á no sentir que le tocaban suavemente en la espalda.

Se volvió y vió un niño, que reconoció en seguida, y que no era otro que el hijo del herrero, que en la mañana del día anterior había visto dando al fuelle de la fragua, que á la sazón le extendía su pizarrita para que pudiese ver lo que en ella había escrito.

— ¡Pero si yo casi no sé escribir! — dijo Pancho.

— Entonces — le contestó el otro — copia una

ó dos palabras y escríbelas tantas veces como puedas, hasta que las hagas bien.

— Toma — agregó, dándole en un pedazo de papel una muestra que rápidamente acababa de hacer.

— Gracias — contestó Pancho, entregándose con contracción al trabajo que se le había indicado.

Tomás, entre tanto había seguido con distracción las lecciones de la maestra, entreteniéndose en pasar revista á sus nuevos compañeros, no tardando en notar entre ellos, y no distante del lugar que ocupaba, al niño criollo con quien había estado jugando la víspera y que le había vendado la cabeza.

Una sonrisa cariñosa, compartida, fué la señal de que se habían reconocido, y desde entonces tuvo para Tomás más atractivos la escuela, fijándose en todo lo que hacía su reciente amigo, que, sea dicho de paso, no era de los que más atención prestaban á las lecciones ni de los que estaban con más compostura en la clase.

Esta, empero, fué interrumpida por la llegada de un colono con un niño, que á Tomás le pareció haber ya visto en alguna parte, y que, fijándose mejor, reconoció que era el napolitanito que tan mal lo había tratado la víspera.

Esta inesperada aparición impresionó á Tomás, pues no se explicaba lo que aquellos dos visitantes podían ir á hacer allí, y la vista de su agresor reavivó en su corazón el rencor que aun le guardaba por los golpes recibidos.

XLII.

El napolitanito.

La verdad, tarde ó temprano se descubre,
y el mentiroso queda confundido.

El colono, teniendo al niño agarrado por el brazo, llegó á la puerta y desde allí pidió respetuosamente permiso para entrar.

— Puede pasar, señor Galianni — le contestó la maestra.

— Vengo, señorita, á traerle aquí este muchacho — dijo el colono aproximándose á la directora.

— Ha hecho bien, señor Galianni, pues deseaba hablarle.

— He recibido su mensaje y por eso he venido, señorita; pero como tenía que llevar una vaca á casa de mi compadre Justini, me he demorado más de lo que esperaba y por eso he venido más tarde.

— No importa, señor Galianni; unas horas no son días, y ojalá que su hijo no perdiese más tiempo que ese.

— El no pierde, señorita, pues á pesar de que me hace mucha falta en la chacra, todos los días lo mando; y muchas veces me va muy tarde á casa: ayer volvió después de la una.

— ¡Ayer!... ¡Ayer no vino á la escuela! — exclamó la maestra — y la mayor parte de los días hace otro tanto. Mire — añadió, enseñándole el registro: —

en esta semana no ha venido sino tres veces, y en el mes pasado ha faltado doce días.

— Pero si alguna vez ha faltado es porque no ha habido clase, según él me ha dicho.

— No le ha dicho la verdad, señor: todos los días de trabajo ha habido clase. Mire — agregó la maestra, mostrándole nuevamente el registro: — sólo faltan él y tres ó cuatro como él; todos los demás, salvo algún día en que sus padres los necesitan ó están enfermos, vienen regularmente; ¿no ve?

— ¡Ah, pilló! — exclamó el colono, sacudiendo con fuerza el brazo del niño — ¡ah, pilló! — repitió, dándole un pescozón y preparándose para castigarlo de nuevo.

— No le pegue, señor — dijo la maestra, interponiéndose.

— Deje que lo castigue para que otra vez...

— No, señor Galianni: en nuestras escuelas están prohibidos los castigos corporales.

— Pero yo soy su padre, y este grandísimo mentiroso merece...

— No importa, señor Galianni, estamos en la escuela, y yo no puedo permitirlo; yo lo castigaré.

— Está bien, señorita, está bien; yo sé lo que tengo que hacer; pero lo que le pido es que me avise siempre que falte.

— Vaya sin cuidado, señor Galianni, y quiera Dios que esto le sirva de enmienda á su hijo y que en lo que queda de año aproveche más que hasta aquí.

— Queda á mi cuidado — contestó el colono; — no tenga consideración con él — y, volviéndose á su hijo enseñándole el puño:

— Si no te enmiendas — le dijo, — te vas á acordar de mí.

— Adiós, señorita — agregó, dirigiéndose á la puerta.

— Adiós, señor — le contestó ésta.

— Julio, vaya á ocupar su lugar — agregó, dirigiéndose al muchacho que, con la cara hinchada por efecto del pescozón, los ojos llenos de lágrimas, avergonzado y con la vista fija en el suelo, no se había movido durante toda esta escena, en que tan triste papel había representado.

— Ya ven, hijos míos — dijo la maestra, — que la verdad siempre se descubre, y que la mentira, más tarde ó más temprano, viene á redundar en vergüenza y perjuicio del mentiroso. Dios, en sus santos mandamientos, ha prohibido el mentir, y el que miente lo ofende, porque lo desobedece, y, además de manchar su alma con el pecado, pierde su buen nombre, porque al mentiroso nadie le cree, aunque diga la verdad.

A ver, Elenita, cuéntanos el caso aquel del puestero y del tigre, que has leído en el librito que te presté el otro día.

XLIII.

El puestero y el tigre.

La mentira perjudica al que la emplea y puede acarrearle graves males.

Una niñita como de unos nueve años, se levantó de su asiento y se expresó así:

— Entre las vastas propiedades de la provincia de Buenos Aires, donde pastaban miles y miles de cabezas de hacienda, había un pequeño puesto en que vivía un pobre hombre que poseía una corta majada de ovejas, que, con un humilde rancho que él mismo había construído, algunas vacas y caballos constituían toda su fortuna.



El tigre acechando su presa.

Era este buen hombre, muy trabajador, muy buen padre de familia y muy sobrio, por lo que rara vez dejaba su pago para ir á la pulpería; pero tenía el grave defecto de ser muy mentiroso, complaciéndose en contar las cosas más extraordinarias, habiendo conseguido cobrar tal fama, que ya nadie le creía.

Un vez, estando sentado alrededor de una mesa del boliche con algunos vecinos, se le ocurrió decir que había observado los rastros de un tigre en los pajonales de una cañada próxima, y aunque el narrador les era sospechoso, todos los vecinos se alarmaron, pues es sabido el destrozo que en la hacienda causan aquellos animales, que matan, no sólo para saciar su hambre, sino por el placer de matar y para saciar sus feroces instintos en la sangre caliente de sus víctimas.

Así, pues, aunque cualquier noticia dada por nuestro puestero era puesta en cuarentena, por la poca fe que merecían sus palabras, no obstante, como el caso podía ser cierto y á todos perjudicaba la presencia de aquel inesperado huésped, algunos quisieron cerciorarse y le pidieron los acompañase al sitio en que había encontrado el rastro del feroz animal.

— Fué antes de las pasadas lluvias — contestó aquél sin turbarse, — y es fácil que ahora ya no lo encontremos — agregó; — pero vengan no más.

La mayor parte de los presentes no dieron crédito á sus palabras y no quisieron acompañarlo; otros, empero, más cuidadosos de sus haciendas, aunque desconfiando de la veracidad de la noticia, quisieron convencerse por sí mismos y acompañaron á nuestro hombre hasta la cañada, donde en vano buscaron y rebuscaron el rastro del tigre en el sitio designado, volviendo á sus pagos corridos y enviando á todos los diablos al mentiroso, que así se había burlado de su buena fe.

Pasáronse días y aún semanas; una tarde, los

vecinos del puestero vieron llegar á sus puertas á un muchacho hijo de aquél, que en nombre de su padre les venía á prevenir que el tigre había vuelto á parecer en la cañada, por lo que les pedía que aquella noche se reuniesen todos en el puesto, para salir á darle caza.

— Di á tu padre que puede esperarnos — le contestaron riendo algunos vecinos.

— ¡Que vaya á mentir á su abuela! — contestaron otros.

En resumen, que ninguno lo creyó, que ninguno acudió á la cita, y, como aquella vez era verdad que había encontrado el rastro de la fiera y que el tigre se hallaba en los pajonales de la cañada, aquella misma noche le entró en el campo, y como era un animal cebado, le hizo una carnicería horrible en la majada, y sin duda hubiera repetido la visita á la noche siguiente, si un transeunte no hubiera dado la alarma á los vecinos, que, al saberlo por éste, se reunieron é hicieron una espera al tigre, que pereció en manos de los cazadores.

— ¡Estoy arruinado!...—decía el pobre puestero, arrancándose el cabello — ¡me ha devorado las mejores ovejas!

— ¡Si ustedes hubiesen venido anoche, no hubiéramos perdido nuestra hacienda! — exclamaba lacrimosamente la mujer del puestero.

— La culpa no es nuestra, señora — le contestó uno de los vecinos: — la culpa la tiene su marido, que nos ha acostumbrado á no creer nada de lo que nos dice.

— Tantas veces ha pretendido engañarnos — dijo

otro,—que el día en que habló verdad, no lo creímos.

— Es porque nadie cree que la verdad pueda salir de boca de un mentiroso, — agregó sentenciosamente un tercero.

— ¡Caro me cuesta el haberlo aprendido!... — exclamó con doloroso acento el pobre puestero; y es fama que tomó tal horror á la mentira, que en su vida volvió á mentir.

— Muy bien, Elenita; puede sentarse — dijo la maestra.

— Y ustedes aprovechen estas leccioncitas que acaban de recibir, viendo que tanto Julio como el puestero, nada han ganado con sus mentiras.

XLIV

La cuerda de Enrique.

El derecho de propiedad es sagrado, y la fuerza no autoriza á los otros á desposeer á nadie de las cosas que legítimamente adquirió para su uso.

La maestra tocó el timbre: era llegada la hora del recreo.

— Niños y niñas guardaron sus útiles con movimientos rítmicos, á la voz de su preceptora, que les marcaba los tiempos; y sin hacer el menor ruido, paráronse y permanecieron al lado de sus pupitres.

— Julio y Antonio no saldrán al recreo hasta que hayan copiado, el primero tres veces y el segundo cuatro, la lección de lenguaje — dijo la maestra,

dirigiéndose al criollo y al napolitanito, que habían faltado la víspera.

— Usted, Julio, debía tener mayor pena, porque á la falta de asistencia ha agregado la mentira; pero sírvale como principio de expiación, el reto y el castigo de su señor padre — agregó la maestra, volviéndose al primero de aquellos niños.

Después, tocando suavemente el timbre fué á colocarse á la puerta de la clase, donde los alumnos, que venían saliendo de sus lugares en hileras, se formaban en dos filas, dirigiéndose con paso acompasado al gran patio, donde ya los hemos visto á la entrada, rompiendo allí filas y dispersándose en grupos en todas direcciones.

Tomás lamentó el castigo de su amigo de la víspera, y Pancho, á quien su compañero había dejado para ir á reunirse con Alberto, se hubiese quedado solo, si el hijo del herrero, que tan bueno había sido para él en la clase, no se le hubiese acercado con otros niños de su misma edad, invitándolo á jugar con ellos.

La escuela entera estaba, empero, en estos momentos admirada, siguiendo con la vista al peripuesto amigo de Alberto, que había sacado del bolsillo una cuerda de saltar, y ágil y despertando las envidias, recorría el patio saltando sobre ella. Dió una vuelta completa y entregó después la cuerda á Alberto, que lo imitó, obteniendo el aplauso de sus compañeros.

Cuando Alberto paró, varios niños fueron á pedirle que les prestase la cuerda, para dar también una vuelta por el patio.

— No es mía— contestó aquél;— es de Enrique y no puedo disponer de ella.

— La he traído sólo para mí y para éste, y si ustedes quieren saltar, traigan sus cuerdas— contestó el aludido.

— No seas egoísta, Enrique — le observó uno de los niños; — préstanosla para dar una vuelta, y así jugaremos todos.

— No quiero— contestó Enrique, alejándose; — es mía y no han de jugar con ella.

— ¡Vamos á quitársela! — exclamó un robusto muchacho, hijo de un colono.

— ¡Sí, sí! — gritaron varios niños; — ¡ellos son sólo dos y nosotros somos muchos!

— Es verdad — exclamó el hijo del herrero, terciando en la contienda; — la fuerza está de nuestro lado, pero el derecho es suyo: la cuerda pertenece á Enrique, la ha comprado con su dinero ó se la ha dado su padre, y por tanto es suya y nadie tiene el derecho de quitársela; puede hacer de ella lo que guste.

— Pero si es un egoísta; todos nos podríamos divertir... — exclamaron á un tiempo los más contrariados.

— Lo será— contestó el hijo del herrero,—y sería mejor que todos nos divirtiésemos juntos; pero, ya que él no quiere, paciencia, respetemos la propiedad ajena y tratemos de buscar nosotros otro juego, pues siempre le he oído decir á mi padre que cada uno puede hacer de lo suyo lo que le parezca y que el que se apodera de las cosas de otro contra su voluntad, comete un robo.

— Si hubiese una cuerda grande, todos podríamos jugar — exclamó con pena uno de los niños.

— Ya lo creo que la hay — le contestó otro niño que hasta entonces había estado callado. — Ahora verán — agregó, echando á correr hacia donde estaba la maestra, á quien dijo algunas palabras que hicieron aparecer en sus labios una sonrisa de satisfacción, desapareciendo en seguida por el corredor que comunicaba con la puerta de salida.

XLV.

El egoísta burlado.

El egoísta, por su propio egoísmo, viene á quedar aislado en medio de la sociedad.

Poco tardó el muchacho en regresar triunfante, siendo recibido con vítores y aplausos por sus compañeros, al ver que en la mano traía una larga cuerda, que no era otra cosa que la rienda del caballo que hemos visto junto á la jardinera, en la puerta de la escuela.

— ¡Victoria! ¡victoria! — exclamaban llenos de júbilo todos los alumnos allí agrupados.

— Ahora ya podemos jugar todos.

— Pero, ¿cómo vamos á hacer? ¡la cuerda es tan grande!... — observó un niño.

— Rodolfo nos lo enseñará — contestó otro.

— Bueno — dijo el hijo del herrero; — pues que me nombran director del juego, van á hacer como yo les diga,

— Yo y éste — añadió, señalando al dueño de la cuerda — vamos á tenerla por los dos extremos y hacerla voltear: vean, así... — y dando impulso á la cuerda, la hizo girar repetidas veces, formando en su movimiento una esfera, cuya tangente era el usado macadam del patio.

— Está bien — agregó, luego que estuvo seguro que su compañero sabría continuar imprimiendo el mismo movimiento; — que venga ahora otro á tener

la cuerda en mi lugar y á moverla como yo estoy haciendo...

Otro alumno se apresuró á reemplazarlo.

— Bueno — exclamó Rodolfo; — yo voy ahora á saltar y cuando yo salga, vayan saltando de uno



Pancho y sus compañeros saltando en la cuerda.

en uno como me hayan visto hacer á mí.

— ¡Viva Rodolfo! — exclamaron en coro todos los alumnos que lo rodeaban.

Y el juego principió con entusiasmo, olvidándose todos completamente de Enrique y de su cuerda.

Enrique, contrariado de que nadie se ocupase de él cuando esperaba haber sido objeto de envidia durante todo el día, continuó dando vueltas con su cuerda alrededor del patio, al principio con Alberto, pero, poco después, solo, pues el mismo Alberto lo abandonó para gozar del mayor atractivo que ofrecía la gran cuerda donde, por turno, uno á uno primero,

después dos á dos y hasta tres á tres, saltaban los muchachos.

Enrique, al fin, cansado del violento ejercicio á que su egoísmo lo había condenado y que sólo prolongaba por amor propio, y aburrido también de estar solo, acabó por guardarse su cuerda en el bolsillo y fué llegándose al grupo de los mirones que aplaudían ó criticaban las peripecias del juego.

Todo este manejo había sido notado por la directora, que no había perdido ni el más mínimo detalle de todo lo que había pasado y que, aunque sin aparentarlo, había seguido todos los lances del juego y de sus preliminares.

Por eso, tan luego como hubo terminado el recreo y así que los niños hubieron regresado á la clase y ocupado sus asientos, les habló así:

XLVI.

Nadie es absolutamente necesario.

No trates de hostilizar al que se aleje de ti, pero olvídale, y en ese olvido encontrará él su castigo.

— El egoísmo y la avaricia, hijos míos, son dos vicios gemelos, y tanto uno como otro, son contrarios á aquel santo precepto de nuestra religión, en que Dios nos manda amarnos como hermanos.

El egoísta y el avaro son dos seres nocivos á la sociedad; pues tanto el uno como el otro secuestran, en beneficio propio exclusivamente, lo que podría

servir á muchos si se hallase en otras manos. Habéis tenido hoy un ejemplo de lo que es el egoísmo; habéis visto á un niño que tenía un juguete del que no quería dejar gozar á los demás, despertar en sus compañeros las malas pasiones que los hubiera llevado á practicar una acción criminal, como represalia, si la razón no se hubiera hecho sentir por el recto criterio de uno de vosotros; habéis visto cómo, sin necesidad de despojar á nadie y con sólo vuestros propios recursos, os habéis divertido, consiguiendo aun más de lo que esperabais, pues el mismo que no quería daros parte en su juego acabó por venir á tomar parte en el vuestro, dejando de dar valor á lo que momentos antes tenía para él el mayor aprecio; pues bien, nunca olviden este hecho, y cuando sean grandes, sea cual fuere la posición en que se hallen colocados, no codicien nunca lo que los otros posean por injusta que les parezca su conducta, ni traten de arrancárselo ni por la violencia, ni por el engaño; pero únanse con sus iguales, juntando con ellos sus fuerzas para el mismo fin, olvidando á quien los desprecia, pues en ese mismo olvido él ha de encontrar su castigo. En el mundo, hijos míos, así como nadie es absolutamente necesario, así también todos nos necesitamos los unos á los otros.

En este momento de su plática, se fijó la maestra en un niño, que, desde su asiento, agitaba la mano, dando muestras de querer decir algo.

— ¿Qué desea Berut? — preguntó con cariño.

— Es que... señorita — dijo el niño balbuceante, — es que... es verdad lo que usted dice.

— Sin duda — le contestó aquélla sonriendo; — pero no es para decir sólo eso que usted nos ha interrumpido; ¿no es así?

— Es cierto, señorita — contestó el niño.

— Quería contarnos algo que usted sabe y que confirman mis palabras; ¿no es verdad?

— Sí, señorita.

— Bueno; díganos entonces lo que nos quería decir.

— Quería decir, señorita, que mi abuelito dice lo mismo que usted acaba de decirnos y cuenta un caso que le pasó á él.

— ¿A propósito de lo que me han oído?

— Sí, señorita; á propósito de que todos nos necesitamos los unos á los otros.

— ¿Y recuerda ese caso?

— Sí, lo recuerdo.

— Cuéntelo, pues.

El niño se recogió un momento para coordinar sus ideas, y después contó la pequeña historia que sigue:

XLVII.

El abuelo de Berut.

La principal recompensa de una buena acción, es la satisfacción de haberla practicado.

— Mi abuelo era pobre, zapatero, y trabajaba en su casa, allá en los barrios más apartados de una importante ciudad de Francia.

Su casita se componía apenas de una sola pieza, y por todo ajuar tenía una cama, una cómoda y uno de esos relojes grandes que tienen unas pesas...

— Un péndulo — dijo la maestra.

— Eso es, un péndulo; su mesa de trabajo, otra mesita de pino, algunas sillas y escabeles, y la cuna donde dormía mi padre, que era su primer hijo.

Una noche, acababan de cenar, mi abuelita tenía en brazos á mi padre, que aun mamaba, mi abuelito se había puesto de nuevo al trabajo para acabar una obra muy urgente, y como hacía calor, había dejado entreabierta la ventana.

De repente, ésta fué empujada con fuerza y un hombre bien vestido, luciendo sobre su casaca los bordados de general, saltó dentro del cuarto, teniendo la precaución de cerrar inmediatamente la ventana.

Mi abuelito se levantó sorprendido, dirigiéndose al recién llegado, en tanto que mi abuelita soltaba una exclamación de sorpresa apretando á mi padre entre sus brazos.

— “ Por Dios, señora, no grite — dijo el desconocido á media voz; — soy el general Z..., mis enemigos me han calumniado, me buscan para prenderme, ustedes saben que en los tiempos que atravesamos, las personas de mi posición sólo salen de las prisiones para ir á la muerte; por eso me he escapado, pero me persiguen y si me encuentran soy hombre muerto”.

Mi abuelo se puso pálido, y miró á mi abuelita antes de responder; lo que el general decía era verdad, y en aquel tiempo, todo aquel que tenía la

desgracia de entrar en la cárcel, por cualquier motivo que fuese, tenía todas las probabilidades de morir allí asesinado, si antes no lo llevaban al patíbulo. Pero no era sólo esto, sino que todo aquel que daba asilo á aquellos á quien el pueblo ó el gobierno perseguía, era en seguida preso con toda su familia y, por tanto, era raro poder librarse de la muerte.

Mi abuelita bajó los ojos ante la mirada de su marido y nada respondió, por lo que éste con voz temblorosa, no por miedo á la suerte que le esperaba si se llegase á saber que el general se había refugiado en su casa, sino por la que iban á correr mi padre y mi abuelita, arguyó al fugitivo el haber entrado en su casa para comprometerlo.

— “No tenía otro remedio, amigo mío — le contestó aquél; — me perdieron la pista en estas inmediaciones; era preciso que me ocultase en alguna parte, vi su ventana abierta, y guiado sólo por el espíritu de conservación, salté adentro”.

— “¿Pero sabéis, señor, á los peligros á que nos exponéis?”.

— “No los tuve presente en aquel momento; pero ahora sí; por eso, si vaciláis, si no queréis salvarme, abrid la puerta, Dios me protegerá”.

En aquel momento se oyó á lo lejos un ruido sordo; mi abuelo prestó un momento el oído y comprendió en seguida que era producido por un tropel de gente que desembocaba en la calle, llamando á las puertas y procediendo á visitas domiciliarias.

— “¡Si sale, lo matan! — dijo mirando nuevamente á mi abuela”.

— “Sálvalo, pues Dios ha de tener piedad de nosotros — le contestó su esposa”.

— “Pero, ¿dónde?—exclamó mi abuelito, corriendo la vista alrededor y no encontrando sitio donde pudiese ocultar á su inoportuno huésped”.

— “Allí — agregó mi abuelita, señalando al péndulo”.

— “Está bien, señor — continuó mi abuelito; — entre allí en la caja del reloj y que sea lo que Dios quiera”. Y en efecto, señorita, Dios los protegió, pues cuando llegó el tropel á la puerta de mi abuelo, fué mandada una comisión para allanar la casa, y quien la mandaba era precisamente un amigo de mi abuelito, que se contentó con echar una mirada general por la exigua habitación y que ni siquiera se acordó de mirar en la caja del reloj, salvándose así el general, que era, además, un noble muy rico á quien mi abuelo sólo conocía de nombre.

— Tenía razón, Berut — exclamó la maestra; — el caso sucedido á tu abuelito viene á confirmar mis palabras: el gran señor, el noble, el rico, el general, el hombre mimado por la fortuna, á quien hasta entonces centenares de vasallos y miles de soldados habían obedecido ciegamente, hubiera muerto desastrosamente si la callosa mano de un pobre operario, para él desconocido, no se hubiese extendido para salvarlo.

Pero de ese caso, hijos míos, sacamos también otra lección, que es: que Dios protege al que cumple con su deber, y los abuelitos de Berut cumplieron el suyo, haciendo por otro lo que hubieran deseado

que, en iguales circunstancias, hiciesen por ellos.

— El general, cuando volvió á Francia, algunos años después — agregó Berut — quiso dar á mi abuelito mucha plata, pero él no quiso recibirla, pues le bastaba, decía y dice aún, la satisfacción del deber cumplido.

— Tu abuelito tiene un noble corazón, Berut, y debes estar orgulloso por ser su nieto y tratar de imitarlo.

— Así haré, señorita — contestó el niño, lleno de legítimo orgullo.

XLVIII.

La gallina de los huevos de oro.

La codicia nos lleva, á veces, á sacrificar los bienes reales presentes, comprometidos en especulaciones que nos arruinan.

— Les había dicho — continuó la maestra — que el egoísmo y la avaricia son vicios gemelos; pero debo advertirles que hay entre ellos una diferencia: ¿podría decirme alguien en qué consiste esa diferencia? ¿María?

— Sí, señorita — contestó la hermana de Alberto; — creo que lo sé.

— Vamos á ver; dígala.

— El egoísta lo quiere todo para sí, pero es para gozarlo, y el avaro quiere también todo para sí, pero es con el objeto de guardarlo.

— Eso es: al egoísta no le importa gastar y derrochar con tal que de ahí le provenga un goce; pero el avaro no tiene otro goce que el de guardar lo que puede juntar y se somete á las mayores privaciones y miserias, con el solo fin de atesorar; pasión que, como todas las pasiones desordenadas, puede llevarlo hasta el crimen, si de él espera un aumento en su caudal. Yo he conocido un hombre rico, muy rico, pero tan avaro, que, hallándose enfermo y habiéndole recetado el médico que se trasladase á los baños del Rosario de la Frontera, en cuyas aguas únicamente podía haber encontrado la salud, no lo quiso hacer por miedo al gasto, que, á pesar de todo, era insignificante para él, prefiriendo morirse antes que disminuir su caudal en algunos centenares de pesos.

— Papá leyó hace días en un periódico de Buenos Aires — dijo Alberto, después de haber obtenido venia para hablar — que en una ciudad, que no recuerdo, había muerto un mendigo en la mayor miseria, y que cuando lo fueron á enterrar le encontraron entre la paja del colchón muchas monedas de oro y de plata, muchos billetes y hasta escrituras de propiedad y otros papeles de importancia.

— Es cierto, Alberto; yo también lo he leído — agregó la preceptora — y ese desgraciado, que pasaba una vida miserable, privándose de lo más necesario é implorando la caridad pública, ha muerto como un perro, sin recibir ni los auxilios de la ciencia pa-

ra el cuerpo, ni los de la religión para el alma, pues vivía solo en un tugurio, y como nadie lo amaba, nadie se apercibió de su enfermedad. Ese esclavo de su propia avaricia dejó muchos miles de pesos, que á él nunca para nada le sirvieron y que obtuvo robando en las limosnas que recibía, el pan de otros verdaderamente necesitados.

— Pero, señorita — le observó Alberto, — él no robaba nada á nadie: si le daban la limosna era porque querían, él no lo robaba.

— No es así, hijo mío; robar no es sólo arrancar por la fuerza lo que otro posee, no; pues roba todo aquel que artificiosamente, sea de la forma que sea, por un pleito injusto, por un abuso de confianza, simulando necesidades que no tiene, por cualquier medio, en fin, que no sea la franca exposición de la verdad, despoja á otro de todos ó de parte de sus bienes. En el caso presente se da la circunstancia agravante de que la plata que él sin necesidad recibía, hubiera ido á parar á otras manos verdaderamente necesitadas y á remediar muchas miserias reales, que así quedaron, tal vez, por remediar.

— Señorita — dijo Pancho levantando la mano, — yo también sé una historia de un avaro.

— Vamos á oirla.

— Era un hombre muy avaro, muy avaro, que tuvo la suerte de tener una gallina que todos los días le ponía un huevo de oro macizo.

El hombre estaba contentísimo al principio; pero poco á poco se fué entristeciendo porque la gallina, por más que le diese que comer, sólo ponía

un huevo cada día. Resolvió, pues, matarla, para apoderarse del tesoro que él creía tenía en el vientre; matando sin piedad al pobre animal que lo enriquecía y quedándose, desde entonces, sin huevo y sin gallina.



El avaro matando la gallina de los huevos de oro.

— Esa fábula, Pancho, encierra en sí una gran verdad moral — exclamó la maestra; — pero, vamos á ver, ¿qué conclusión sacan ustedes de ella?

— La conclusión que saco — contestó el niño — es que el avaro nunca está contento con lo que tiene.

— Yo veo también otra — agregó Elena, aquella colonita que había narrado el caso del pastor y del tigre.

— Dígala, pues.

— El tal hombre tenía en su mano la fortuna, y no tenía otra cosa que hacer sino esperar que fuesen pasando los días, pues cada nuevo día la gallina le aumentaba su riqueza; pero no quiso esperar y para enriquecer de repente, no vió que comprometía el porvenir.

— Es cierto — dijo la maestra; — pero aun se desprende otra moral de esa fábula; ¿quién la sabe?

Los niños se miraron unos á otros sin responder; pero Rodolfo, el hijo del herrero, levantó resueltamente la mano, exclamando:

— Yo la sé.

— Vamos á ver — dijo la maestra.

— Por esa fábula se ve claramente que el avaro no vacila en sacrificar á su bienhechor, si con eso puede aumentar sus riquezas.

— Muy bien, Rodolfo; has cerrado con llave de oro nuestra lección — exclamó satisfecha la preceptora.

XLIX.

La salida de la escuela.

“Por Dios y por la Patria” es el lema que debemos grabar en nuestro corazón y al cual debemos ajustar nuestra conducta.

El tiempo había pasado tan rápidamente, que los niños sorprendidos miraron el reloj, cuando la maestra, después de haber observado la hora, les dijo:

— Ha llegado la hora de salida, y así como al entrar en la escuela nuestro primer acto debe ser elevar á Dios nuestro corazón, debemos, al salir, entonar el Himno Nacional, acostumbrándonos así, á que todos los actos de nuestra vida se encaminen á la gloria de Dios y al honor de la patria.

En seguida y á una señal dada, la maestra entonó y la clase entera, poniéndose de pie, cantó en coro estas sublimes estrofas del himno patrio:

- « Oid, mortales, el grito sagrado:
- « Libertad, libertad, libertad!
- « Oid el ruido de rotas cadenas,
- « Ved en trono á la noble igualdad;
- « Ya su trono dignísimo alzaron
- « Las Provincias Unidas del sud,
- « Y los libres del mundo responden
- « Al gran pueblo Argentino: ¡Salud!
- « Sean eternos los laureles
- « Que supimos conseguir;
- « Coronados de gloria vivamos.
- « O juremos con gloria morir.»

Terminada la canción patriótica, que con el alma entusiasmada por el más puro patriotismo escribió el doctor don Vicente López y Planes, los mismos alumnos que habían recogido al entrar los sombreros y pañuelos de sus condiscípulos, se los fueron nuevamente colocando sobre los pupitres, sin confusión, pues, por lo general, se encargaba siempre este servicio á los mismos niños.

Dirigidos siempre por las vibraciones del timbre, las niñas fueron saliendo en hileras, siguiéndoles los varones y despidiéndose todos, con una palabra cariñosa de la maestra, que los siguió hasta la puerta de la calle, donde permaneció parada algunos momentos, hasta que vió alejarse á sus alumnos en todas direcciones; lo que llevó algún tiempo, pues algunos tuvieron que ensillar sus caballos y montar sus hermanitos, siendo el último en alejarse el due-

ño de la jardinera, que llevó más tiempo para enjaezar y atar su caballo al vehículo y subir á él á dos pequeñuelos y una mujercita que lo acompañaban.

Cuando la jardinera partió, la maestra volvió á la clase donde Antonio y Julio trabajaban con ahinco, para cumplir su penitencia.

— Ya está, señorita — exclamó Antonio, presentando triunfante su cuaderno.

La maestra lo examinó con atención y, devolviéndoselo, le dijo con afectuoso tono:

— Está bien, Antonio, puede marcharse; pero, ¿por qué ha de ser usted así, tan desaplicado, teniendo tan buenas disposiciones como tiene?

— Yo... señorita... — balbuceó el niño, turbado y conmovido.

— Usted, hijo mío, que no es malo, pero que es muy perezoso y se deja arrastrar por malas compañías.

— Yo he de mudar, señorita — murmuró el niño.

— Dios lo quiera; pero usted, hijo mío, es de aquellos que son buenos cuando están entre los buenos, y si están entre los malos se vuelven de los peores.

— Está bien — agregó, viendo que sus palabras producían impresión en el ánimo del niño; — no vuelva á hacer la rabona.

— No volveré, señorita; se lo prometo.

— Bueno; entonces, hasta mañana.

Antonio salió, y la maestra quedó sola con Julio, que llevó algún tiempo hasta terminar el trabajo impuesto, pero que por fin lo entregó á la directora, que le hizo algunas correcciones y se lo volvió

amonestándolo en el mismo tono maternal que lo había hecho con Antonio; pero sin que esta vez sus palabras consiguieran conmover el corazón del niño, que permanecía *empacado* con la vista fija en el suelo y al que no pudo arrancarle ni una sola palabra de arrepentimiento.

— Está bien — dijo la maestra, viendo que no podía dominar aquella naturaleza rebelde y levantando los ojos al cielo como pidiéndole paciencia para poder sobrellevar las contrariedades de su profesión: — está bien; márchese y pida á Dios que lo haga mejor.

El niño tomó su sombrero y se marchó sin esperar á que lo repitiese.

L.

El domingo.

En la República Argentina, la agricultura y la ganadería son las bases de la riqueza pública y es de su desarrollo que depende el desarrollo del comercio y de la industria.

Los días se pasaron sin incidentes; Pancho y Tomás, Alberto y María, continuaron yendo diariamente á la escuela, donde se encontraban con todos nuestros conocidos, y por ello se estrecharon amistades, que ya hemos visto en comienzo.

Rodolfo, el hijo del herrero, aquel niño de recto criterio y de noble corazón, que ya hemos podido conocer en la clase y en el recreo, se aficionó en extremo á Pancho, con quien simpatizó, y con el otro niño que también conocemos — Jorge — aquel muchacho inteligente y decidido, dueño de la jardinera, que comprendió en seguida que, con las riendas de su caballo, podría proporcionarse y ofrecer á sus compañeros la diversión que el egoísmo de Enrique les negaba.

Los tres se hicieron inseparables, y en los momentos que precedían á la entrada de la clase y en los recreos, se les veía siempre juntos.

Tomás, por su parte, se ligó estrechamente con Antonio, que no tardó en reconciliarlo con Julio, volviendo á ser desde aquel momento buenos amigos.

Enrique continuó aislándose de los otros muchachos de su edad, desdeñando juntarse con ellos y acaparando á Alberto, á quien apenas dejaba mezclarse con sus condiscípulos; siendo lo contrario su hermana, que se veía siempre rodeada de sus compañeras, entre las que se encontraba constantemente la inteligente Elenita, por quien María tenía especial predilección.

Fuera de la escuela, Tomás se ocupaba con sumo agrado de los caballos del señor Ursabeta, y, preciso es confesarlo, gustaba más de darles el pienso, de llevarlos al abrevadero, de bañarlos en el río y y de llevarlos ó traerlos al potrero, que de ir á la escuela, lo que siempre hacía con repugnancia y tan sólo por obedecer á su tío, que en ello se empeñaba.

Pancho, entre tanto, había ido familiarizándose con su nuevo empleo, y como era inteligente y tenía deseos de aprender, trataba de prestar toda atención á la marcha del negocio, habiendo conseguido ya darse una cuenta exacta de los pesos, medidas y precios, por lo que principiaban á confiarle el despacho en el mostrador, para lo cual parecía tener buena disposición, y había obtenido la promesa de dedicarlo definitivamente á él, tan luego como conociese la numeración literal usada en el establecimiento. Su rencor á Alberto, había, empero, aumentado.

En este estado de cosas, llegó la Concepción, que caía en domingo, día de la mayor agitación y movimiento en las poblaciones rurales de la República y especialmente en la provincia de Santa Fe, donde residían nuestros personajes; pero, por lo mismo, día de mayor trabajo en los establecimientos comerciales, donde, desde las primeras horas de la mañana hasta después de mediodía, se aglomeraban los colonos para hacer sus compras y proveerse de todo lo que necesitan para toda la semana, ó para muchas semanas, como sucede en la época de la cosecha.

Precisamente, ésta era llegada; los linos estaban maduros y á punto de recogerse, y los trigales se doblaban bajo el peso de las doradas espigas.

Por eso, desde muy temprano principiaron á llegar á la plaza numerosas familias de agricultores, en breaks, en carros, en jardineras y á caballo, dejando sus vehículos y cabalgaduras unos frente á la iglesia, otros frente á las casas de comercio ó

al Juzgado de Paz, en tanto que sus dueños evacuaban sus negocios, esperando la hora del oficio divino, que debía reunir la mayor parte de aquella gente, en la casa del Señor.

Es ciertamente un bello espectáculo el que ofrecen, en las mañanas de los días festivos, las grandes plazas de las colonias santafecinas, por donde transitan, hablan, ríen y discuten grupos de personas de ambos sexos vestidos con abigarrados trajes, entre los que se encuentran, más ó menos completos, los trajes nacionales del pueblo de la mayor parte de los países europeos.

Las tiendas, la botica, la carnicería, los boliches, la herrería, la carpintería, rebosan de gente, las primeras especialmente, donde se agolpan las mujeres mirando y remirando las mercaderías, acechando un lugar junto al mostrador, donde los dependientes atareados se afanan en servir á sus clientes y en asentar en el borrador y en las libretas las partidas vendidas; pues, por lo general, todas las transacciones con los colonos se hacen á crédito y á pagar en la próxima cosecha.



La plaza de una colonia santafecina, el domingo á la hora de la misa.

Se comprende, pues, que cuanto mayor es el capital del establecimiento, más puede fiar, y por tanto mayor es el número de sus marchantes; razón ésta

que explica por qué el del señor Ursabeta era el más concurrido.

Este establecimiento, como todos los de las colonias, estaba dividido en dos partes: una, la mayor, que era la tienda, propiamente dicho, donde se encontraban todos los efectos, desde las sedas más ricas y las costosas joyas, hasta la rústica azada y el arma de precisión; y otra, la más pequeña, donde se vendían efectos de almacén y refrescos y bebidas al menudeo.

Pancho, cuyas disposiciones para el mostrador hemos dado á conocer, había sido colocado ese día como ayudante del expendedor, y vestido apenas con el pantalón y la camiseta, con las mangas arremangadas hasta el codo, no cesaba de servir copitas, de destapar botellas y de lavar las copas servidas, en un cubo lleno de agua que en el mostrador tenía.

El niño, contrariado por hallarse sujeto á aquel pesado trabajo, se lamentaba interiormente, echando de cuando en cuando una codiciosa mirada á la plaza, donde veía pasear al lado de sus familias ó divertirse con otros compañeros, la mayor parte de los alumnos de su escuela; trabajaba de mala gana y de momento á momento se le iba agriando el mal humor.

LI.

En el Templo.

El sentimiento religioso es tan poderoso en el hombre, que cualquier sensación de felicidad ó de pena lo despierta en su alma.

Serían poco más de las nueve cuando la campana de la iglesia principió á llamar los fieles al templo, y poco á poco la tienda se fué despejando; retirándose la mayor parte de los colonos, unos llevándose las compras hechas, para depositarlas en sus carros y carruajes, y dejándolas otros, apartadas, para venir á buscarlas antes de retirarse.

Entonces se retiró también el señor Ursabeta, que desde muy temprano había estado en la tienda hablando con los marchantes, dando órdenes á los dependientes, vigilando por que todos los compradores fuesen bien atendidos y transando cualquier dificultad que en las operaciones surgiese.

Momentos después volvió á entrar acompañado de sus dos hijos, que ese día lucían lindos trajes, mucho más elegantes que los que hasta entonces les conociera Pancho.

Con el dueño de la casa venía Juan Grandot, todo endomingado, y al pasar por delante de Pancho, pidió permiso á su patrón para llevarlo al templo.

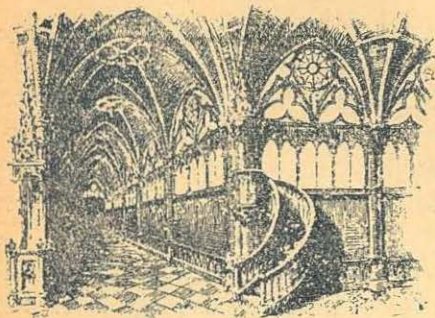
— Cómo no — contestó el negociante; y dirigiéndose al niño, añadió:

— Anda, muchacho; viste tu saco para ir á la iglesia.

— Yo hoy no voy — respondió el niño con mal modo, — estoy muy sucio.

— No importa — le dijo su tío; — viste el saco y ven.

Pancho obedeció de mal talante; se puso la camisa que había dejado junto al saco, vistió éste, y siguió á su tío, que se dirigió hacia la puerta.



Interior de un templo de arquitectura gótica.

— Tomás ya debe estar allí — dijo el capataz á su sobrino, luego que éste se le reunió; — lo dejé con tu abuelita y ella lo ha de haber llevado.

— ¿Vamos, Grandot? — le preguntó el señor Ursabeta.

— Cuando guste, patrón — le contestó éste; y los dos se pusieron en marcha, reanudando la conversación que había interrumpido al llegar á la tienda, precediéndolos Alberto y María y siguiéndolos Pancho, avergonzado de ir con su ropa usada con niños tan bien vestidos.

Cuando llegaron á la iglesia, ya el templo estaba casi lleno y poco tardó en principiar el oficio divino,

que empezó por un cántico dulce, entonado desde el coro por algunos alumnos de la escuela, á los que había ido á juntarse María, y acompañados al órgano por la maestra.

Pancho no había tenido la costumbre de frecuentar los templos; las ideas anarquistas de su padre, la falta de religión de su madre y el medio social en que había vivido, le hacían mirar con desprecio todo lo que á religión se refería; pero á pesar de esto, á pesar de estar allí á la fuerza, á pesar de hallarse humillado por verse mal vestido, á pesar de todo no pudo evitar que lo invadiese un sentimiento desconocido y que un bienestar indefinible se apoderase de su alma al oír aquellos cánticos que parecían subir al cielo, elevándose entre nubes de incienso, llevados por las notas sonoras del órgano que en la bóveda repercutían.

Es que los místicos cánticos ejercen tal influencia sobre el alma, aun de las naturalezas más salvajes, que la subyugan; y nadie ignora que fué, atraídas por cánticos sagrados, que las salvajes tribus guaraníes que poblaban el vasto territorio que todavía se llama de "Misiones", se fueron agrupando alrededor de las pequeñas aldeas, donde los denodados misioneros jesuítas predicaban la doctrina de Jesucristo, protegidos por el noble Hernandarias, el primer gobernador criollo en esta parte de América.

Y fué con la música sagrada y con la pura doctrina predicada por aquellos beneméritos y sabios misioneros, que ese pequeño número de aldeas fundadas el año 1615, vino á transformarse en el vasto

imperio, que es conocido en la historia con el nombre de "Imperio Jesuítico del Paraguay", que comprendía á aquella república y parte de la Argentina y de la Oriental, y que floreció hasta fines del siglo XVIII, época en que el gobierno de la metrópoli, mal aconsejado, expulsó de allí á los padres jesuítas, lo que dió lugar á la dispersión de los indios, á la ruina de la mayor parte de las poblaciones y á la pérdida de aquella civilización y riqueza.

Pancho quedó, como hemos dicho, agradablemente impresionado por aquel ambiente místico que lo rodeaba, y cuando el sacerdote, al terminar la lectura del Evangelio, se volvió hacia el pueblo para dirigir la acostumbrada plática, aguzó el oído para no perder una sola palabra de lo que iba á decir.

LII.

El Evangelio.

En el Evangelio se encierra la más sublime doctrina, la más pura moral, y es á esa doctrina y á esa moral, que debe la sociedad actual su civilización.

Era el oficiante un anciano de blancos cabellos, y su venerable figura, realizada por las sagradas vestiduras, revestía en aquel momento un aire de bondad que predisponía en su favor.

Permaneció un momento para coordinar sus

ideas, y después, con voz dulce y simpática, se expresó así:

— El santo Evangelio de hoy, hijos míos, es una sublime lección que nos da el divino Salvador del mundo, para atraernos al camino del deber y que, como toda su santa doctrina, está impregnada de la caridad más viva y de la más recta justicia. Oid lo que dice el sagrado texto:

“ En aquel tiempo dijo Jesucristo á sus discípulos esta comparación: El rey de los cielos es semejante á un rey que quiere tomar cuenta á sus siervos, y principiando, se le presentó uno que debía diez mil talentos. No teniendo, empero, con qué pagar, mandó el rey que fuese vendido con su mujer, hijos y bienes que poseía, á fin de pagar la deuda; echándose el siervo á los pies del rey, le rogaba diciendo: Tened paciencia por ahora, que yo pagaré todo. Compadeciósese el rey de su siervo, y dejándolo le perdonó la deuda. Al salir, éste encontró otro siervo, su compañero, que le debía cien dineros, y echándole las manos al pescuezo, le dijo: Paga lo que me debes. Pos-trado por tierra el siervo, le pedía, diciendo: Ten paciencia, espérame, que yo te pagaré. Pero él no quiso y lo hizo llevar á la cárcel hasta que pagase la deuda. Viendo los demás siervos este suceso, se entristecieron mucho, y se lo fueron á contar al rey, su señor. Entonces llamó el rey aquel primer siervo, y le dijo: Mal siervo, habiéndote perdonado yo toda la deuda por haberme pedido misericordia, ¿no debías de compadecerte de tu compañero, así como yo me compadecí de

“ ti? Airado el rey, lo entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda ”.

“ Del mismo modo os hará mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona á su prójimo de todo corazón. »

LIII.

El perdón de las ofensas.

Perdona á los que te han ofendido, así como Cristo perdonó á los que lo crucificaron.

— Ahí tenéis, hijos míos, lo que nos dice el divino Maestro — continuó diciendo el anciano sacerdote, terminada la exposición del texto sagrado.

Un hombre, fijaos bien, debía á su señor una gran cantidad de dinero, y el señor, compadecido de él, se la iba á perdonar, cuando este mismo hombre, á quien otro pobre debía apenas algunos pesos, encontró á su deudor, y á pesar de sus súplicas, lo mandó á la cárcel sin tener compasión de él ni de su familia.

¿Procedía bien ese hombre? No, ciertamente, pues debía acordarse que, si el otro había cometido una falta no pagándole los pocos pesos que le debía, la suya era mucho mayor, pues era mucho mayor la suma que él debía y que le era perdonada. Debía, pues, ser tan clemente con su deudor como su señor

lo era con él. Pero no lo fué, y esta injusticia indignó á sus compañeros; y el señor lo supo, y retirando la orden que ya había dado de perdonarle la deuda ordenó se le exigiese ésta en la misma forma y con el mismo rigor que este hombre injusto y avaro había empleado con su deudor.

El Salvador, hijos míos, nos hace comprender de este modo que, si queremos que nuestras faltas alcancen misericordia á los ojos de Dios, es necesario que nosotros también perdonemos á todos aquellos que nos han ofendido ó que nos han causado algún mal, pues con la misma vara con que medimos las acciones del prójimo, han de ser medidas las nuestras, tanto en éste como en el otro mundo.

No olvidéis, pues, amados feligreses, este Santo Evangelio, y á imitación de Nuestro Señor Jesucristo, que al morir en la cruz, pedía al Eterno Padre perdonase á los que lo habían crucificado, perdonad á vuestros enemigos para poder así implorar de la divina clemencia el perdón de vuestras culpas.

El anciano sacerdote había dejado de hablar para continuar el santo sacrificio, pero en el alma de Pancho, que su oración había vivamente impresionado, continuaron repercutiendo sus palabras.

Pancho no era malo; pero, nacido y criado en un hogar anarquista, oyendo á sus padres expresarse siempre con aspereza y odio contra los que por su nacimiento ó su trabajo se encontraban en una posición más elevada y gozaban de comodidades que ellos no podían disfrutar; obligado después á ganar su sustento en las calles de una gran ca-

pital, donde nada bueno se aprende; pues en ellas se tropieza con todos los vicios en su forma más abyecta y con todas las pasiones en su más salvaje tensión; Pancho, repetímoslo, había seguido la corriente en que se hallaba, y, si no odiaba á los ricos como los odiaban su madre y su hermano, no los quería bien, y esta mala voluntad, tomaba fácilmente un carácter más subido á la más pequeña contrariedad.

No admira, pues, que desde el día de su entrada en la tienda, en que fué repelido por Alberto y reprendido por don Ricardo, se encontrase resentido con el hijo de su patrón; resentimiento que aumentaba al comparar su posición con la del señorito, habiendo llegado á sentir contra él, aquella mañana, un movimiento de odio, al verlo tan bien vestido y satisfecho, cuando él lo seguía tan pobremente ataviado; y, rabioso, con el pecho lleno por aquel mal sentimiento, entró en la iglesia; pero, como su corazón no estaba aún del todo corrompido, encontraron eco en él las palabras del sacerdote, haciéndole comprender el sublime precepto del perdón de las ofensas.

El corazón de Pancho era noble y su criterio justo; por eso el ejemplodel gran deudor perdonado, persiguiendo al pequeño deudor, le indignó, y las palabras del anciano celebrante le hicieron tan honda impresión, que se prometió á sí mismo ser más benévolo con Alberto, que no tenía la culpa de haber nacido rico y de que su padre lo vistiera con gusto.

De estas reflexiones fué sacado por un nuevo

cántico que se elevaba del coro y que era acompañado por las voces de todas las mujeres que llenaban la nave: era la Salve con que, terminada la misa, los fieles allí reunidos invocaban la poderosísima protección de la reina de los ángeles, de la Virgen-Madre.

LIV.

En la pulpería.

La resistencia á la autoridad origina un castigo inmediato y agrava la falta cometida.

Al salir de la iglesia, Pancho se reunió con su tío en el atrio, pero éste lo envió al almacén, diciéndole que su presencia era necesaria; y lo era, en efecto, pues terminado el oficio religioso, volvió á llenarse la casa de comercio, y, por tanto, todos los dependientes se hacían allí necesarios.

El niño, llamado á mejores sentimientos por la revolución que en su corazón se había operado, se apresuró á obedecer, y aunque sintiendo tener que volver al trabajo cuando veía á sus compañeros solazarse en la plaza, lo hizo sin odio ni envidia hacia aquellos que él reputaba más felices.

En el camino encontró á Rodolfo que se dirigía

hacia su casa, y ambos niños se pararon un momento para saludarse.

— ¿Dónde vas tan apresurado? — le preguntó Pancho.

— Vuelvo á la herrería, pues mi padre tiene hoy mucho que hacer; trabajará hasta mediodía, y es justo que yo le ayude.

— ¿Y por eso vas tan ligero? ¿Tienes miedo que te rete, no es verdad?

— No, no es por eso; mi padre no me ha dicho que vuelva pronto, y si me quedara en la plaza no me diría nada; pero yo, que veo lo que él trabaja para sustentarnos á mi madre y á mí, creo que tengo el deber de ayudarlo, y es lo que voy á hacer.

— Yo también vuelvo al trabajo — dijo Pancho con cierto orgullo, por poder mostrar á su compañero que era tan hombre como él.

— Entonces, adiós — exclamó aquél alejándose.

— Pero... mira — agregó, parándose de repente como si una idea súbita le hubiese asaltado; — yo tengo toda la tarde libre, tú también la tienes; si quieres, pediré permiso á mi padre y vendré á buscarte para que vayamos á pasear juntos; ¿quieres?

— Sí, quiero — contestó Pancho; — pero tal vez no me den licencia.

— Sí que te la darán, verás.

— Bueno; entonces, ven á buscarme.

Y los dos niños se separaron, continuando su camino en diferentes direcciones.

Al llegar, empero, Pancho, cerca del establecimiento del señor Ursabeta, notó mucha gente agolpada á la puerta del departamento donde se ex-

pendían las bebidas, oyéndose dentro voces roncadas y airadas, por lo que le pareció que algo de anormal sucedía allí.

No se engañaba: algo había pasado, y en el momento en que el niño llegaba, la multitud se abría para dar paso á un hombre bien vestido á quien todos saludaban con respeto y que llevaba en la mano un grueso bastón con puño de plata. Detrás de él, otros dos hombres, que vestían traje militar, llevaban de los brazos, casi arrastrándolo, á otro hombre, con la ropa hecha girones, sin sombrero, que vociferaba y se resistía haciendo vanos esfuerzos para soltarse de los que bien seguro lo tenían.

— Llévenlo al calabozo y pónganle una barra de grillos para que aprenda á no resistir á la autoridad — ordenó con tono severo el hombre del bastón.

Los gendarmes, pues gendarmes eran los que llevaban el preso, se apresuraron á obedecer la orden del hombre del bastón, que no era otro que el comisario de policía del distrito, y empujón de aquí, tirón de allá, se llevaron al detenido á la Comisaría, que se hallaba con el Juzgado de Paz, en aquel edificio que tanto había llamado la atención de los niños, la primera vez que atravesaron la plaza y donde este día, por ser domingo, tremolaba la bandera de la patria.

— Usted, amigo, sígame, añadió el comisario volviéndose para un colono que había quedado dentro del almacén, recostado al mostrador.

— ¿Yo, señor comisario?... — exclamó el colono palideciendo; — pero, ha sido él que...

— No importa, allá en la policía arreglaremos eso. Venga de ahí.

El colono obedeció, siguiendo al comisario, y Pancho entró en el almacén, donde á la sazón se comentaba el hecho.

LV.

El cuatrero.

Todo acto criminal, por oculto que se practique, llega un día en que se descubre y en que el criminal cae en manos de la justicia.

En el almacén no se hablaba de otra cosa que del suceso que allí había tenido lugar, y todos aplaudían el proceder de la autoridad, pues el preso era un hombre sospechoso y desconocido en el lugar.

Había entrado en el almacén en ocasión en que la mayor parte de los colonos se hallaban en la iglesia, y con desparpajo, se había arrimado al mostrador, pidiendo una copa de caña con bitter.

A pesar de que parecía que no se hallaba ya fresco, el dependiente lo había servido; pero después pidió otra y después otra, hasta que el mozo se negó á servirle más, por ver que ya no se hallaba en buen estado.

Bastó esto para que nuestro hombre se enfureciese, principase á disparatar y á amenazar, molestando á todos los presentes.

Momentos después entraba al establecimiento un colono, que, al fijarse en el bochinero, reconoció en él un paisano que, con otros, había encontrado una noche conduciendo una tropilla de hacienda, y á media voz lo comunicó á un compañero, pronunciando la palabra *cuatrero*; aunque no fué tan bajo que no lo oyese el que era designado con este epíteto, que se volvió entonces furioso contra el recién llegado, llenándole de improperios, tratando, sin embargo, de retirarse, dirigiéndose tambaleando hacia la puerta, en donde había dejado su caballo.

Como, empero, se marchaba sin pagar, el dependiente le pidió el importe del gasto hecho: mas tan ofuscado se hallaba por los vapores del alcohol, que no reflexionó que, habiendo sido ya reconocido, lo que más le convenía era pagar y marcharse sin hacer ruido.

No lo hizo así prefiriendo llevar la cosa á la valentona, y respondiendo una frase obscena, echó mano al cinto, sacando un afilado cuchillo y blandiéndolo en la diestra, se dirigió, dando traspiés, hacia la puerta.

El dependiente tocó el pito, pidiendo auxilio, y uno de los presentes tuvo bastante presencia de espíritu para tirarle una silla entre las piernas, lo que le hizo perder el equilibrio y caer; si bien volvió en seguida á pararse, más amenazador que antes, y Dios sabe lo que allí se hubiera armado, si no hubiese llegado la policía, que le cerró el paso y le dió orden de prisión.

El estado en que se encontraba le impidió comprender que debía acatar la orden y entregarse,

pues era absurdo pretender luchar con dos agentes de la autoridad bien armados y apoyados por todos los presentes, tanto más, que él apenas podía tenerse en pie; pero quiso resistir y para ello retrocedió hasta apoyarse en la pared, blandiendo desde allí su cuchillo y desafiando con torpe lengua á los gendarmes.

Estos entonces desenvainaron sus machetes, y en tanto que uno le amagaba un hachazo en la cabeza, el otro le dió de plano un golpe en la muñeca, que le hizo caer el cuchillo y lo puso á merced de los agentes del orden.

No tardó en llegar el comisario, y enterado de lo sucedido, procedió á averiguaciones, llegando á convencerse, por las declaraciones del colono y otras circunstancias que recordó, que el preso pertenecía á una gavilla de astutos cuatrerros que, hacía tiempo, venían diezmando los caballos y vacas de las chacras y estancias próximas, arreándolas á una provincia vecina donde los vendían ventajosamente.

— Este ya no les va á hacer mal — dijo el comisario, dirigiéndose á los colonos; — ó mucho me engaño, ó éste va á parar á la frontera á servir en un cuerpo de línea, como los otros que tomé la vez pasada.

— ¡Así fuesen todos sus iguales! — exclamó un colono.

— Sí; allá, á batirse con los indios los hemos de mandar á todos — les contestó el comisario.

— Estén descansados — añadió — y no duden de que si á veces no puede recuperarse el robo, más tarde ó más temprano el ladrón viene á caer en poder

de la justicia y entonces las paga todas juntas.

Después dió las órdenes que conocemos y se fué á la comisaría á levantar un sumario, que, con el preso, debía enviar á la Jefatura del Departamento y que también debía ir firmado por el colono que había reconocido al cuatrero.

LVI.

El aseo.

Una de las causas para hacer repulsiva la pobreza, es el desaseo que, por lo general, la acompaña.

Los domingos y días festivos por la tarde se cerraba el establecimiento del señor Ursabeta, permaneciendo abierto sólo el molino, y esto apenas en la época de la zafra, por lo que Pancho tenía toda la tarde libre; así es que, habiendo obtenido permiso de su tío para ir á pasear con Rodolfo, así que hubieron pasado las horas de calor, se lavó y peinó con esmero, vistió una blanca camisa y se puso su traje mejorcito, que, aunque poco difería del de los días de trabajo, cepillado con cuidado y limpio con pulcritud, parecía otra cosa.

— Mírate al espejo, Pancho — le dijo su tío, — y dime si pareces el mismo de esta mañana, en que ni aún la cara te habías lavado.

— Es que tenía que trabajar, tío, y no pensaba salir de la tienda — le contestó el niño, mirándose satisfecho en el pequeño espejo que había en el cuarto.

— Eso no es disculpa, hijo mío, lo cortés no quita lo valiente, ni el aseo perjudica al hombre trabajador; puede uno estar más ó menos bien vestido, pero debe estar siempre limpio, peinado y arreglado, porque de este modo no causamos repulsión á los otros. El aseo, además, es indispensable hasta por nosotros mismos, pues la limpieza en nuestra persona y en nuestros vestidos nos conserva la salud y nos preserva de muchas enfermedades; y por otra parte, ¿no es mucho más agradable verse uno así, arreglado como tú estás, que como está tu hermano?

Y Juan Grandot señaló á éste, que despeinado, con la cara sucia, la camisa abierta, el traje hecho girones y que con los zapatos puestos y llenos de polvo, se hallaba perezosamente estirado sobre la cama.

— Es que yo aún tengo que trabajar; he de llevar los caballos al río — contestó Tomás.

— Pero eso nada influye para que no te laves, te peines y te arregles.

— ¡Bah! — dijo el muchacho — los pobres no tienen tiempo para eso; eso queda para los ricos, que pasan el día sin hacer nada.

— No, hijo mío, estás en un error; los pobres, más aún que los ricos, si es posible, deben cuidar de su aseo, y la razón es muy sencilla ¿no la sabes?

— No, señor.

— Yo la sé, tío — exclamó Pancho; — ¿quiere que se la diga?

— Dila; vamos á ver si has adivinado.

— El pobre debe ser más aseado que el rico, por dos razones: porque el pobre, teniendo que dedicarse por lo general á trabajos más violentos, transpira más, y esa transpiración, impregnando la ropa la ensucia mucho y la hace dañosa para la salud y repugnante á la vista y al olfato; y también, porque, teniendo menos ropa para mudarse, que el rico, necesita mayor limpieza en su persona y más cuidado con su traje.

— Así es, mi querido sobrino, y no debes olvidar esta reflexión que nace de lo que tú mismo has dicho: la pobreza se vuelve con frecuencia repulsiva, por su desaseo.

— Pero, tío— objetó Tomás,— el que trabaja tiene que ensuciarse forzosamente y no tiene tiempo para ocuparse de esos cuidados, pues el poco que le queda es para descansar.

— Estás en un error, sobrino; el tiempo le llega para todo á aquel que lo sabe aprovechar, pero no le llega para nada á aquel que lo malgasta; hay ricos que nada producen y á los cuales les falta el tiempo para las cosas más necesarias, hasta tal punto que dejan de cumplir sus deberes religiosos y sociales, llegan tarde á todas partes y pasan la vida afanándose por retener el tiempo que les huye; en tanto que hay gentes que viven de su trabajo y algunos muy pobres, á quienes el tiempo llega para todo, y ¿saben por qué? Porque no dejan para mañana lo que pueden hacer hoy; para luego lo que pueden hacer en seguida; y porque se imponen á sí mismos ciertas obligaciones á que nunca

faltan: en una palabra, porque tienen método.

— Entonces, tío, ¿usted cree que los pobres que tienen método pueden andar siempre limpios y aseados? — preguntó Tomás.

— Sí, salvo raras excepciones, si se imponen la obligación de lavarse y peinarse cuando se levantan, de lavarse cuando abandonan el trabajo y de limpiar, sacudir y cepillar su traje al acostarse.

— Eso no me parece que sea mucho trabajo — dijo Pancho, — y si es sólo eso...

— Basta eso — le contestó su tío — para conservarte siempre limpio y para que tu presencia no repugne á ninguna de las personas en cuya compañía te encuentres, por pobres que sean tus vestidos.

En esto llegó Rodolfo, que venía á buscar á su amigo, y que después de saludar cortésmente á Juan Grandot y á Tomás, se llevó á Pancho para dar con él el proyectado paseo.

LVII.

La chacra.

El suelo argentino enriquece al que le presta sus cuidados.

— ¿A dónde vamos? — preguntó Pancho cuando se encontraron en la calle.

— Adonde quieras — le contestó su compañero.

— No, no, elige tú; yo sólo conozco la plaza y la calle que va á tu casa.

— Entonces, si te parece, podemos ir hasta la chacra de Jorge, que es un lindo paseo, y volveremos después por la orilla del río.

— Bueno — contestó Pancho, complacido.

— Además — agregó Rodolfo, — allí tienen muy buenas vacas, y nos darán un gran vaso de leche y tortas con manteca.

— ¡Qué rico! — exclamó Pancho, entusiasmado — ¡qué rico! y á mí que me gustan tanto las tortas.

— Pues apretemos el paso para tener tiempo de estar allá un rato y regresar antes de la noche — y los dos niños se tomaron del brazo y charlando y riendo se encaminaron hacia las afueras de la población.

No anduvieron mucho tiempo, pues la chacra que habitaba Jorge con sus padres, se hallaba á poco más de dos kilómetros de la plaza.

Pronto divisaron la casa medio oculta por un pequeño bosque de árboles frutales, siendo recibidos al llegar á la tranquera, por los ladridos de dos grandes perros, que se precipitaron á su encuentro en actitud hostil.

Pancho se asustó y buscó con la vista una piedra ó un cascote para tirarles; pero su compañero lo tranquilizó y engrosando la voz habló á los perros, que en seguida lo reconocieron y meneando la cola se aproximaron á él con muestras de amistad.



Pancho y Rodolfo.

A los ladridos de sus perros, se había asomado á la puerta de la casa una mujer aun joven, llevando en brazos un chiquitín envuelto todavía en las fajas infantiles, y conociendo en seguida al hijo del herrero, lo saludó cariñosamente, invitándolo á entrar.

— Entre, Rodolfo — le dijo, — entre; vienen á ver á Jorge, ¿no es así? Debe estar en el corral con su padre; vayan allá á buscarlo.

Rodolfo conocía la propiedad, y por eso, después de breves palabras cambiadas con la dueña de la casa para informarse de su salud y presentarle su amigo, siguió con éste dando vuelta al edificio, dirigiéndose al corral, donde á la sazón Jorge y su hermana mayor ayudaban á su padre á ordeñar una docena de vacas lecheras de la más

fina raza, y los hermanitos más pequeños hacían caricias á un ternero recién nacido, acostado en uno de los ángulos del corral.

— Buenas tardes, don Jenaro; buenas tardes, señorita; ¿cómo te va Jorge?

— dijo Rodolfo quitándose el sombrero cuando se halló próximo á ellos.

— ¡Hola! ¿tú por aquí? — contestó el padre, volviendo apenas la cabeza para mirar á los recién llegados y sin dejar su ocupación.



El corral de la lechería.

— Ya hace mucho que no venías á visitarnos — agregó; — ¿cómo está tu familia?

Rodolfo se apresuró á contestar al colono, que, sin suspender su trabajo, le continuó dirigiendo algunas afectuosas preguntas.

— Mira, hijo — le dijo éste levantándose, — ten un poco de paciencia, que ya te voy á dejar libre á Jorge; pero, entre tanto, no hay más que esperar, pues la obligación es primero que todo.

— Sí, señor — le contestó Rodolfo; — así dice mi padre.

— Y dice bien, muchacho; por eso él se va arreglando. Aquí en este país, no lo olvides, el que quiere trabajar y aprovecha el tiempo, se hace rico.

— Mira — agregó, posando en el suelo el cántaro de hojalata que acababa de llenar; — ¿sabes con cuánto desembarqué yo en Buenos Aires, y tenía ya mujer y aquella hija?

— No, señor — dijo Rodolfo riendo.

— Pues desembarqué con cinco liras! y ahora te aseguro que no daría lo que tengo por veinte mil pesos.

— ¡Veinte mil pesos! — exclamó Pancho, sin poder retener una exclamación de sorpresa.

— Sí, muchacho, como lo oyes.

— Pero, señor — agregó Pancho, — ¿cómo ha podido usted, con sólo cinco liras, que según he oído decir en el almacén, son cinco francos, y en tan poco tiempo, pues esta señorita no puede tener más de catorce años, cómo ha podido usted adquirir tan gran fortuna?

— ¡Tan gran fortuna! — repitió el colono sonriendo; — veinte mil pesos constituyen una buena fortuna para mí, que nunca soñé poseer ni la décima parte, pero eso no es nada aquí donde las fortunas se cuentan por millones; ahí tienes al señor Ursabeta que yo conocí pobre y....

— ¿A mi patrón?

— ¡Ah! ¿estás en casa del señor Ursabeta?

— Sí, señor — contestó Rodolfo; — es sobrino del señor Juan Grandot.

— ¡Conque eres sobrino de Grandot! pues mira, tu tío no debe tener mucho menos que yo; ¿qué digo? ha de tener mucho, mucho más: lo que hay es que él lo va dejando en casa de tu patrón y yo lo tengo aquí, todo al sol.

— Don Jenaro — dijo Rodolfo, — desearíamos que usted nos contase cómo se ha arreglado para con sólo cinco liras poder llegar á poseer esa propiedad y tantas y tan hermosas vacas.

— Voy á complacerlos, no para satisfacer una vana curiosidad ni para vanagloriarme de mi trabajo, sino con el fin de que ustedes, que se encuentran ahora al principio de la vida, comprendan que no hay nada imposible para el que posea una voluntad firme de hacer fortuna y está dispuesto al trabajo y á la economía. Vayan á esperarnos bajo el emparrado que hay allí al frente de la casa, que nosotros vamos á llevar nuestros cántaros á la lechería y en seguida allá vamos.

LVIII.

Historia de don Jenaro.

La fortuna rara vez se muestra esquiva
con aquel que, al trabajo y á la economía,
une una voluntad firme é inquebrantable.

Los niños obedecieron y fueron á sentarse en un rústico banco que había bajo el emparrado, donde la madre de Jorge les llevó dos grandes tazas con leche y las anunciadas tortas, no tardando en ir á reunirse con ellos el chacarero y sus hijos, y aquél les habló así:

— Tenía yo veinte años cuando me tocó el servicio militar, á que en mi país todos están obligados, y después de haber cumplido mis deberes para con la patria, regresé á mi pueblo con una limpia foja de servicios, algunos sueldos y sabiendo leer y escribir, que era lo mejor que había sacado de mi vida militar, pues aprendí en la escuela del regimiento.

Mis padres habían muerto durante el tiempo en que yo estuve en el servicio; eran muy pobres, ancianos y no tenían sino una casita donde vivían sustentándolos mi hermano con su trabajo; por lo que, al regresar al hogar, creí justo renunciar á la parte que me pertenecía en la casita, cediéndosela á mi hermano en justa compensación de la ayuda que había podido prestar á nuestros bue-

nos padres, á quienes yo poco había podido favorecer, con la exigua paga que, como soldado, recibía.

Era, pues, pobre como Job, y me conchabé como peón en una granja, llegando, á fuerza de trabajo y de economía, á juntar algunas liras, con las que pude amueblar pobremente una casita y casarme con una joven del mismo pueblo, á quien quería desde antes de marchar al servicio.

Mi triste jornal, empero, no me permitía aumento de fortuna y los gastos iban en aumento, pues teníamos ya á Margarita, mi hija mayor; así es que me tenté con lo que por allá se decía sobre esta parte de América y lo que leí en un folleto que me llegó á las manos, y propuse á mi mujer venirnos á la República. Ella resistió al principio, pero después cedió y creo — añadió sonriendo — que no se arrepiente de haber sido dócil y buena.

— Ya lo creo — contestó la madre de Jorge; — si nos hubiéramos quedado por allá, no tendríamos de seguro, lo que hoy tenemos.

— Redoblamos, pues, el trabajo y la economía para reunir lo necesario para pagar nuestros pasajes, y al fin de seis meses pudimos abandonar á Italia, tan escasos de recursos que, como les dije, desembarcamos en Buenos Aires sólo con cinco liras.

Era precisamente en la época de la cosecha del trigo, había falta de brazos y la oficina de Inmigración, que nos había alojado en el Hotel de Inmigrantes, nos envió con otros compañeros de

viaje á esta provincia donde en seguida nos conchabamos: yo como peón y mi mujer como cocinera.

Concluída la cosecha nos encontramos que entre mi mujer y yo habíamos podido economizar unos trescientos pesos y además, yo había podido conocer la riqueza de este suelo y el partido que de él podía sacar; entré, pues, como mediero en estas cuatro concesiones que pertenecían á un compatriota que había llegado aquí como yo, que había prosperado adquiriendo muy barato y á plazos esta propiedad, al fundarse la colonia y que acababa de comprar en una nueva colonia, al oeste de la provincia, otras 16 ó 20 concesiones en las que se iba á establecer.

Trabajé, y trabajé mucho durante los cuatro años que fuí mediero ayudado por mi buena compañera, que no sólo se ocupaba del arreglo de su casa y del cuidado de sus hijos, pues ya teníamos también á Jorge, sino que también me ayudaba en el campo trabajando como un peón.

Al fin de los cuatro años mi compatriota quiso vender la chacra, y como yo ya tenía alguna plata pude comprársela á plazos y me quedó lo suficiente para cultivarla, después de haber adquirido dos buenas vacas tarquinas, muy lecheras.

Agregamos, entonces, una nueva industria á nuestros trabajos agrícolas, fabricando manteca y quesos, que vendíamos muy bien los domingos, cuando íbamos á misa.

Así, poco á poco fuimos mejorando y dando mayor amplitud al negocio, sembré unas cuadras

de alfalfa, al año siguiente sembré nuevas cuadras y así seguí, hasta que conseguí ese alfalfar que ahí ven; arreglé entonces la casita y la lechería, que hasta entonces sólo habían sido unos ranchitos cubiertos de paja y no me permití ninguna comodidad, hasta después que tuvimos pagadas todas nuestras deudas.

Entonces sí, entonces tomé ya un peón, después otro, y hoy ya no tenemos que apurarnos para vivir, aunque es tal la costumbre del trabajo que mi mujer y yo hemos adquirido, que no podemos estar ociosos, ni permitir que lo estén nuestros hijos, y por eso nos vieron estar ordeñando las vacas en lugar de los peones, á quienes los días de fiesta concedo licencia para pasear.

LIX.

Una buena compañera.

La mujer económica y hacendosa, sin salir del hogar, contribuye, tanto como el trabajo del marido, para el bienestar de su familia.

— Señor — dijo Rodolfo, — cuando nosotros vinimos aquí, mi padre era también muy pobre y mi madre cosía y planchaba para afuera, porque, decía ella, que una mujer buena debe ayudar á su marido.

— Así es, muchacho, y ten siempre presente este dicho que oía repetir con frecuencia á mi padre: “no hay hombre sin mujer”.

— ¿Qué quiere decir eso, señor? — preguntó Pancho.

— Lo que eso quiere decir es, que por más que el hombre trabaje, si la mujer no es económica y hacendosa, en una palabra, si no lo ayuda, nunca podrá juntar nada.

— Pero, señor — replicó el niño, — mi abuelita sólo se ocupa de los quehaceres de casa y oí ayer á mi tío que decía á mi mamá, que le había hecho juntar mucha plata.

— Sí, Grandot, sí; en primer lugar tu abuela hila y hace calcetas en los ratos perdidos.

— Es cierto — dijo el niño; — anda siempre tejiendo aun cuando va de un lado para otro y hasta cuando reza.

— Ya ves; esos tejidos se transforman en medias, calcetines, camisetas, tricotas, colchas y otros objetos que cuestan plata, y por tanto, ni ella ni tu tío necesitan comprarlos, pues que ella misma los hace, y todo lo que debían gastar en eso se queda en casa; además no desperdicia nada; cose, remienda, zurce y da cien vueltas á las cosas viejas, haciéndolas servir de nuevo y evitando así el tener que comprar otras; y tiene, además, la habilidad de hacer con cualquier cosa una excelente comida, por lo que gasta muy poco en su manutención.

— Eso es verdad — exclamó Pancho.

— Bueno; por todas esas circunstancias, tu tío

gasta mucho menos de lo que debería gastar, y por eso dice con razón, que su madre le ha hecho ganar mucha plata.

— Ahora comprendo—contestó el niño,—si mi abuelita no fuese así como es, mi tío hubiera tenido que gastar mucho más, y se hubiera ido ese dinero que hoy tendría de menos, y como no lo ha gastado, es como si lo hubiera ganado.

— Justamente, y oye bien lo que te voy á decir: es muy bueno, sin duda, que la mujer pueda ganar algún dinero para juntar al que gana el hombre de la casa, si puede ganarlo sin desatender sus quehaceres domésticos como dueña de casa y madre de familia, como ha hecho mi compañera y la madre de Rodolfo; pero lo principal es que sea hacendosa y económica como tu abuela, porque lo primero, no todas las mujeres están en condiciones de hacerlo, y lo segundo, todas lo pueden ser.

En esto llegaron dos robustos mozos, compatriotas de don Jenaro, que servían en la chacra como peones, y éste se levantó para dirigirse con ellos á la lechería, para preparar el trabajo del día siguiente.

— Señor — dijo Pancho;— nunca he visto como se preparan el queso y la manteca; ¿me permite usted que visite su lechería?

— ¡Cómo no! — contestó don Jenaro; — ven con nosotros, y que Jorge te explique todo lo que desees saber.

Los niños, muy contentos con este permiso, siguieron al chacarero y á sus peones y entraron con ellos en la lechería.

LX.

La lechería.

La República Argentina dejaría de ser tributaria del extranjero en muchos ramos de comercio, si sus industriales se esmerasen más en la elaboración de sus productos.

La lechería de don Jenaro, era un vasto paralelogramo, del que dos lados estaban ocupados por anchos bancos de ladrillos, sobre el cual había gran número de vasijas, unas ya llenas de leche y otras vacías, que el propietario y los peones fueron llenando con los cántaros llenos de leche que había en el suelo, haciendo pasar antes el líquido por un cedazo, que lo limpiaba de todas las impurezas que pudiera tener.

— Enesas vasijas — dijo Jorge á sus compañeros — se deja descansar la leche hasta mañana, para dar tiempo á que se forme la nata; la nata se lleva después á la batidera que allí ven, y allí se bate y se bate, hasta que está hecha la manteca, que después se lava muy bien, en aquella otra vasija grande.



Batidura de la manteca.

— Pero, ché—observó Rodolfo,—yo he visto en mi casa, cuando ha quedado leche de un día para otro, que la nata que se ha formado es muy poca cosa con relación á la porción de leche que había, y á ustedes les ha de suceder lo mismo; ¿qué hacen con el resto de la leche?

— Te diré: es cierto que la nata es mucho menor porción que la leche; pero es preciso que sepas que como ella se forma por el contacto del aire con la superficie de la leche, cuanto mayor sea la superficie de la boca de la vasija, mayor será la cantidad de nata, y por eso, repara como son chatas y anchas la vasijas que empleamos.

— Es verdad — exclamó Rodolfo.

— Obtenemos, pues, así mucha más nata de lo que tú crees; pero aun nos queda la mayor parte de la leche que contiene todavía mucha manteca, y por eso, otros prefieren echar todo junto, leche y nata en la batidera.

— Y sacarán mucha más manteca — dijo Panchito.

— Ya lo creo, pero no tan buena, y por eso nosotros reservamos la leche desnatada para hacer quesos, lo que nos da más interés, aunque nos cueste más trabajo.

— Por lo que nos has dicho — le replicó Rodolfo, — no es muy trabajosa la fabricación de la manteca.

— No, por cierto, aunque después hay que darle color con zumo de zanahorias ó de otras plantas y si se tiene que conservar ó mandar lejos, hay que salarla y envasarla, por lo general en barricas de

madera bien lavadas con agua hirviendo, con agua de cal y con salmuera.

— Y los quesos ¿cómo los hacen? — preguntó Pancho.

— Muy fácilmente: se hace cuajar un poco la leche echando en ella, envuelto en un trapo, un poco de cardo ó una porción de cuajo — que son unas tiras del cuarto estómago del cabrito ó ternero, secas y puestas después de remojo en agua caliente — echando esta mezcla en la leche, en la proporción de un litro por cada cuatrocientos litros de leche.

— Que es como si dijéramos, un decilitro de mezcla por cada cuarenta litros de leche — dijo Rodolfo.

— Eso es; cuando la leche ya está cuajada, se retaja y separa muy bien para hacer salir todo el suero que quedó dentro de ella; se echa la masa en una forma de madera, se cubre con un lienzo de hilo, se aprieta en aquella prensa, de donde se pasa al molino de mano, para que la pulpa quede muy fina; se junta después con la mano, se exprime la masa, y se coloca en aquellas otras formas de hojalata, calcándola bien.

— ¡Qué trabajo! — exclamó Rodolfo.

— No para aquí — dijo Jorge; — la masa, encerrada ya en sus formas, se lleva de nuevo á la prensa, donde se deja secar; se escalfa después con agua caliente, se envuelve en paños de hilo y se lleva de nuevo á la prensa, donde se deja durante veinticuatro horas, mudándose los paños hasta que no absorban humedad. Se tienen después los quesos algunos días en salmuera, y por fin se secan y se cu-

ran en los estantes de aquella pieza, que es el secadero.

— Nunca hubiera creído que un queso diese tanto trabajo — exclamó Pancho.

— Ni yo — agregó Rodolfo, — aunque le he oído decir á mi padre que una aguja pasa por las manos de doscientos cincuenta obreros hasta estar terminada, teniendo cada uno de ellos una tarea diferente.

— ¿Una aguja, una cosa tan sencilla y tan barata? — preguntó Pancho admirado.

— Sí — contestó Rodolfo; — así sucede en todo, pues los objetos que nos rodean son todos el resultado de muchísimo trabajo; unas veces practicado por el mismo individuo, haciendo varias operaciones, como sucede en la fabricación del queso, y otras, practicado por muchos individuos, de los cuales cada uno hace una sola operación, como sucede con la aguja.

— Pero, ¿cómo es posible que una aguja que cuesta tan poco, pueda pagar el trabajo de tanta gente! — exclamó Pancho.

— Ahí verás — le contestó Rodolfo, — esos son los que mi padre llama milagros de la división del trabajo: si fuese una aguja sola lo que esos hombres fabricasen en un día, por cierto que ni para sustentarse uno solo, llegaría lo que ella vale; pero no es una aguja sola, son millares y millares de agujas lo que esos hombres fabrican cada día, y como cada uno no tiene más que hacer sino el mismo trabajo, está muy práctico en él y por tanto produce más y no se pierde ningún tiempo.

— Bueno — dijo Jorge; — vengan ahora á ver nuestros quesos de Holanda.

— Entonces, ¿ustedes mandan venir quesos de Holanda, fabricando aquí quesos? — le preguntó Pancho con sorpresa.

— No — contestó Jorge riendo; — si son hechos aquí; mi padre ha conseguido imitarlos de tal manera, que se confunden. Míralos — agregó, entrando con sus amigos al depósito.

— ¡Escierto! — exclamó Pancho; — tienen la misma forma y el mismo olor que los que vienen de allá.

— Y el mismo sabor, yo te lo aseguro — dijo Jorge.

— Sí, sí — exclamó Rodolfo interrumpiéndole; — vean que el sol está ya muy bajo y próximo á desaparecer en el ocaso; son horas ya de que nos marchemos para llegar á casa antes que oscurezca.

Pancho aceptó la proposición y, despidiéndose de Jorge y de su familia, los dos niños se pusieron en camino, prometiendo á su compañero que otro día volverían más temprano.



Secadero de quesos.

LXI.

Heroísmo.

El hombre que expone su vida para salvar la de su semejante, es más héroe que el que la arriesga en los combates con el noble afán de la gloria.

Fiel á su programa, Rodolfo tomó el camino que conducía á la orilla del río, y al poco andar, los niños se encontraron en la margen de la histórica corriente, que muda de nombre al cambiar de provincia, y que á la sazón se hallaba muy crecido.

Departían amigablemente por sus barrancas, encaminándose á la población, cuando les pareció oír gritos aflictivos. Pararon un momento para darse cuenta de lo que pudiera ser, y se convencieron de que en efecto eran gritos de socorro los que oían.

— Vamos á ver lo que es — dijo Pancho.

Y los dos amigos apretaron el paso en dirección al sitio de donde partían los gritos.

Al doblar el recodo de una de las muchas curvas que las márgenes tenían, vieron dos niños que se estaban bañando, uno de los cuales había ganado precipitadamente la orilla y gritaba desahoradamente pidiendo auxilio, en tanto que el otro, medio envuelto por la corriente, se debatía entre las turbias ondas que pretendían arrastrarlo.

— Es Enrique el que grita — exclamó Rodolfo, que tenía mejor vista y había reconocido al niño que estaba en la orilla.

— ¿Quién será el que está en el río? — añadió en seguida.

— Vamos á verlo — contestó Pancho, echando á correr, seguido de su compañero.

— Mira, mira, Pancho; se va á ahogar! ya se ha sumergido dos veces, ¿no ves? — dijo Rodolfo sin dejar de correr.

— Sí — contestó su compañero, acelerando su carrera y sacándose apresuradamente el saco y el chaleco — sí; pero no tengas cuidado, que no se ahogará, yo soy buen nadador.

— ¡Rodolfo!.. ¡Pancho!.. ¡Socorro!.. que se ahoga! — clamaba entre tanto Enrique, desde la orilla, así que vió acercarse á los dos niños.

Al otro ya nada se le entendía, pues sólo dejaba escapar de su garganta un grito inarticulado, medio ahogado por el agua que tragaba.

— ¡Animo!.. ¡Ten coraje!.. — le gritó Pancho, y arrojándose á la corriente, nadó con vigor en dirección al niño que se ahogaba.

Por una circunstancia providencial, Rodolfo y su compañero habían llegado á las márgenes del Carcarañá un poco más abajo del punto en



Pancho salvando á Alberto.

que Enrique y el otro niño se bañaban, lo que les impidió al principio verlos por el recodo que el río formaba, pero que contribuyó en gran manera para evitar la desgracia que amenazaba al pobre niño que luchaba con las ondas, pues la corriente había acabado por envolverlo, arrastrándolo en su rápido curso, y vanos hubieran sido el arrojo y la destreza de Pancho, si la veloz corriente no le hubiese traído, por decirlo así, á sus brazos.

Pancho era buen nadador, como él mismo había dicho; estaba acostumbrado á bañarse en el Sena, y había asistido en más de una ocasión á actos de salvataje de desgraciados que la corriente arrastraba, y á la pesca de cadáveres, por lo que no vaciló en dirigirse en diagonal al centro de la corriente, para agarrar al paso el cuerpo que en ella venía; y con tan buena suerte lo hizo, que pudo echar la mano al niño al pasar por cerca de él, y nadando con la otra, ir aproximándose á la orilla hasta tomar pie, si bien á larga distancia del sitio desde donde se había arrojado al agua, cayendo desfallecido en la arena, tan luego como hubo depositado en la margen al niño que acababa de salvar.

Rodolfo, que lo había seguido corriendo sobre la barranca, llegó á tiempo de recibirlo en sus brazos, atrayendo con sus gritos al lugar del suceso algunas personas que en las inmediaciones se hallaban, que se esforzaron en hacer recuperar los sentidos á los dos niños desmayados. Enrique, entre tanto, se secaba y vestía, y sólo después de arre-

glado es que, aún lloroso y asustado y trayendo la ropa de su amigo, vino á reunirse al grupo.

Pancho no tardó en recuperar los sentidos, pero no así Alberto, que era el niño que él acababa de sacar de la corriente y que daba muy pocas señales de vida.

Fué aún su salvador quien le valió en estas circunstancias, pues ni Rodolfo, ni Enrique, ni los pobres campesinos que habían acudido, sabían cómo habían de componérselas para llamar á la vida al infeliz Alberto.

— Echenlo de bruces, con la cabeza más baja y denle fuertes fricciones por todo el cuerpo—ordenó Pancho, recordando lo que había visto practicar en casos semejantes.

Así lo hicieron; echaron á Alberto boca abajo, y dos colonos, empleando la misma ropa del niño á guisa de cepillos, principiaron á darle sendas friegas para activar la circulación de la sangre y con ella la reacción, al mismo tiempo que la posición en que lo habían colocado, facilitaba al niño expeler el agua que había tragado.

Mucho tardó Alberto en recuperar los sentidos, pero por fin los síntomas vitales se fueron acentuando poco á poco, y el niño pudo, por último, abrir los ojos y pronunciar los nombres de su padre y de su hermana; pero la debilidad lo obligó de nuevo á cerrarlos.

— ¡Se ha salvado!—exclamó Pancho con alegría;— continúen no más las friegas.

Así lo hicieron, y pocos momentos después volvía Alberto de nuevo á la vida, y pudo darse cuenta de lo que le había sucedido.

LXII.

El corazón de un padre.

El cumplimiento del deber no sólo atrae sobre nuestras cabezas la bendición del cielo y nos llena el pecho de satisfacción, sino también, más temprano ó más tarde, recibe su recompensa aquí en la tierra.

A este tiempo una de las personas que había acudido á los gritos de Rodolfo, corrió al pueblo dando la noticia, llegando ella en seguida á oídos del señor Ursabeta y de su hija, y poniéndolos en la mayor consternación.

Sin esperar á que le preparasen el carruaje, sin sombrero y tan luego como supieron la triste nueva, el afligido padre y la niña echaron á correr, pues más que andaban corrían, hacia donde el niño se hallaba moribundo, pasando antes por casa del médico, á quien arrastraron en su compañía.

En el camino los alcanzó el carruaje, que Juan Grandot se apresuró á atar luego que supo lo sucedido y que él mismo conducía á toda brida para llegar más pronto á donde el niño se hallaba.

— Entre, patrón, entre, que así llegaremos más de prisa — dijo el buen servidor con las lágrimas en los ojos y deteniendo sus caballos.

El desventurado padre entró á la niña en la volanta y saltó á ella en seguida, imitándolo el mé-

dico, y el capataz puso de nuevo los caballos al galope, incitándolos con la voz para acelerar aún más su veloz carrera.

Poco tardaron en llegar junto al grupo que hemos ya visto en las márgenes del río. El carruaje paró, y el negociante se precipitó de él como un loco, gritando:

— ¡Alberto! ¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

— ¡Papá! ¡papá! — exclamó Alberto con voz débil, tratando de incorporarse pero sin poderlo conseguir.

— ¡Hijo mío! — exclamó el padre corriendo hacia él y estrechándolo sobre su corazón.

Después, elevando al cielo los ojos llenos de lágrimas:

— ¡Gracias, Dios mío! — añadió, — pues me lo devuelves vivo!...

No hay palabras con que poder expresar lo que pasó en el corazón de aquel padre que encontraba vivo aun á su hijo, á quien ya lloraba muerto, ni es posible describir la tierna escena que allí tuvo lugar al abrazarse al niño su padre y su hermana besándolo con trasporte é inundándolo con sus lágrimas.

El doctor Galarza, empero, no consintió que la escena se prolongase, separando al negociante y á su hija del lado del niño y haciéndoles notar que el exceso de su cariño perjudicaba al enfermo, cuya respiración no estaba aun completamente regularizada y que necesitaba de los auxilios de la medicina para poderse restablecer.

Ante este fallo de la ciencia, se alejaron pre-

surosos de Alberto, que quedó entregado en manos del doctor, y sólo entonces, aunque sin perder de vista al enfermo, trataron de informarse cómo había tenido lugar el fatal accidente.

Los colonos presentes manifestaron cómo, á consecuencia de los gritos de Rodolfo, habían corrido á aquel lugar y habían encontrado los dos niños desmayados en la orilla del río.

— Pero, Enrique — exclamó el señor Ursabeta interpellando al amigo de su hijo, — ¿cómo ha sido eso? Cuenta, ¿qué les ha pasado?

Enrique, pálido y confuso, narró con voz trémula lo sucedido: Habían salido á pasear, como frecuentemente lo hacían, y se les ocurrió bañarse como habían hecho otras veces; pero como el río estaba muy crecido, Alberto había perdido pie y la corriente lo arrastraba. El se había puesto entonces á gritar, acudiendo á sus gritos Pancho y Rodolfo y echándose el primero al agua para salvar á Alberto; no pudiendo decir nada más, pues tuvo que vestirse y recoger la ropa de su amigo, y por eso, cuando llegó allí, ya los encontró á los dos extendidos en la arena.

— ¿Entonces es á ti á quien debo la vida de mi hijo?.... — exclamó el negociante corriendo hacia Pancho y apretándolo contra su pecho.

— Sí, señor — murmuró éste bajando los ojos.

Rodolfo entonces, tomando la palabra, narró todo lo que había sucedido desde el momento en que vieron á Alberto envuelto por las aguas, elogiando y exaltando el valor y la serenidad de Pancho.

— ¡Bravo, sobrino! ¡eres todo un hombre! — exclamó entusiasmado Juan Grandot, atrayendo á sí á Pancho; — deje también que yo lo abrace, patrón.

— Y yo, Pancho, también te quiero abrazar, porque me has devuelto á mi hermano — dijo María, echando sus mórbidos brazos al cuello del niño y besándolo en la frente.

— ¡Tío!... ¡señorita!... — balbuceaba conmovido Pancho — he cumplido con mi deber.

— Sí, es cierto, has cumplido con tu deber como un hombre, no siendo más que un niño, por eso estoy orgulloso de ti — le contestó su tío.

— Y yo te debo más que la vida — dijo el negociante, — pues te debo la de Alberto y no merece el nombre de padre el que no entregase gustoso la suya en lugar de la de sus hijos. Tú has cumplido con tu deber, es cierto, pues Dios nos manda hacer por los demás lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros; pero yo sabré también cumplir el mío y desde ahora te declaro que, si tu tío no se opone, te adopto por hijo: tú me has devuelto mi hijo, yo te devolveré el padre que has perdido.

— Patrón — exclamó Juan Grandot enternecido, — yo no tengo otra familia y lo que haya juntado ha de quedar para mis sobrinos; eso, sin embargo, no puede compararse con el porvenir brillante que abre al muchacho su adopción y, por lo tanto, lejos de oponerme, acepto en su nombre y le doy las más expresivas gracias.

— María, Alberto — continuó el reconocido pa-

dre, —desde hoy Pancho es vuestro hermano; pues sin él, tú, hijo mío, dormirías á estas horas el sueño eterno en el lecho del río, y nuestro hogar, María, hubiera quedado enlutado para siempre.

El me devuelve la alegría, justo es que comparta con vosotros mis afectos: Pancho, abraza á tus hermanos.

El niño obedeció, y esta escena conmovedora hizo derramar lágrimas á todos los presentes, que se disputaban el placer de abrazar al niño y de felicitarlo por su heroísmo y serenidad.

— En cuanto á ti, que también has contribuído para la salvación de mi hijo — agregó el comerciante dirigiéndose á Rodolfo, — di á tu padre que tu porvenir queda asegurado y que venga á verme á mi despacho para que hablemos.

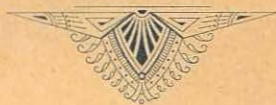
— Será bueno que llevemos al enfermo á casa, ya está en estado de poderlo transportar, y allí estará mejor para su curación — dijo el médico.

— Ordene, doctor, ordene, que aquí todos haremos lo que usted mande.

El doctor ordenó entonces se fuese á buscar á una de las casas próximas un catre, en el que fué colocado Alberto, siendo llevado en hombros de cuatro campesinos hasta el pueblo; siguiéndolo á pie todos los presentes, con excepción de Juan Grandot, que guiaba el carruaje, en que el doctor hizo entrar á María y á Pancho, que aun no se hallaba del todo repuesto: á Pancho, el atolondrado pilluelo de otrora, que pasó por el acto de heroísmo que había practicado, á formar parte de la distinguida familia, elevándose en la escala social

hasta llegar á la alta posición que lo veremos alcanzar, en la segunda parte de esta sencilla historia.

Los actos de virtud son bendecidos en el cielo, y rara vez dejan de ser recompensados también en la tierra.





AKTIONER & SANGHER, PESTIZMAN
HILL, LAOLA DE U. VINO

LL
1908
SAN